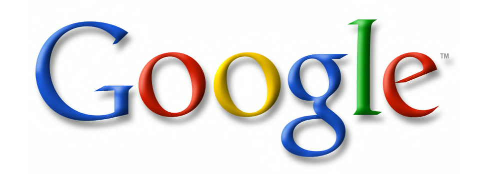
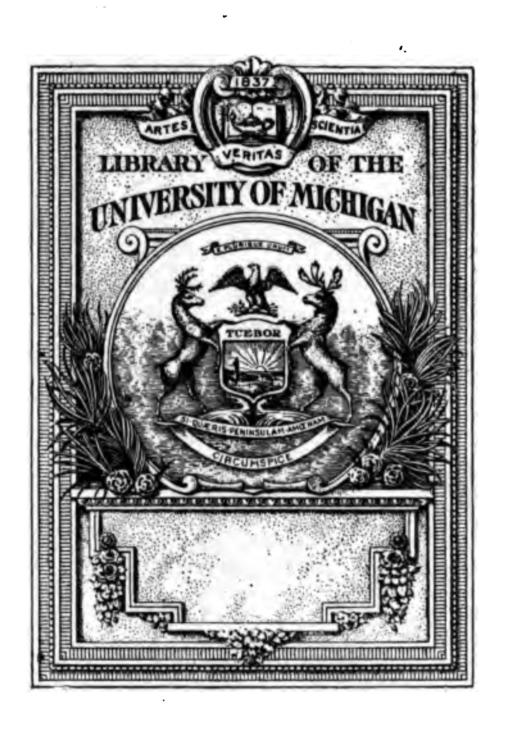



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE





de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias*.—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII.—*Horacio en España*.—*Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo II.—*Estudios críticos sobre la historia y el Derecho de Aragón*: segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Melia: tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IV (siglo XVIII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con

introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—OBRAS DE D. JUAN VALERA: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo, y retrato del autor, grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo V (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temin y Addar.—Del rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior, hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo XV.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del Juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez, con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías.* —Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe. —5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición, refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra, y retrato, grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas. —Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—

Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española:* tercera edición, corregida y aumentada, tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer,* con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: séptima edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*La ciencia española:* tomo III y último (en prensa).

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.*—*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo* —5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexiones.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé de Argensola (en prensa).

70.—*Vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella (en prensa).

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV,* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario):* tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo, tomo IV, vol. II.

Vida de Pedro la Gasca, por Calvete de Estrella.

Obras sueltas de los Leonardo de Argensola.

Obras filológicas de Andrés Bello.

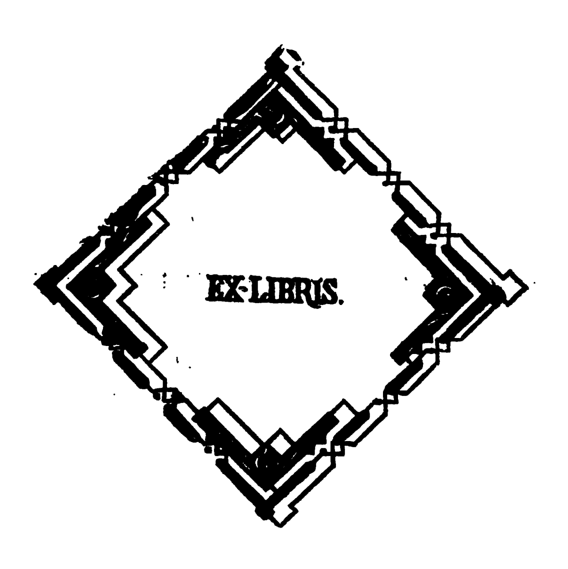
Poesías de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX·LIBRIS.

OBRAS

DE

D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERON

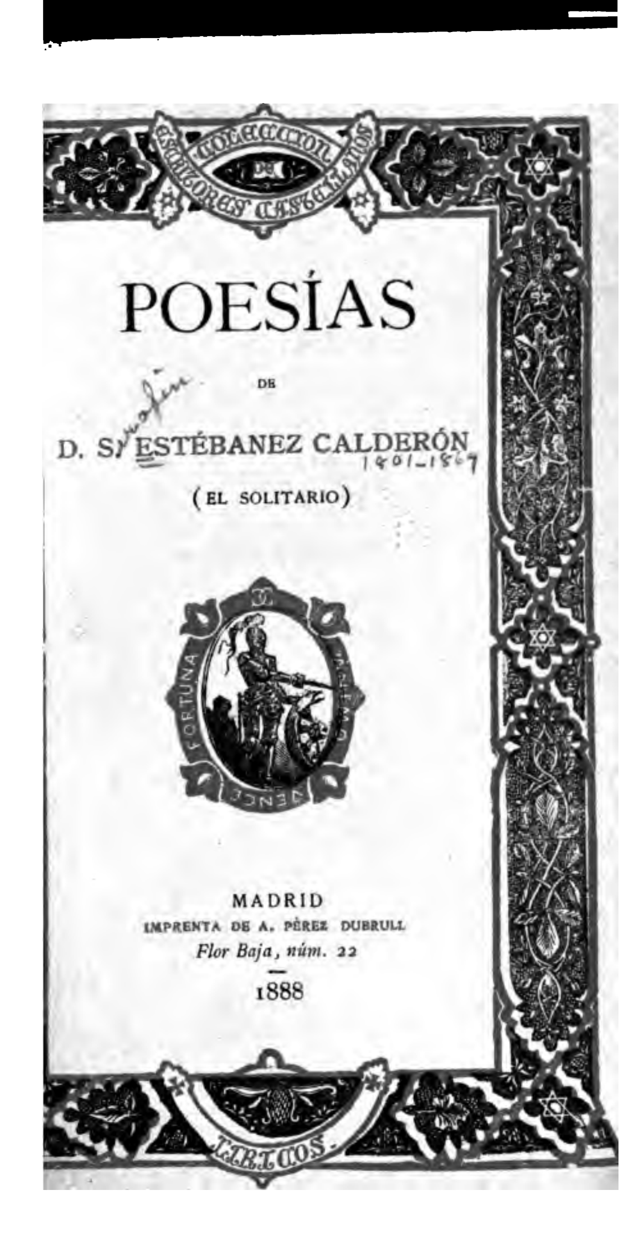
POESÍAS

IV

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo........ 1 al 50
10 » en papel China........ I al X

[redacted]



POESÍAS

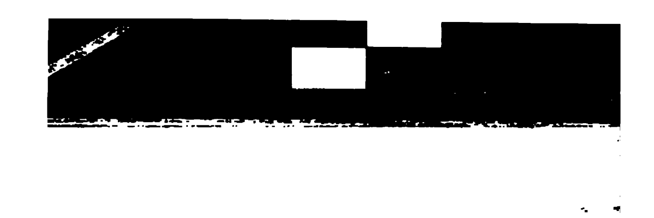
DE

D. S. Serafín ESTÉBANEZ CALDERÓN 1801-1867

(EL SOLITARIO)

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1888



POESÍAS SERIAS





AL REVERENDO P. ARTIGAS

CATEDRÁTICO DE LENGUA ÁRABE EN EL COLEGIO IMPERIAL DE ESTA CORTE, SOBRE EL ESTUDIO DE LOS IDIOMAS ORIENTALES.

El hombre sin sabiduría
es como cuerpo sin espíritu.
(Adagio árabe.)

Yo vi el oro, y azul, y cedro, y jaspe
En fábrica triunfal alzarse al cielo,
Mostrando, entre esplendores, la morada
Que el árabe, venciendo en nuestro suelo,
Levantó en los verjeles de Granada.
Yo vi los altos, anchurosos muros,
Cual guirnaldas de almenas y castillos,
Tres veces coronar la hermosa frente
De los verdes collados del Alhambra.
Yo vi cien torres con fulgor ardiente
Descollar en el árabe recinto,
No de otra suerte que, venciendo al día,
En blonda sien de angélica matrona,
Sobre la luz de rica pedrería
Reluce más el píropo y diamante
En la más alta flor de su corona.

Ceñido en torno de anchurosa *alberca*
Del alto alcázar, contemplé al adarbe
Por do á mi mente absorta parecía,
Ver aún rondar al africano alarbe,
Ó por las anchas puertas de la cerca
Dispararse el jinete del Algarbe,
Trabando la sangrienta escaramuza
Al alarido audaz del bravo Muza:
Yo vi, yo vi.... ; mas nunca mi deseo
De penetrar los ámbitos obscuros
De la historia y costumbres del Oriente
Pude cumplir en cuidadoso empleo,
Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
Faltaba á mi anhelar la llave de oro
Que abre las puertas al saber del moro.

Al fin salvé los árabes umbrales,
Y entrando por el pórtico al palacio,
¡Qué encantos no admiré tan celestiales!
Desvanecida en prismas de topacio,
O en el cristal del ópalo ó beriles
La luz vagaba en cambiantes rojos
Iluminando el ébano y marfiles.
El labrado artesón de azul esmalte,
Los calados y ricos sobrepuestos
Por doquier deslumbrábanme los ojos,
Y en la flor primorosa del resalte,
Ó en las cifras del rico paramento
Que bordan las estancias y salones,

Presumió mi ambicioso pensamiento
Descifrar los arcanos y razones,
Que con estuco orlado en filigrana
Cincela el musulmán sus inscripciones.
Mas sueño mi afición me fuera y vana,
Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
Faltaba á mi anhelar la llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.

Empapado en la nube vaporosa
Del perfume de nardos y jazmines,
Al más bello llegué de los jardines,
Morada del placer voluptuosa;
Allí donde entre cercos de verdura
La mansión del feliz Generalife
Ostenta su morisca arquitectura;
Y al sitio, en fin, do gózase la vida
Con el mismo placer y la dulzura
Que en los palacios mágicos de Armida,
Faltando sólo para gloria entera,
Que de un lecho formado en la frescura,
Con dosel de azahar y enredadera
Y tejido con césped el respaldo,
Salte una ninfa que al feliz viajero
Le haga sentir la dicha de Reinaldo.
Aquí de cedros la olorosa calle
Me conduce al pensil de mirabeles,
Do aún los troncos conservan el entalle
De cifras mil, amantes como fieles;

Ó ya bajo el dosel de los laureles
Miro surtir la fuente en albos caños,
Donde el Sultán en deliciosos baños,
Las aves escuchando en la floresta,
Sobre el regazo de la hurí más linda
Descanso hallaba en ardorosa siesta:
Ó aquí al amor rindiéndose Celinda,
Á su paloma dando tal mensaje,
Cita de amores daba en su billete
Al más bello jerif Abencerraje....
Mas todo era ilusión y sombra leve,
Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
Faltaba á mi anhelar la llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.

Meditando en la gloria ya eclipsada
Del Islam que venció tantas naciones,
Arrollando los góticos pendones
Para España en la lid más desgraciada,
Reclineme en la excelsa galería,
Primoroso aljimez de la Sultana,
Por do se mira al cristalino Dauro
Regar por hondo cauce la ribera,
Y, entre enramadas de jazmín y lauro,
Ir sonando del monte á la ladera:
Aquí al primer reir de la mañana,
Ó bien al apagar su luz el día,
En el letargo del dolor, ilusa
Comparaba mi triste fantasía

La muerte de la gloria musulmana
Al eclipse que cubre el astro pálido,
Antes tan bello, de la patria mía.
¿Cómo pudo, grité, la media luna
Con arco que mostraba tan creciente,
Descender á tan mísera fortuna,
Cuando del cielo el ámbito era escaso
Para abrazar su disco tan luciente?
Y si nunca al azar y ciego acaso
El celestial espíritu del hombre
Puede dar el terrible poderío
De menguar ó ensalzar á las naciones,
¿Qué causa provocando el duro caso
Al árabe arrancóle el señorío
De las regiones que ganó al ocaso?
¿Qué oculto germen de mortal veneno
Marchitó, destruyó, redujo á nada
En España el poder del agareno?....
¿Qué germen fué?.... Pues nunca la alta palma
Que con pomposa majestad se mece
Junto al arroyo en deliciosa calma,
Sin verdor no se viera y desflorida
Si el reptil que en sus ramos aparece
No atacara el origen de su vida....
Mas nunca penetré tan hondo arcano,
Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
Faltaba á mi anhelar la llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.

Mas si no en los verjeles granadíes
Tal sed pude apagar, dulce Maestro,
¿Cómo callar que en tu celeste asilo
Cumplí mi afán, bebiendo tus lecciones
Que brota el labio en elocuente estilo?
¿Cómo callar que, siéndome tú guía,
Con el que yo logré mágico hilo,
Venciendo ansioso la difícil vía,
Entrara por el Dédalo do el moro
Custodia la oriental sabiduría?....
Y cual ave menor á quien enseña
Águila audaz á remontar el vuelo
Desde el risco tajado de la peña,
Presumiendo feliz en noble anhelo
Subir á los alcázares del cielo,
Y, disparando al sol las alas bellas,
Los orbes recorrer de las estrellas,
Así mi ingenio en férvido entusiasmo
Lanzándose á tu voz, Doctor sublime,
Vuelta al Oriente su ascención dichosa,
Emprende el vuelo en delicioso pasmo
Por región, si difícil, más gloriosa.
Y en tal empresa, ni ambición más alta
Ni á otra gloria mayor mi pecho aspira,
Que pagar tu solícito cuidado
Al eco agradecido de mi lira,
Resonando en mi cántico encumbrado,
« Que ya logré por ti la llave de oro
» Que abre las puertas del saber del moro».



LA GOLONDRINA

—

Ven, parlera golondrina,
Batiendo tu baya pluma,
Y, posándote en mi reja,
Al sol naciente saluda.
Ven, ven, que el triste ser mio,
Como solícito escucha,
Nuevas en tu canto inquiere
De las vegas andaluzas;
De las vegas donde ahora,
En su solio de verdura,
Fragante la Primavera
Su cetro florido empuña.
Suelta el pico alborozada,
Tu loca voz desanuda,
Ya ruede en luengos gorjeos,
O alzada hasta el cielo suba;
Que á tus gárrulas carreras,
Bien cual á agua que murmura,
En el lecho mis sentidos

Voluptuosos se arrullan:
Mis blandos párpados caen
Vencidos de tal dulzura,
Y en regiones encantadas
Revuela mi mente ilusa.
¡Ah! ¡En qué mágicos celajes
En blandos sueños dibuja
La dulce imagen del suelo
Do vi mi infancia en ventura!
Celajes de azul y oro,
Que engañosos, ¡ay!, me adulan;
Mas al tocarlos se rompen
Y en la nada se sepultan:
Mas canta, canta, avecilla,
Que, en mi triste desventura,
Aun los vanos desvaríos
Mi amargo pesar endulzan.
Repite los propios ecos
Que te oí cantar adusta,
Cuando el techo visitabas
Que meció mi pobre cuna.
Donde solícita el nido
Colgabas, dándote ayuda
Con su paja los sembrados,
Con búcaro la laguna....
¿Mi pobre heredad, mi huerto
(Responde, sí, á mis preguntas)
Salvos del ábrego helado,
Crecen en pompa y frescura?

¿O ajena mano, allanando
La cerca en ávida astucia,
Mis pobos, sauces y almendros
Encierra en la heredad suya?
¿Vive el moral do trepaba,
Al frente de pueril turba,
Teñido el rostro y jugando
En lid de donosas burlas?
¿Va murmurando el arroyo
Entre espadañas y juncias,
Do su inspiración primera
Bebió arrobada mi musa?
¿En el monte la capilla
Alza su rústica cúpula,
Y en la tarde la campana
Tañe y las horas regula?
¿Por las noches el amante,
Al levantarse la luna,
En el pórtico sombrío,
Cual yo vagaba, no cruza?
¿Ó bien postrado á la reja,
El blando laud no pulsa,
Encareciendo en suspiros,
Y en dulce voz sus angustias?
¿Alza como yo los ojos
Por la esfera tersa y pura,
Contemplando á Canopea
Girar lejana á las Ursas?
¿Y en el mar de tantos astros,

Ansiosa cual yo, no busca
Quién la adversa estrella sea
Que presida á su fortuna?
Mas á ti, loca avecilla,
¿Que nécio ardor te estimula,
Y á los páramos te trae
Que Cantabria al cielo encumbra?
Dejas allá verde el campo,
Y, entre rosales y murtas,
Los aromos y claveles
Mecer sus córolas rubias;
Al Betis y al Genil claro
Saltando entre blanca espuma,
Ó ensortijando jardines
En mil frondosas clausuras.
Dejas un sol con los rayos
Que más blandamente alumbra,
Y las vegas deliciosas
Como el Edén nunca mustias.
¿Y por qué truecas, ¡ay necia!,
Tantas dichas y hermosuras,
Peregrinando sin tino
Por los aires vagabunda?
¿Por qué, infeliz, di? Contempla,
Contempla aquí alzarse incultas
En cien montes las comarcas
Que el invierno eterno anubla.
Por allá el ancho Gorbea
Alza de nieve sus puntas,

Y allá sus crestas Andía
Entre las nubes oculta.
Allí Aralar á Tolosa
Con negras selvas escuda,
Y allí la Amescoa amenaza
Con sus frescas sepulturas.
Á tantos montes y breñas,
Negras montañas se anudan,
Cual recintos de altos muros
Que el ancho reino aseguran.
Allá el Pirene y Moncayo
Corren y helados se juntan,
Ó por Idúbeda y Oca
Á Guadarrama y Asturias.
No aquí las lejanas cimas
Cuando el sol muere ó despunta
Cíñense rojos turbantes
Ó en oro y nácar se inundan.
Ni como el alto Neveda,
Con mágica arquitectura,
Pirámides y castillos
Finge en vapores de púrpura.
Aquí en la sierra, espantosas
Alzadas polares brumas,
Cual para asaltar los cielos
Otras montañas figuran.
Ó bien moviéndose, torvas
Su faz horrible desnudan
En espantosos gigantes

Que los anchos aires surcan.
No aquí el céfiro en las flores
El llanto del alba enjuga,
Y en su cáliz leve aljófar
Ciernen saltando las lluvias,
Que en estruendosa violencia
Bajan en granizo, y turbias,
Rompiendo puentes, y al monte
Sorbiéndose furibundas,
Por iris cárdenas luces
Del relámpago relumbran,
Y por arrullos, el trueno
Muge en el valle y retumba.
La nieve allana los montes
Con las quebradas profundas,
Y de allí en rabioso grito
El huracán se derrumba.
Aquí al reclamo en el bosque
Lobos feroces aullan,
Y, por palomas, azores
Revuelan en la espesura.
Aquí por flores y rosas
Da hierro la tierra cruda,
Y por frutos sazonados,
Lanzas, cotas y armaduras.
Mas ¿por qué, compadecido,
Lamentar la suerte tuya
Cuando de aquí á breve plazo
Allá irás feliz cual nunca?

¡Cuando al deshojar otoño
La floresta taciturna,
Á las Hespérides bellas
Volarás fausta y segura!
Antes mojarás tus alas
Del Ebro en las altas urnas,
Para ver la noble Burgos
Que á la fiel Castilla ilustra.
Verás allí los solares
Del Cid venerable alcurnia,
Y el cincel y los primores
De las góticas agujas.
Ó bien, sesgando allá el vuelo,
Verás los huertos del Turia,
Y el verjel adonde ostenta
Sus siete coronas Murcia.
La Alhambra y Jeneralife,
Su almimbar y medias lunas,
Y el laurel embovedado
De los palacios de Muza.
La banda fértil que en verde
Esmeralda el mar circunda,
Desde la mora Almería
Á las hercúleas columnas.
Banda feliz que dejaste
En flóridas vestiduras
Y que á tu vuelta en mil frutos
Rica hallarás y fecunda.
Verás del frondoso huerto,

Que mil festones columpia,
Contra el verde, en cien colores,
Pender en sazón la fruta.
Verás la frondosa oliva,
Y en su cáliz rubicunda
Destilar miel la granada,
Las vides brindar sus uvas.
Pérsicas uvas que al iris
Sus ricos matices hurtan,
Y que en racimos de ámbar
Rubís y perlas agrupan.
Con las toronjas de oro,
Los cidros lucir su albura,
Y las palmeras y el dátil
Que al moro el Atlas tributa.
Con los plátanos, la caña
De Oriente manando azúcar,
Que en mi natal paraíso
El sol nada nos rehusa.
Allí hallarás, por contiendas,
Danzas, amor y ternuras,
Los requiebros por rencores,
Por lides, blandas repulsas.
Mientras aquí, ¡duelo impío!,
Quedaré en la acerba lucha
Que españoles y españoles
Con fuego y sangre disputan.
Donde al grito del soldado
Responde el buitre en la altura

Con sesgo vuelo, y, graznando,
Su horrendo banquete augura.
Donde en civiles rencores
Se pierde en funesta pugna
Natal valor que enfrenara
Las extranjeras injurias,
Que unciera de nuevo el orbe
Á la española coyunda,
Si una ley, si un solo intento
Blanco ofreciera á su furia.
Valor, valor heredado
Desde las Navas á Otumba,
Y que en luz de gloria abraza
Hasta Bailén desde Munda....
De tal lid, ¡ay, golondrina!,
Más azorada en tu fuga
Huirás, huirás á tu asilo,
En las playas de Yugurta.
Mientras yo, acaso, entre breñas,
Por Ulzama ó la Borunda,
Hallaré, sin prez ni gloria,
Triste y olvidada tumba.



[redacted]



LOS ENCANTOS DE LA POESÍA

¿Quién insensible al delicioso canto
Jamás pudo nacer? ¿Quién no suspira,
Quién no derrama generoso llanto,
Si de Joung pudo contemplar la lira?
¡Ay! ¿Quién pudiera modular helado
De Torcuato la angélica armonía,
Y de fuego y amor no es devorado,
Y los rigores de una ingrata ansía?
La antorcha eterna de la noche umbría;
El restallar del pavoroso trueno;
La paz, la calma del sepulcro frío;
¿Quién con Ossián admirará sereno,
Y no inflamado de fogoso brío,
Se arrebata del suelo,
Y á las sombras arranca el poderío,
Dominando los ámbitos del cielo?

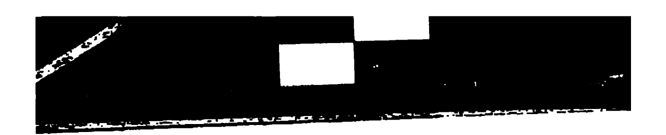


¡Oh mágico poder! Deidad sublime;
Á ti tan sólo concedió el destino
Herir las cuerdas, y animar el mundo:
El desdichado que sumido gime
En los tormentos del dolor profundo,
Á tu acento divino,
Balsámico placer en su alma siente.
Si el guerrero inclemente,
Al vestir el arnés, tu voz percibe,
Nada piensa, ni teme, ni apercibe;
Cual rayo desatado,
Aguijando el frisón, salva el torrente,
Y blandiendo la lanza pavorosa,
De fuego devorado,
Matando halla la muerte sanguinosa;
Y aún infunde terror su tibia frente.

En vano el Can abrasador marchita
El verde musgo del frondoso Otea,
Y el Tormes su corriente precipita,
Férvido huyendo de la luz Febea.
Cuando el fanal del día,
Ardiendo toca en la mitad del cielo;
Cuando todo es horror y desconsuelo;
Si pulsando el rabel canta Batilo,
Torna á su voz la plácida alegría;
El céfiro tranquilo

Las ramas mece con susurro blando,
Y yo, en césped hermoso,
Las auras del Abril estoy gozando.
En vano, en vano el aterido invierno
Del ábrego rompiendo las cadenas,
Sepultó las fragantes azucenas
En yerma soledad, en hielo eterno;
Si inocente zagal canta sus penas,
Modula sus amores,
El pintado clavel brotando admiro,
Y extático ya miro,
Entre mis manos renacer las flores.

¡Sacrosanta deidad! Vida y consuelo
De la tierra infeliz.... Pudo engañosa
Pandora un día devastar el suelo;
Y á ti tan sólo concedido fuera
Combatir con la plaga desastrosa.
¡Ay! Si la vista en derredor tendiera....,
Crimen....,horror...., ¡oh!, no, no incauto mire
Las plagas del averno
Desolando la tierra,
Y opreso del dolor, triste suspire....
Ya corro á su favor, tu canto tierno,
Que á la maldad aterra,
La paz en mí derrama
Y de sacro placer mi pecho inflama,



Y al hombre adoro, y aun el hombre me ama,
Y en placer y virtud, sacro me inflama.

Á su divino acento
Levanta el siervo la cerviz hollada,
Y, feliz un momento,
Olvida su tormento,
Sin ver la humanidad atropellada.
Tal vez tirano que jamás su pecho
De sangre satisfecho,
Ni la viudez, ni la orfandad, ni el llanto,
Aplacaran su rabia destructora,
Y derramando espanto,
Montañas de cadáveres deshechos
Huella insensible con soberbia planta;
Si ha escuchado tu voz encantadora,
Su entrecejo no espanta,
Y acaso enternecido,
Queda el lloro en sus ojos suspendido.

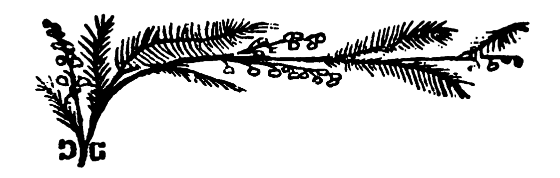
¡Cuál será tu poder! ¡Tiendes el vuelo
Y aterras al impío,
Al bueno das consuelo,
Y cruzas el vacío,
Y dominas los soles en el cielo,

Y á Jove soberano
El rayo arrancas de la inmensa mano !
El mar que á las estrellas amenaza
Bramando en los abismos cavernosos;
El ábrego que al orbe despedaza
Al ronco son de silbos espantosos,
Á tu voz enmudecen,
Y al escuchar tu voz, aún se estremecen.

Ilustres vates, Mantua os admira,
¡Y reprimís el delicioso acento!....
Templad, templad la lira,
Que ya la Diosa vuestro labio inspira ;
Y vida y movimiento
Por doquier derramad.... Cuando las horas
Por mí tranquilas deslizarse viera,
Tal vez, á vuestras arpas seductoras,
La balbuciente voz también uniera.
Mas cuatro lustros en el rojo Oriente
Apenas vi que despuntara el día,
Cuando la rabia de la suerte impía
En mí se ceba con sañuda frente,
Y si cantar quisiera,
Acentos sólo de dolor tuviera.



[redacted]



AL ARROYO

—

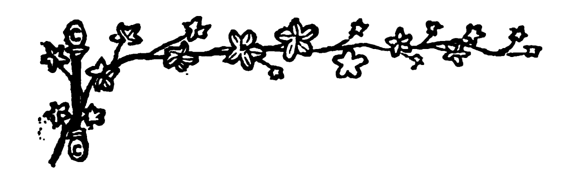
¿Dó vas con tus raudales,
Tan cristalino y terso,
Bañando el verde prado,
¡Oh plácido arroyuelo?
¡Cuán lascivo te ufanas
Prodigando mil besos
En las hermosas flores
Que salen á tu encuentro!
Al ver tus claras aguas
En celestial recreo,
Sus cálices te inclinan
Por beber de tu riego;
Humilladas te ofrecen
Su delicioso incienso,
Que vaga en blanda nube
Embalsamando el viento.
Tú esquivas sus caricias,

Y, más fugaz é inquieto,
Prosigues bullicioso
Tu curso placentero.
Cruzan sobre tus ondas
Los pintados jilgueros,
De su galán plumaje
Donoso alarde haciendo.
Giran mil y mil veces
Y con súbito vuelo,
Roban tus puras linfas
De mancha siempre ilesos.
Aquí un remanso formas
Transparente y sereno,
Y tú mismo te admiras
De verte en él tan bello.
Allá te precipitas
De alba espuma cubierto,
Halagando el oído
Con apacible estruendo.
Mil laberintos trazas
Con tus hermosos juegos,
Derramando cristales
En fáciles rodeos.
Ya aparece una isla
Cuyo florido cerco
Ciñes cual fausto anillo,
Tus dos brazos abriendo.
Ya en tu corriente traes
Mil pintados insectos,

Cual donosos bajeles
Que vanse en ti meciendo.
Ora la verde margen
Inundando soberbio,
Arrasas insolente
La pompa y flor del suelo.
Ora en la blanda arena,
Tus pasos deteniendo,
Parece que te duermes
En lánguido sosiego....
¡Cuál en ti embelesado,
Oh limpio raudal, veo
La imagen de mi triste
Voluble pensamiento!
Cual tú ya se desliza
En tranquilo silencio,
La senda de la vida
Pasando en dulce sueño;
Ó cual tú, murmurando,
Bullente y altanero,
Parécenle del orbe
Los límites estrechos.
Ora de la esperanza
Viste el verdor risueño,
Cual tú corriendo ufano
El del verjel ameno.
Ora absorto se pierde
En mil locos proyectos,
Cual tú entre leves cañas

Con mil vueltas y sesgos.
Al fin de tu camino
El Oceano inmenso,
¡Oh peregrino arroyo!,
Te arrastrará á su centro;
Y así también al cabo,
Arrebatado y ciego,
Á su eterno principio
Irá mi pensamiento.





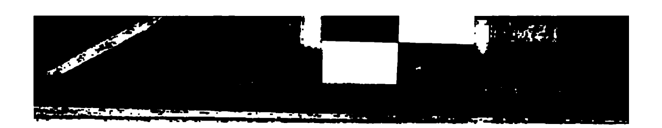
SOLEDAD

Á LA MUERTE DE UNA GRAN SEÑORA DE CELEBRADA HERMOSURA [1].

Omnes quae liquido libratis in aere curens.
Tu tamen, ante alias, turtur amite, dolè.
(Ovidio: *L. Amorum.*)

Allá por álveo anchísimo y umbrío
Corre insensible el insondable río
Del tiempo y de la vida, sin que alcance
La débil vista de la mente humana
Ni su origen ni fin; pasan las olas
De los años, por años impelidas:
En pos les apresuran la carrera
Los siglos en corriente impetuosa,
Hasta hacerlas entrar desvanecidas
Del olvido en la tumba misteriosa.
Estos pasan también, y desparecen
Entre ruedas y círculos fugaces,
Que otros siglos y siglos renacientes

1 Según las diferentes copias, esta composición debió escribirla el autor con motivo de la muerte de la duquesa de Frías.



La eternidad les lanza poderosa
De sus perennes caudalosas fuentes.
Por medio de los túrbidos raudales,
La mente pusilánime arredrando,
Se ven llegar en formas colosales
Los sucesos que truecan las diademas,
Que trastornan imperios, devastando
Regiones y Metrópolis supremas:
Llegan entre las lluvias de los males
Con ímpetu estrellándose en la prole
Afligida de Adán, que evita en vano
El fiero amago de la horrible mole:
Las gentes de los ámbitos del mundo,
Inciertas corren, huyen espantadas,
Dan al viento sus tristes alaridos,
Y en los presentes ecos resonantes
De cien generaciones ya pasadas,
Se ahogan los gritos que asordaron antes.

La margen del no ser encierra al río
Con la margen del ser en ancho cauce,
Enlazando á las dos con honda fauce
Un puente de magnífico atavío.
En arcos de firmísimo topacio
Alzólo Dios con fausto poderío
Cuando pobló de mundos el espacio
Y dió la tierra al hombre en señorío.

Envolvió con las nubes del secreto
La entrada y el final del edificio;
Que la vida y la muerte son arcanos
Para el mortal; un hondo precipicio
Ven á sus pies los míseros humanos
Cuando el velo que cubre tal misterio
Quieren alzar con sus impuras manos.

De las altas arcadas por remate
Se levantan las anchas galerías
Y se extiende el grandioso pavimento
Por do en la inmensa serie de los días,
Al dolor entregadas y al combate,
Con mil diversos títulos y nombres,
Á recibir un mismo acabamiento,
Van las generaciones de los hombres.
Dos desiguales sendas se dividen
El ancho espacio del marmóreo puente,
En cada cual alzándose, eminente,
Un templo allí al placer, aquí á la pena:
El ámbito mayor éste decora.
Sus grandiosas estancias y sus atrios
La especie humana por naciones llena,
Y, en su aflicción desesperada, arrastra
De ajeno crimen bárbara cadena.
Los míseros que suerte tan horrenda
Pretenden esquivar huyendo ansiosos,

Con prisiones se ven en la ancha senda
Por invisible mano detenidos,
Y los ministros del dolor rabiosos,
Lanzándose con gritos espantosos,
Alcanzan á la turba sin ventura,
Y, con mofa cruel empedernidos,
Logran vencer su resistencia loca,
Y el cáliz de la hiel y la amargura
Hacen que apure su doliente boca.
La muerte en tanto con segur airada
Los hiere y lanza al insondable río
Que los lleva al abismo de la nada,
Colmando al punto el funeral vacío
Otra generación más desgraciada.

En la otra senda de recinto estrecho
El cuadro es otro y el placer habita:
Es su solio feliz mullido lecho;
Son su imperio verjeles y jardines;
En torno con la música concita
El coro de las danzas y festines,
Y, al armónico son y dulces voces,
Se allegan fascinados los mortales,
Á su pesar, pasándose veloces,
De aquel centro de todas las delicias,
Sin apagar la sed de los placeres,
Casi al coger la flor de las caricias.

Número breve el séquito compone,
Que por alto decreto el cielo quiso
Hacer la tierra yermo para muchos,
Para pocos florido paraíso.

Por tal camino entrastes en la vida
Envuelta en sedas, infeliz matrona;
Oro y marfil ornáronte la cuna;
En sus brazos te dieron acogida
El numen del poder y la fortuna;
Los timbres y blasones que ambiciona
La vanidad del prócere, importuna,
Tú los tuviste en juros de tu sangre:
Los héroes que arrancaron más trofeos
De la altiva agarena media luna;
Los que vencieron en Italia y Flandes;
Los que por anchas y distintas zonas
Sometieron á España cien coronas
En lo que abarcan los inmensos Andes;
Los que dos hemisferios gobernaron,
Deudos y descendientes de cien Reyes;
Todos, en fin, por heredad y estirpe,
Su sangre transmitieron en tus venas,
Dándote á par sus nombres resonantes,
Desde Tule á las índicas arenas.

Flores cuajadas con la luz y el ámbar,
Y la rubia madrépora, y las conchas,
En guirnaldas tejieron tus cabellos
Cuando feliz con manos infantiles
El cimbel inocente revolabas
En el primer albor de tus abriles.
En la tersa vitela orlada en torno
De filigrana, en cifras guarnecida,
Y en tafilete y arabesco adorno
Las Musas desplegaron en tu mente
Las alas del saber en blando vuelo.
El ébano oriental, con tiernos sones,
Aprendiste á pulsar, y en dulce canto,
Simulando de amor el blando idioma,
Te enseñaste á rendir los corazones
En arrullos de tímida paloma.
Con planta airosa de ligera pluma,
Que ni aun hollara el heno de la orilla,
Ni deshiciera entre la blanca espuma
Las pompas de cristal que forma el agua,
Te adiestraste á medir el rico suelo
Del soberbio salón, con leves giros,
Y en tu gentil donaire y suelta danza
Flechabas del amor los dulces tiros
Entre el desdén, la duda y la esperanza.

El amor inspiraste con tus ojos,
Y el delirio con habla deliciosa;
Que si un rey se arrodilla ante una hermosa
Y un reino sacrifica á sus antojos,
¿Quién no se rinde en lid voluptuosa
Á la mujer que títulos enlaza
De princesa feliz, con faz de Diosa?
Lo más galán, la flor de la nobleza,
Los señores de alcázares y villas,
Siguieron oficiosos tu belleza,
Y sirviéndote en finos galanteos
Los Estados que ofrecen dos Castillas
Rindieron á tus pies como trofeos.
Cuidadoso rondando tus jardines,
Acaso en tanto por la noche umbría,
Á más fino galán viste templando
El lloroso laúd de Andalucía,
Y, entre férvidos ayes y suspiros,
Cantar le oiste en triste melodía,
Respondiéndole tú, con blandas quejas.
¡Oh qué placer en el amor primero,
Hablar furtiva por las altas rejas
Con un tímido amante caballero!

El lenguaje del alma misterioso,
Aroma que se exhala del fiel pecho,
Llorando en verso quejas amoroso,

Tú lo gozaste. El Tajo, el Manzanares
Oyeron resonar en tu alabanza
Su orilla en melancólicos cantares,
Y tu nombre inmortal en la memoria
Á la edad llegará más apartada
En el eco sonante de la gloria.
El canto más de fuego y delicado,
Empapado en la miel de los amores
Y respirando dudas y temores,
Tocó tu corazón enamorado,
Y al trovador de más feliz acento,
Rindiéndole el castísimo albedrío,
Le diste la corona del contento:
Mas si tu tierno amor lo alcanzó el canto,
Los suspiros, la gala, el diestro brío,
Era fuerza en los campos del espanto,
En la trabada lid de las legiones,
Entre el rayo del bronce fulminante
Y en la mezcla de fieros escuadrones,
Tu mano merecer y el sacro lazo;
Fuerza era así, guiándote hasta el ara
Cuando el lauro triunfal de la victoria,
Teñido en sangre, tanta prez comprara.

La corona ducal ciñó tu frente;
En gustos se trocaron los azares
De las feroces lides y la guerra;

El astro tuyo relució riente,
Y uniendo con lazada venturosa
Los de madre á los vínculos de esposa,
La más feliz te hallaste de la tierra.
Mas ¡quién en el zenit de la ventura,
Sin descender, se goza largo espacio!
¡Ah! ¡El instante del bien cuán poco dura!
En medio del magnífico palacio,
Para el placer, sobre el grandioso puente
Por mano misteriosa levantado,
La muerte apareció, llevando aleve
Su capuz invisible cobijado;
El festín visitó, presa eligiendo.
¡Ay! ¡Que á ti te eligió! Con soplo helado,
Cruda apagó la antorcha de tu estrella,
É hiriendo el pavimento en ronca huella,
La fábrica mortal sonó cascada;
Y al golpe estremeciéndose segundo,
Fué contigo al abismo derrocada,
Sólo oyéndose un eco moribundo;
Y allí con sello eterno se encerraron
Las danzas, los cantares, los deleites,
Y en humo los pensiles se trocaron.

Del tálamo nupcial bajaste al lecho
Que cubre por dosel el mármol frío;
Las delicadas fibras de tu pecho,

Entonces, en su trono de volcanes,
El Señor bajará con diestra alzada
Á dar premio al espíritu, ó castigo,
Y á la carne juzgar resucitada.
Dado el fallo final, la voz de muerte
Resonará en los ámbitos del mundo;
Los vientos cardinales en la tierra
La muerte clamarán, y muerte, y muerte,
Responderá bramando el mar profundo:
Los polos y elementos se harán guerra;
Las estrellas caerán sobre la luna;
Los cometas, girando desquiciados,
Se encontrarán rompiendo las esferas;
El sol nos atraerá; lloverá fuego;
Se arderán las nevadas cordilleras;
Los piélagos, las fuentes y los ríos
En rojas llamas, en ceniza y lava
Bullendo, correrán en negras listas,
Y los bosques, verjeles y frescuras
Trocaránse en pavesas y en aristas.

En aquel trance, el tiempo ya pasado,
Desde el hora en que Dios la luz hacía
Hasta que acabe el postrimero día,
Cual signo por el yeso bosquejado,
De la tabla falaz de la memoria,
Para siempre jamás será borrado.

En el cerco de siglos insondable,
Cerco para el Eterno estrecho y breve,
Abismo para el hombre impenetrable,
El primero que abrió la tumba fría,
Rey del Edén, y del Edén lanzado,
Los que siguieron por tan negra vía
Por un siglo á otro siglo dilatados;
Tú que ayer mismo por allí te hundiste,
Noble matrona, por adversa suerte;
El que te siga en tiempo más distante,
Y el último mortal que espire triste
Cuando apague su luz el sol brillante,
Todos caerán con pecho vacilante,
Que oyeron la palabra *muerte, muerte,*
Por una misma voz al propio instante:
Todos así caerán: que un mes, un año,
Las épocas, los siglos, las edades
Serán desde tal hora infortunada
Átomos, puntos, nieblas, humo, nada.







MÁLAGA

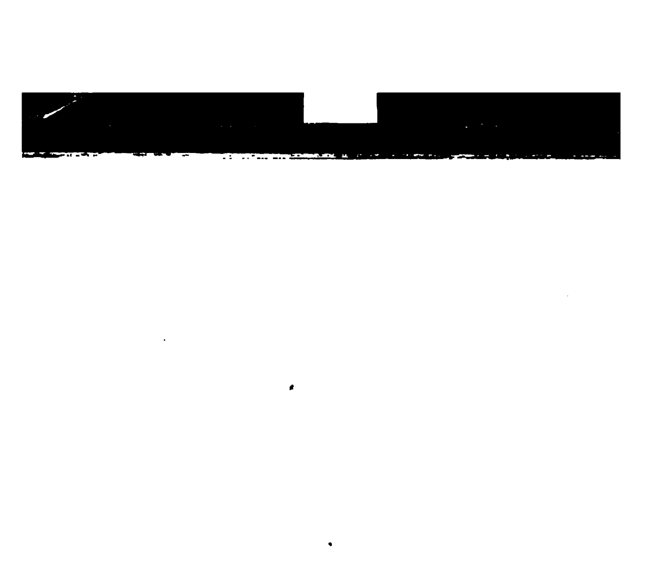
Á LA RECEPCIÓN DE LA REINA DOÑA ISABEL II

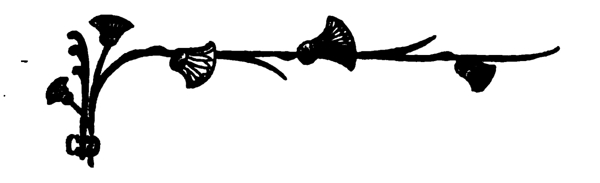
—

SONETO

Es de esmeralda el rico pavimento;
Oro y zafir mi cielo y pabellones,
Y colgantes de frutos y florones
Dan doseles y alfombras á mi asiento.
Cuaja el cristal mi puro firmamento;
Coral y perlas ciernen mis tritones;
Pomas de Edén, toronjas en festones,
Con perfumes y aromas, son mi aliento.
Pues con tanto tesoro cual derramo,
Urnas, raudales, galas y riquezas,
Soy avara en mi ser, pobre en mi orilla.
Que todo es poco, flor sin flor ni ramo,
Para pagar su feudo á la grandeza,
De la Isabel segunda de Castilla.







Á LA MISMA SEÑORA

—

SONETO

Al recibir el golpe y el agravio,
Y aunque bañada en sangre tu inocencia,
Palabras de perdón y de clemencia
Tan sólo pronunció tu augusto labio.
Vuelta á la vida, buscas desagravio,
Dando al huérfano asilo y asistencia;
Que el domar con piedades la violencia,
Es vencer en grandeza al mismo Octavio.
De España eres señora por derecho,
Por ser madre; su suelo es tu conquista,
Por tu amor, tu largueza y tu dulzura.
Amaste tierna al pobre: ese es tu hecho:
Pan y consuelo alcance con tu vista,
Y serás siempre Reina y con ventura.









Á LA REINA NUESTRA SEÑORA

—

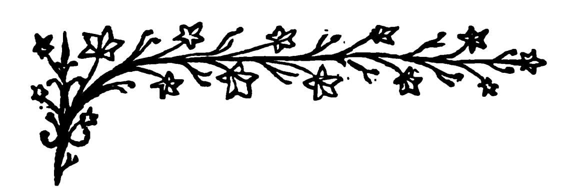
SONETO

¿Son de gozo, señora, ó de amargura
Estas que corren lágrimas ardientes;
Y esos que suenan hondos y vehementes,
Son ayes de dolor ó de ternura?
Que al rasgar el puñal tu carne pura,
Rasgó el pecho á millones de valientes,
Como al mirar tus ojos ya rientes,
Raya en todos el júbilo en locura.
Cubrió tu riesgo en luto al universo;
Hoy tu salud nos viste seda y galas
Y de flores y azul el ancho espacio.
Negro mausoleo alzar quiso un perverso;
Mas, salvándote un ángel con sus alas,
Es hoy contigo un cielo tu palacio.









Á LA REINA

EN OCASIÓN DE HABER USADO TRAJE ANDALUZ PARA UNA CORRIDA DE TOROS.

—

SONETO

Bella, gentil, amable y placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Con el traje andaluz haciendo alarde,
Regocijas del Tajo la ribera.
Entre el bullir de turba vocinglera,
Animando al valiente y al cobarde,
El sol hermoso de tus ojos arde
Y aun embravece á la acosada fiera.
Hijas del Betis que en arenas de oro
Undoso bañas la imperial Sevilla,
De gracias mil encantador tesoro;
Vuestros donaires trasladando brilla
Con majestad y nacional decoro
La incomparable Reina de Castilla.









EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA CHAIX BRYAN

Á MARÍA.

Tú te vas,
Tú te vas, dulce María;
Y contigo, luz del día,
Lle varás
Mi contento y alegría.

No más ya,
No más ya la roca ó peña
De la playa malagueña
Gozará
De tu faz linda y risueña.

El confín,
El confín del Manzanares,
Sus alcázares y altares,
Su jardín,
Sin ti queda entre pesares.

¡Ay de mí!
¡Ay de mí! Buscaré en vano
Tu semblante soberano,
Ciego, sí,
Por el bosque, monte y llano.

El vergel,
El vergel en que tu infancia
Logró fausta rica Francia,
Ansía infiel
Gozar sólo tu fragancia.

No así, pues,
No así, pues, que á tus entrañas
Dieron sangre las Españas,
Y á tus pies
Verdes juncias sus campañas.

Hallarás,
Hallarás allí valientes
Con laureles en las frentes
Por demás,
Bravos, finos, esplendentes;

Pero no,
Pero no los amadores
Por la reja echando flores,
Y en el Po,
Circo y Cides vencedores.

Que en Genil,
Que en Genil, con fuerte espada,
Dejaron pura y honrada,
Cual marfil,
A una sultana ultrajada.

Que al laúd,
Que al laúd dan fuego y vida
Á alta fembra retraída,
O ataúd
Á la aleve y fementida.

Que es la ley,
Que es la ley en que se encierra
El amor en nuestra tierra,
Y aun el rey,
Gloria ó sangre y siempre guerra.

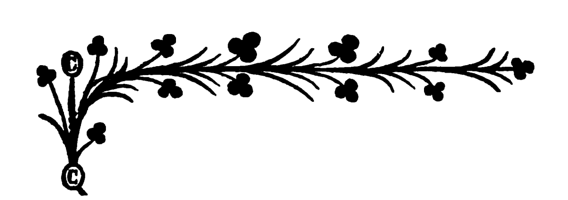
El pincel,
El pincel del sentimiento
Grabará en tu pensamiento,
Harto fiel,
Esta imagen y otras ciento.

Y el pensil,
Y el pensil por la mañana
De la fuente Castellana,
Y el Abril
Del Retiro y su fontana.

Y tal vez,
Y tal vez en triste calma
Verá á Málaga tu alma,
Con su almez,
Vid, olivo, mirto y palma.

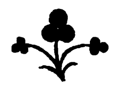
Y el nopal,
Y el nopal en la colina,
La Alcazaba, la Macina,
Y triunfal,
El fertil Guadalmedina.





LA SOBERBIA

Yo vi una altiva populosa encina
Tender sus ramos orgullosa al viento,
Presumiendo tocar al firmamento
Y avasallar el prado y la colina.
Yo vi el oro del sol, con luz divina,
La verde copa coronar contento,
Y yo la vi en pomposo movimiento
Mecer ufana al ave peregrina.
Mas vi también, cual precursor del llanto,
Leve vapor crecer á nube airada,
Tendiendo por la esfera el negro manto:
La vi rasgarse en llamas inflamada,
Lanzar el rayo, y miro con espanto
El árbol convertido en polvo, en nada.







A UNA PILAR DE HERMOSOS OJOS

Ciñe, Pilar, la venda
Por esos ojos,
Que si la luz es mucha,
No mata poco.
Y es cosa fuerte
Donde se brindan gustos
Hallar la muerte.

Al verte Amor con venda,
Por burla y juego
Se hará tu lazarillo,
Báculo ó perro.
Mas ten en cuenta,
Que una ciega y un ciego
Andan á tientas.

¿Quieres á tal peligro
Remedio sabio?
Pues toma con la venda
Sus flechas y arco;
Que al punto mismo,
Aunque te visten faldas,
Serás Cupido.

Dios ya entonces, no Diosa,
Sin miedo alguno,
Podrás venir conmigo
Corriendo el mundo.
¡Oh qué buen lance,
Mentor yo, y tú pupilo,
É ir de viaje!!!





A UNA LITIGANTA

SONETO

No llores, miserable litiganta,
Que si acaso te hicieron injusticia,
Con piedad generosa y más propicia,
¿No te dejaron libre la garganta?
Manos blancas no ofenden; así, aguanta,
Que al fin da gozo y cura la tiricia
Ver á Doña Verdad con la Malicia
Bajo un techo vivir, cosa que encanta.
Y si quieres vencer otro proceso,
Habla mal de las letras y la espada,
Murmura de la ropa con exceso.
No encuentres buena fe sino *cambiada;*
No abras la boca como busto en yeso,
Y tendrás tu sentencia ya ganada.







XARIFA

ROMANCE MORISCO.

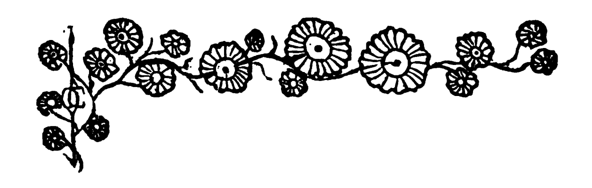
En un alazán brioso,
Por entre bravos jarales,
Huyendo, huyendo Xarifa
En grupas va con su Zaide.
El caballo va contento,
Contentos van los amantes;
El corcel por ir saltando,
Los dos por ir á gozarse.
Cabalgan los dos, cabalgan,
Por entre obscuros breñales,
Que quien á hurto camina,
De ocultas sendas se vale.
La vuelta van de la playa,

Huyendo el odio de un padre,
Para echarse en un esquife
Y en Tremecén repararse.
Ya llegan á la alta cumbre,
Ya ven azular los mares,
Ya ven mecerse la vela,
Ya piensan hollar la nave.
«Mira, mira, dice el Moro;
Mira, mi amada, cuál salen
Inquiriendo nuestras huellas
Los jinetes del algarbe.»
«No temas, ella responde;
No temas, mi bien, mi Zaide,
Que un encanto aquí me asiste
Que presto á los dos nos salve.
Es un listón prodigioso
Fadado con hados tales,
Que dos que con él se ciñan
Cierto invisibles se hacen.
Probemos, Zaide, probemos;
Usemos mágicas artes,
Y en su insensata pesquisa
Nuestros verdugos se cansen.»
Desdobla el listón Xarifa,
Con él se anuda su amante,
Cuando, de presto, ¡oh qué espanto!,
Ven una sierpe soltarse.
El fiero dragón se enrosca,
Los ciñe en negros dogales;

El pecho para oprimirles,
Y los pies por cautivarles.
Que el tal listón, receloso,
Dar hizo á Xarifa el padre,
Para que halle la muerte
Donde sus gustos buscare.
Llega el Rey enfurecido,
Vibrando el sangriento alfange,
Y abrióle el pecho á Xarifa,
Y el cuello dividió á Zaide
. . . .







ALARDE DE LA CIUDAD DE MÁLAGA

Hela, hela por do asoma,
Con dosel de azul y grana,
La hermosa Málaga, y rica
Por alfombra verde y plata.

Su cerca, que bien parece
De torres bien torreadas,
Sus murallas por sortijas,
Ancho anillo su Alcazaba.

La Alcazaba, que en su mole
Y en sus bóvedas cascadas,
¡Tantas catástrofes tristes,
Tantas historias relata!



La campana de la Vela,
Allí, en cadenciosa pausa,
Á deshora de la noche
Los rebatos señalaba.

Y en la costa los jinetes,
Y en fuego las almenaras,
Daban aviso no ha mucho
Con cien galeras la playa.

O en el muro el centinela,
Reposando en la alabarda,
Los cuartos tardos medía
De la modorra y el alba.

Con corona Gibralfaro
Sus sienes ciñe encumbradas,
Si con alarbes moriscos,
Con sus fenicias murallas.

Parece gigante armado,
Gibraltar breve en su traza,
De la ancha ciudad custodio,
Del ancho mar atalaya.

Y tal vez si su recinto
Desdobla en fértiles franjas,
Por el foso y torreones,
Crece el nopal y las palmas.

Dos veces se viste en verde
Lozanamente sus plantas,
Una, con verdes jardines,
Otra, con mar y esmeraldas.

Sobre aquel alto coloso,
¡Qué maravillas no abarca
La mente ansiosa, y los ojos
Embebecidos no alcanzan!

Aquí la agreste Ajarquía
Sus montes obscuros alza,
Y allí por fértiles vegas
Ancho el Guadalhorce pasa.

La agreste obscura Ajarquía,
Que, entre quejigos y zarzas,
Señala el sitio y pregona
La cuesta de la Matanza.

Donde el conde de Cienfuentes,
Mal perdido entre cañadas,
Ganó, sin ganar Comares,
Cautiverio ó muerte infausta.

Tragedia triste, no afrenta
Fué para gente cristiana,
Postrer gozo á gente mora,
Postrer gozo á su esperanza.

Que en breve plazo, cual crece
En tronco herido la savia,
Y más vástago resarce
Y más ramaje restaura,

Así Castilla y su reino,
Sonando trompeta y cajas,
Dieron fin al buen comienzo
De la redención de España.

Por allá, en más altos riscos,
Altas cimas se levantan,
Que urnas abren á los ríos
Del Abenzarca y Tadala.

Y, opuesto dique á los mares,
Mijas muestra su ancha falda
Con mármol, jaspe y granito,
Que envidian Paro y Carrara.

Sube su elevada cresta,
Que el moro Zohajil llama,
De do ve nuestro hemisferio
Lo que allende nunca alcanza.

Que trasponiendo el Estrecho
Por antárticas distancias,
Lince ó Canofo, la vista
Ve en la bóveda azulada.

Allá en celaje dibuja
Su faz la costa africana,
O á Calpe adivina, y Gades
Tras el mar y las montañas.

Y más cerca, cual el Dauro,
Lame el vergel de Granada,
Deshojando los jardines
Que al claro Genil engarza.

El fértil Guadalmedina,
Por arcaduces de plata,
Busca el mar, huyendo en sierpe,
Por puentes, calles y plazas.

La imaginación se finge
Por maravillosa magia
Que el mar da ser á jardines,
Que nace el huerto en las aguas;

Y en dilatado sorteo
Recamado en filigrana,
Los ámbitos se deslindan
Del puerto inmenso y su rada.

Émula un tiempo de Tiro,
Cartago rica de España,
Venecia de inmensas naves,
Emporio de cien armadas.

De do á Nápoles Gonzalo
Llevó el cerrar á la Francia,
Á Gomera Don García,
Y á Orán Navarro su fama.

Y avara por más recintos,
Con anchos brazos abarca
Espacio al mar para naos,
Útil refugio á borrasca.

Y castil de genoveses
Y la antigua barbacana
Queda zaguera en la orilla
En la vieja Atarazana.

En cuyos muros robustos
El arco moro se estampa,
Primor de piedra embutido
Sin la grosera argamasa.

Donde la empresa se lee
De los reyes de la Alhambra,
No hay más vencedor que Dios,
En dos escudos en banda.

Menguó allí la media luna,
Y en su lugar, entre salvas,
Flotan al aire castillos
Con aragonesas barras.

Iba á proseguir cantando
Barcarolas empezadas,
Alarde de viejos tiempos,
Y de tiempo viejo hazañas,

Cuando un garzón paraninfo,
De buen gesto y feliz traza,
Con más feliz desenfado
De esta manera le habla:

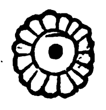
«Deja, deja, buen anciano,
Cantar de cosas pasadas;
Grandeza excusa el encomio,
Y lo bueno de alabanza.

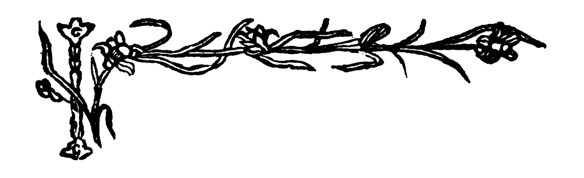
»Galatea con corona
Llega dueña de esta playa,
Más coronada por bella,
Que por estirpe y prosapia.

»Si tantas dotes de hermosa
Tú puedes cantarla, canta;
Si el aliento, no el deseo,
Te faltase, calla, calla.

»Ó proclámala cual Reina
(No reina cual yo heredada),
Sino reina malagueña,
Que es ser reina de las gracias.

»Que si Heraldo en tales juras
Te nombra su noble patria,
Como en la tabla redonda,
Tendrás plato, voto y plaza.»





AL SEÑOR DON LUIS DE ARMERO,

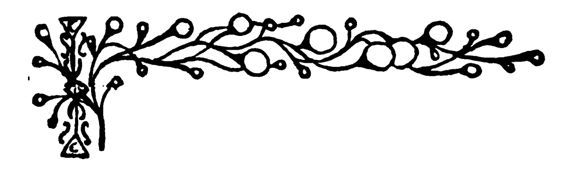
BRIGADIER DE LOS REALES EJÉRCITOS,
AL SER CONDECORADO CON LA REAL CRUZ DE SAN FERNANDO

SONETO

Bajo el dosel del bélico estandarte,
La heroica insignia, pura, sin mancilla,
Del Rey glorioso que ganó á Sevilla,
Fija en tu pecho por su mano Marte.
Filas de acero viendo en la otra parte
Por tu afán alistadas en Castilla,
Guardando su frontera y regia silla,
Belona quiere en premio coronarte.
Pero las dos deidades, en su anhelo
De dar más esplendores á tu gloria
Y galardón más alto á tu desvelo,
Encomiendan tu nombre y tu memoria
Á la Musa divina que en el cielo
En bronce escribe el libro de la Historia.



[redacted]



EL MAR EN LAS NOCHES DE ESTÍO

La luna ya en el cielo,
Con vacilante brillo,
Cual lámpara de oro,
Alumbra el mar vecino;
Sus rayos luminosos,
Bajando en leves hilos,
Se quiebran en las aguas
Con mil lumbres y visos;
Los astros y luceros,
Desde el azul Olimpo,
Repiten en las olas
Sus luces y jacintos,
Y en tan mágica imagen

Cree ver el pecho mío,
Ó dos mares de estrellas,
O dos verdes empíreos.
Los céfiros serenos,
Con sus blandos suspiros,
Las ondas ensortijan
En apacibles rizos,
Y empapados de aromas
De los fragantes cidros,
Se deslizan cual néctar
Al pecho ardiente mío.
La silenciosa nave,
Dejando el salvo asilo,
Se desliza en las aguas
Con sesgo fugitivo ;
Se oye la altiva proa,
Como en sonante vidrio,
Cortar la faz serena
Del mar claro y tranquilo.
La costa se dibuja
Como en grandioso circo,
Cercando el mar inmenso
Con elevados riscos.
Al lejos se levantan
En eslabón continuo
Las desiguales cumbres
De los montes sombríos,
Y los fuegos del hato,
Cual soles encendidos,

Alumbran y se pierden
En el azul vacío.

Hasta la orilla bajan
Los vergeles floridos,
Ciprés y pobo alzando
Sus verdes obeliscos.
Y entre el bullir del agua
El peregrino oído,
Del ruiseñor distingue
Los solitarios trinos.
Como listón de oro
Plegado en leves giros,
Por entre el negro bosque
Dudoso brilla el río,
Y, cual recuerdo triste
De los pasados siglos,
Allí, entre escombros, yace
El gótico edificio :
Trisca el pez sobre el agua,
Halla en el viento alivio,
Salta dos y tres veces,
Y cala al verde abismo.
Desde el sonoro cerco
Donde se hundió lascivo,
Nacen, crecen y mueren
Mil argentados discos.
Las góndolas discurren
En gárrulo bullicio,

Ora en rápido curso,
Ora en plácidos giros:
Parecen las Nereidas
Que en mágico atavío
Ensayan sueltos bailes
En palacios marinos.

Todo es dicha y contento,
Todo gozo, deliquio,
Derramando en el alma
El placer más benigno.
Todo en el mar convida
Á gozar en delirio
Las noches deliciosas
Del caloroso estío.





PRIMER BRINDIS

Yo vi en las crestas de Aralar y Andía
Y en los obscuros valles de Navarra,
En lucha fabulosa por bizarra,
Despedazarse España en rabia impía.
Mas la hispana altivez en mí crecía,
Viendo en la fratricida cimitarra
Fianza de que nunca extraña garra
Presumiera apresar la Patria mía.
Juntos hendiendo el aire ambos pendones,
¿Quién ya osara encender la hispana saña?
¿Quién desunir castillos y leones?
La sangre nuestra entinta la campaña;
Mas también escribió en nuestros blasones:
¡Eterna independencia, viva España!



[redacted]





LA TARDE

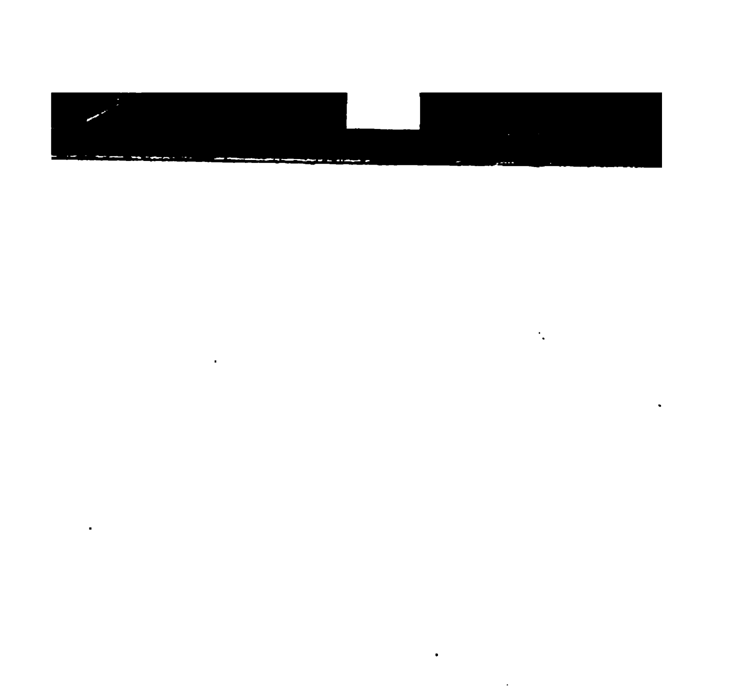
———

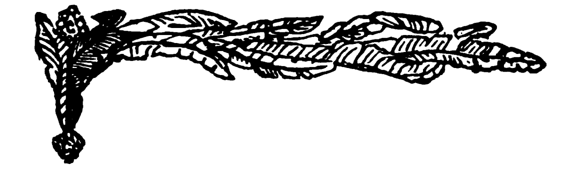
¡Qué fresco delicioso
Corre por la marina,
Y el pecho al blando influjo
Con qué placer respira!
Sobre las claras aguas,
Salta la afable brisa,
Que en soplos apacibles
El verde azul agita.
El mar al fausto beso
En olas mil se riza,
Y con leve murmullo
Lame la hermosa orilla.
El sol, ya trasponiendo
Por las opuestas cimas,
Hiere con tibios rayos
Las aguas cristalinas.
La luz se desvanece

En el movible prisma,
Y entre hermosos colores
Bandas de fuego brillan.
Los africanos montes,
Con rosadas neblinas,
En la región del Moro
Se roban á mi vista.
La alegre gaviöta
Allá en los aires gira,
Y tras el pez dorado
Veloz al mar se vibra.
Zabúllese trazando
Mil ruedas cristalinas,
Que entre insensibles sombras
Se apagan cual la vida.
El ave sale ilesa
Sobre las tersas linfas,
Meciéndose entre espuma
Como pomposa isla.
El marinero canta,
Remando en su barquilla,
Sus sencillos amores,
Sus redes y fatigas.
El ave de la noche
En las rocas vecinas
Se angustia y se lamenta
Con voces doloridas.
Del Norte las tinieblas
A descender principian,

Y entre pardos celajes
La luna se divisa.
En tanto, errante, vaga
Mi mente embebecida,
Tras la imagen incierta
De mi esperada dicha :
¡Dicha infiel é inconstante,
Cual del Abril los días,
Engañosa cual sombra,
Cual viento fugitiva!







AL CARDENAL CISNEROS

Y

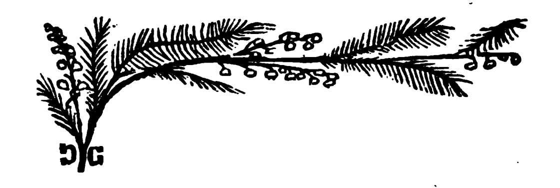
Á LA TOMA DE TETUÁN

SONETO.

Sal del hondo sepulcro, gran Prelado,
Héroe de Orán, terror del agareno,
Para ver tu pendón de gloria lleno
En Tetuán por siempre enarbolado.
Tu hispano pensamiento abandonado
Lo encontró otra Isabel de altivo seno,
Que, dando sucesor á Alfonso Onceno,
Prepara otras jornadas del Salado.
Mas antes de cobrar la tumba yerta,
Bendice al Campeón y las legiones
Que logran revivir laureles secos:
Duerme, y sólo de nuevo te despierta
Para ver los Castillos y Leones
Entrar en Fez triunfantes, y en Marruecos.







EL NAUFRAGIO

¿Oyes, oyes, Elisa,
El repetido trueno
Que forma el mar airado
Las rocas combatiendo?
¿Oyes con qué rugidos,
Embravecido el viento,
Se encuentra y se rechaza
En giros contrapuestos?
Parece que la esfera
De los quicios eternos
Se derroca al impulso
De estrepitoso fuego.
Mira pasar las nubes
Con espantoso vuelo,
De siniestros colores

Manchado el ancho cerco.
Mira cuál se embravece
El turbio mar Tirreno,
Queriendo, enfurecido,
Tocar al firmamento.
Las olas, levantando
Los verdinegros cuellos,
Se enroscan como sierpes,
Bramando en son horrendo.
Hierve el agua formando
Mil montes gigantescos,
Que se embisten y rompen
En subterráneo estruendo.
Una nave luchando
Allá se ve á lo lejos,
Que cruje á los embates
Del airado elemento.
Su quilla ya cascada
Y roto el mastelero,
Sin dirección ni guía,
Toca al postrer momento.
Ya á los abismos baja,
Ya sube hasta los cielos,
Ya zozobra, ya anhela
Ganar el salvo puerto.
Desesperados suben
Los roncos marineros
Á mástiles y entenas
Para el último esfuerzo.

Pliegan las anchas velas,
Lanzan el corvo hierro,
Pican los altos palos,
Timón aferran luego.
Mas, ¡ay!, todo es en vano;
La nave, ya sin freno,
Sigue el ímpetu horrible
Del huracán soberbio.
Las olas la arrebatan,
Y, en remolinos fieros,
La estrellan en los riscos,
Con crujido tremendo.
El mar se cubre todo
De miserables restos,
Y allá salen nadando
Piloto y pasajeros.
Pero, ¡oh dolor!, escucha
Los lastimados ecos
Que los náufragos tristes
Arrancan de su pecho:
Cuál fatigado lucha
Por asir aquel leño;
Cuál las salobres aguas
Va á su pesar sorbiendo;
Y el hado inexorable,
Para mayor tormento,
Hace morir al justo
Y salva á los perversos.
La Luna llora en tanto



Tan mísero suceso,
Cubriendo el claro disco
De un enlutado velo.
Y yo también, absorto,
Amargo llanto vierto,
Del cielo contemplando
Los crueles decretos.





LA LUZ MENTIDA DEL AMOR

SONETO.

Era la noche lóbrega, espantosa,
Y perdido por senda nunca hollada,
Cruzando iba la selva temerosa
En busca del amor y su morada.
Una luz pura, por celeste diosa
En las torres acaso levantada,
Cual faro cierto en costa procelosa,
Del alcázar mostrábame la entrada.
Huello la puerta ya; mi pie se lanza,
Cuando súbito ¡oh Dios!, contemplo yerto
Volar la luz y perderse en el espacio.
De entonces murió triste mi esperanza;
Ciego y errante vago en el desierto,
En busca del amor y su palacio.







EL BÁQUICO DESEO

Si el mar se convirtiese,
Y toda su agua pura
En el licor formado
Del zumo de la uva,
Cambiando sus cristales
En la rosada espuma
Que el vino bullicioso
Alza en las anchas cubas,
Yo entonces me embarcara
En mi dorada fusta,
En cuya popa Baco
Pintado está y las Musas.
Con yedra entrelazara
La rica arboladura,
Casando frescos lotos
Con flámulas de púrpura:
Las sienes me ciñera
Con pámpanos y juncia,
Y el címbalo agitara

Como bacante furia:
De entre las rojas olas
El ánfora profunda
Llenara, y de mis labios
Cayera siempre enjuta:
Lanzara hacia los cielos
Las linfas rubicundas,
Con vino así imitando
Las más copiosas lluvias:
Frenético rompiera
Velas, timón y aguja,
Para en el mar quedarme
Y á tierra no ir ya nunca.
Si el viento, á pesar mío,
Con clemencia importuna
Me impeliese al paisaje
De más gente y verdura,
Abriera el mar mi quilla
Con una aguda punta,
Hundiéndose entre néctar
Á las profundas grutas.
Más que vivir muriendo
Entre maligna chusma,
Al delicioso vino
Quiero por dulce tumba.





SONETO

¡Oh Vate! Vate ilustre, que algún día
Las bellezas del mar nos descubrieras,
Ya cuando altivo asaltas las esferas,
Robando al navegante la alegría:
Encapotado el cielo, niebla fría
Pintaste, y de las hondas luchas fieras
Y del mísero náufrago postreras
Ansias, ayes, lamentos y agonías:
Ora risueño en sus arenas de oro,
Y entre pintados guijos y corales,
Meciendo blando su húmido tesoro.
Vuelve en ti, y reflexiona que mortales
Somos, siquier cristianos, siquier moros,
Pues para adivinar qué soy, no vales.





EL FARO

¡Cuál murmuran los mares
Con grata mansedumbre,
Lamiendo el pie á las rocas
Que hasta los cielos suben!
La luna y las estrellas,
Con vacilantes luces,
Hieren las tersas aguas,
Formando mil vislumbres;
Y el mar hermoso, ornado
De mil visos azules,
Con majestad retrata
La celestial techumbre.
Parece que en las aguas
Mil diamantes relucen,
Ó que vivos luceros
Aquí y allí rebullen.
¡Oh qué hermosos cambiantes!
¡Oh qué trémulas lumbres!
¡Qué fósforos fulgentes,
Brillan prestos y huyen!

La noche con su manto
Al orbe entero cubre,
Y su mágica calma
De mar á mar difunde.
El faro, en tanto, gira
Su máquina voluble,
Y en derredor sus discos
Encendidos discurren.
Su resplandor dirige
Al navegante buque,
Que ve la estéril playa
Como una débil nube.
Los rayos, á lo lejos,
Se lanzan y confunden,
Y una faja, cual senda,
De fuego azul descubren.
Opuesta á la luz traza
La torre su alta cumbre,
Y en colosal figura
Su sombra en el mar hunde.
Con sus afables soplos,
El aura, fresca y dulce,
En los tersos cristales
Mil besos distribuye;
Y atónitos mis labios
En cánticos prorrumpen,
Dictados gravemente
Por mi celeste numen.





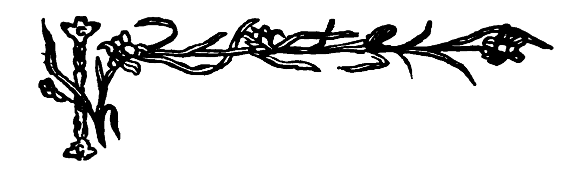
LA SERENIDAD

¡Cómo ostentan los mares
Sus olas azuladas,
Y cuál muestran ufanos
Sus transparentes aguas!
En tan tersos cristales,
La mente embelesada,
Ve ilusa una llanura
De refulgente plata.
La unida superficie,
Pura cual la luz clara,
Descubre á los mortales
Las húmidas estancias.
Las menudas arenas
Fielmente se retratan,
Luciendo cual granates
Y finas esmeraldas.

De entre las verdes ovas
Los pececillos saltan,
Y en las diáfanas linfas
Donosamente vagan.
De los rojos corales
Allí se ve la planta,
Y entre las rubias conchas
Nadar se mira el ámbar.
La peregrina perla,
En su mansión de nácar,
Cual belleza inocente
Se oculta avergonzada.
En los hondos abismos
La vista ansiosa alcanza
Los restos miserables
De naves sepultadas;
Restos que desparcidos
En la vecina playa,
Con triste voz pregonan
Naufragios y desgracias.







EL AMANECER

Ya el alba en el Oriente
Sonriendo descorre
Los transparentes velos
De la lóbrega noche.
Derrama en las esferas
Sus cándidos fulgores,
Y el mar pinta del cielo
Los rojos pabellones.
¡Qué majestad sublime!
¡Qué grandeza, qué orden
Sonda la ansiosa vista
Doquiera que repose!
Aquí el delfín parece,
Con sentidos transportes,
Como á dar la alborada

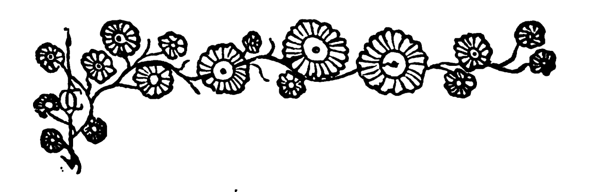
A Febo cuando asome.
Allí saltan los peces,
Y entre las ovas corren
Y bullen locamente
Con fingidos temores.
En su ilusión los ojos
Ven en el horizonte
Juntarse mar y cielo,
Cual demarcando el orbe.
Entretanto, Neptuno
Sus imperios recorre,
Y se avanza sentado
En su marino coche:
Es de coral y concha,
Tirado de Tritones,
Y el blanco, azul y rojo
Ostenta por colores.
Las Ninfas le preceden
Sonando caracoles,
Y en derredor solaza
Una turba de Dioses.
Al agua pura suben
Los simples moradores,
A ofrecer reverentes
Á la Deidad sus dones.
Se sacuden y escarchan
Los húmidos licores,
Cual copiosos diamantes
En brillantez conformes.



Entre los juncos nada
De los tristes Alciones
El nido, dulce fruto
De sus castos amores.
La tempestad, al verlo,
Huye al obscuro Norte,
Y el marinero experto
Navega alegre entonces.
Allá en las altas mares
Se ven embarcaciones
Que el estrecho de Alcides
Entre nubes trasponen.
Ya apunta el sol, ¡qué visos!
¡Qué hermosos resplandores
Los piélagos arrojan
Y los cercanos montes!
El Dios viene en su carro
De caballos veloces,
Y su disco de oro
Fijo en el cielo pone.
¡Oh qué ilusiones nuevas,
Qué brillos, qué esplendores
Miran ora los peces
Y contemplan los hombres!



[redacted]



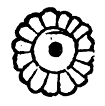
LA GALERA MORA

A cautivar hermosas
Y buscando venganzas,
Una galera mora
Rondando está la playa.
El bizarro Abenzaide,
Cual adalid la manda;
Árabe descendiente
De reyes de la Alhambra.
Audaz, en la ribera
Con pie esforzado salta,
Y en pos de él veloces
Mil bravos desembarcan.
Llevan verdes turbantes,
Con marlotas moradas,
Y azules alquiceles

Por más vistosa gala.
Cada cual en sus manos
Muestra pica y adarga,
Y del tahalí suspenden
Tajantes cimitarras.
Oculta por las sombras,
La infiel legión avanza,
Y el brillo de la luna
La senda le señala.
El cautiverio y muerte
Siembra en su airada marcha,
Y todo en el camino
Lo destruye y arrasa.
La acometida, en tanto,
Con lumbres y humaradas,
Publican por la costa
Las torres y atalayas.
A lo lejos se escucha
La ronca voz de alarma,
Y el peón y el jinete
Al choque se preparan.
Tras el pendón de Cristo
Las huestes esforzadas,
Tan graves como hermosas,
Airosamente marchan.
Los guerreros cubiertos
Se ven de dura malla,
Guarnidos fuertemente
Del casco y la coraza.

El vencedor Ramiro
Preside las escuadras,
Y la roja cruz lleva
En su pecho estampada.
Vibra en su noble mano
La fulminante lanza,
Y el flexible penacho
Se mece en la celada.
En las primeras filas
Brioso se adelanta,
Y al moro más osado
De un recio golpe mata.
Los añafiles suenan,
Truenan las roncas cajas,
Y las furiosas huestes
Con denuedo se cargan.
La media luna cede,
Y en sus ligeras lanchas
Los feroces alarbes
A nado se reembarcan.
La roja sangre corre,
El duro suelo mancha,
Y en tinto color tiñe
Las transparentes aguas.
Ramiro tras los moros
Sus bajeles asalta,
Y allí con Abenzaide
Renueva la batalla.
Mas pronto, sin amparo,

Roto el arnés, sin armas,
Y acosado de muchos,
Rindió la fuerte espada.
Lo cargan de cadenas,
Crüelmente lo atan,
Y á Túnez da la vuelta
La mora galeaza;
Y mientras, en la orilla,
Con triste disonancia,
Lloran una victoria
A tal precio comprada.

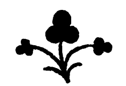




LOS PECES

Cual numeroso pueblo
Que emigra á otras regiones,
Los fugitivos peces
El verde mar recorren.
Como una densa nube
Caminan, y veloces
El pendón y caudillo
Siguen en grato orden.
Forman mil laberintos,
Mil giros, y discordes
Toman diversas sendas,
Y marcha y filas rompen.
Ya otra vez se concitan,
De nuevo huyen, se esconden,
Bésanse, y se acometen

Con sus febles arpones.
Agitan en sus juegos
Con tibios resplandores
El agua, y cada gota
Bulle mil vivos soles.
¡Qué matices ostentan
Sus colas! ¡Qué colores
Sus cuellos! ¡Y sus pechos
Qué manchas y arreboles!
Ora los cuitadillos
Solazan, y ora inmobles
Se muestran, y de pronto
Se zabullen y corren.
¡Qué festivos se halagan
Con donosos amores!
¡Cuál palpitan de gozo
Sus fieles corazones!
Dichosos pececillos:
¡Plegue á los altos dioses
Libraros de las redes
De crueles pescadores;
Y que vuestras esposas
En paz feliz desoven,
Entre juncos y algas,
Sin pérfidos temores!

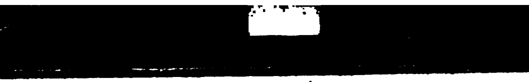




Á DOÑA CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ

¿Quién los ecos formó de tu garganta
Con inflexión tan dulce y tan suave,
Que el mal disipa bárbaro y más grave,
Y al más helado corazón quebranta?
¿Quién en tu faz gentil y airosa planta,
Retratar el placer ó el llanto sabe,
Con tal poder, que el alma en sí no cabe,
Y á un tiempo sufre, gózase y se encanta?
¿Fué la virtud la que elocuente quiso
Con tu labio mostrar y hechizo extraño
No ser eco falaz, su voz aviso?
¡Ah!, no; que es la deidad del desengaño
Quien por ti me arrebata á un paraíso
Que es, como todo, al fin, vapor y engaño.







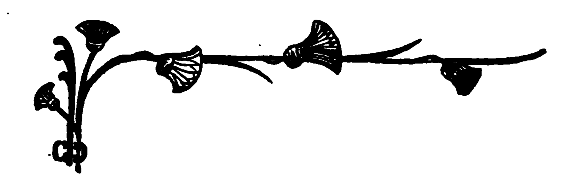
LA NAVE

Allá en aquella orilla,
De céspedes cubierta,
Los roncos marineros
Gigante nao carenan.
En bronce tachonada
La fuerte quilla muestra,
Y la redonda popa
Ornada ya se ostenta.
El incesante golpe
Del martillo resuena,
Y el eco lo repite
Con pausada cadencia.
Los encorvados leños
Se embuten y sujetan,
Y los largos costados

Bañan de hirviente brea.
Los mástiles se alzan,
Colócase la entena,
Y flotan en los aires
Las jarcias y banderas.
Ya el rayo en el alcázar
Con feroz traza asestan;
Ya en el mar cristalino
Lanzan la nao serena.
Con majestad al viento
Tiende sus anchas velas,
Y con sosiego hiende
La superficie tersa.
Borrascas la amenazan,
El huracán la espera;
Ella, empero, camina
De susto siempre exenta.
Los vientos la dirigen,
A puros soplos vuela,
Y por fuerte cimiento
Delgadas tablas cuenta.
Tras esperanzas corre,
Sigue su rumbo incierta,
Y en pos va de tesoros
Y de orientales perlas.
Por un tejo de plata
Trocára su inocencia,
Y adquirirá más vicios,
Ninguna virtud nueva.

Después de mil peligros
Y fortunas adversas,
Retornará á estas playas
Colmada de riquezas.
Gócelas sin envidia,
Si puede, y placentera
Á más luengos viajes
Apréstese contenta.
Que yo, por mí, más quiero
Hollar esta pradera,
Con pie seguro y cierto,
Siguiendo á mis ovejas.
Más quiero coger flores
Y ornar tu cabellera
De lirios inocentes
Y puras azucenas.





LOS FUEGOS EN EL MAR

¿Oye, Elisa, en la orilla
El festejo y bullicio
Del pueblo que se entrega
Al casto regocijo?
Se embarca placentero,
Y hendiendo el mar tranquilo
Forma en ligeras barcas
Un anchuroso circo.
La luna entre las ondas,
Del Céfiro al suspiro,
Riza la tez serena
Entre esplendores tibios.
En medio se levantan,
Como flotantes pinos,
Dos árboles pomposos

En pólvora embutidos.
De mimbre y frágil caña,
Difícil laberinto
Muestran, con los colores
Más vistosos y lindos.
Mil faroles pintados
Con graciosos caprichos,
Dejan ver relumbrando
Tan galán atavío.
Allí infernal salitre,
Con mil nudos y anillos,
Cede dócil al arte
Su infausto poderío;
Y una ingeniosa mano,
Cual con oculto hechizo,
Hace que al placer sirva
Su llama y fuego activo.
Ya, nuncio de la fiesta,
En prolongado silbo
Parte el raudo cohete
Con reluciente giro.
Una ráfaga hermosa
Señala su camino,
Y entre el azul estalla
Con sonoro estampido.
Otros mil, revolando
Con recamado brillo,
Remedan entre llamas
Los celestiales signos.

Unos arden y truenan,
Y bajan desprendidos
En mil sierpes de oro,
Ó en mil lumbrosos hilos.
Otros se abren, y sueltan,
Cual copiosos racimos,
Flores las más hermosas
En ramos encendidos;
Y el mar, reverberando
Tanta luz, cristalino,
En cada gota bulle
Un rojo sol de estío.
En tanto allí se agitan
En prestos remolinos
Mil círculos de llamas,
Con alegres tronidos.
Relucen cual coronas,
Y en sus ardientes discos
Ruedan fúlgidos rayos
Entre azul y amarillo.
Mas ya un fuego volante,
De hábil mano impelido,
Prende el vistoso incendio
Al mágico artificio.
Una descarga anuncia,
Con eco repetido,
Que el indómito azufre
Rompe sus febles grillos;
Y las llamas alzando

Su ardiente señorío,
Los ámbitos dibujan
De dos bellos castillos.
Beben la luz los ojos,
Viendo, entre mil prestigios,
Las torres y murallas
De un gótico edificio.
Banderas y trofeos
Y despojos moriscos,
Con ágatas, adornan
Los altos frontispicios;
Y columnas ardiendo,
Cual de pórfido egipcio,
Trazan las galerías
Entre adornos corintios.
Pirámides de oro
Allí abrasarse miro,
Y allá contemplo arderse
Grandiosos obeliscos.
¡Qué templos aparecen!
¡Qué pensiles asirios!
¡Qué pagodas, qué grutas!
¡Qué arcadas y qué asilos!
La luz cierne sus rayos
En el prisma marino,
Robando al arco iris
Su hermoso colorido.
Otras descargas suenan,
Y brillan de improviso

Los jardines y huertos
De Hespérides floridos.
Los árboles de fuego,
En cien bosques distintos,
De oro y azul las hojas,
Mecen la copa erguidos.
Allá ostentan su fruto
Los plátanos del Indo,
Y allí toronjas de oro
Los naranjos y cidros.
Las flores en las ramas
Mece el viento festivo
Corolas de diamantes
Ó piñas de zafiros.
¡Oh qué ilusiones nuevas!
¡Qué carmines, qué visos
Prestan su faz de rosa
Al cielo y mar vecino!
Ora el fuego, cual agua,
Se lanza fugitivo
Por las fingidas fuentes
De una Venus ó Ío.
Ora en raudales cae,
Y en murmurar continuo
Llena hermosos estanques
Con rubís derretidos.
Allá corre entre olas,
Y, cual soberbio río,
Se despeña en cascadas

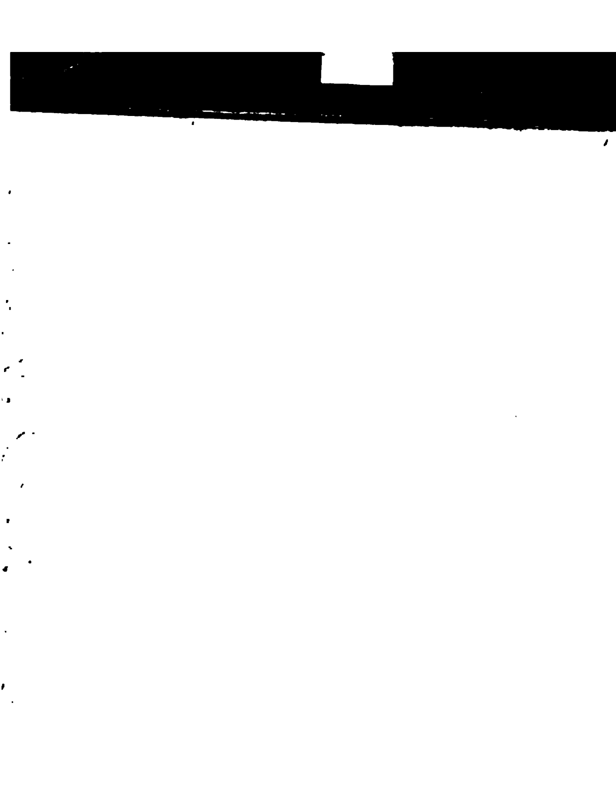
Por inflamados riscos.
Crece el vistoso incendio,
Y en hondos precipicios
Las olas se sumergen
Yendo al eterno olvido.
Se esparcen por los aires
Raudales de jacintos,
Empapándose el éter
De un brillante rocío.
Parece que el sol corre
Los húmidos dominios,
Iluminando el agua
Con sus fúlgidos tiros.
La boreal aurora,
En el glacial recinto,
Hiriendo al blanco hielo,
No da claror más limpio.
Salvas y salvas suenan,
Y de su débil quicio
Salta el papel pintado
Con gárrulo estallido.
Guirnaldas se desprenden
De roja rosa y lirios,
Volando leves copos
Cual ricos vellocinos.
Llueven granos de fuego,
Y, cual en terso vidrio,
Ruedan sobre la espuma
Los globos encendidos.

Pompas y lumbres vuelan,
Arde el azul vacío,
Y píricos florones
Deshoja el viento esquivo.
¡Qué cifras se dibujan!
¡Qué blasones tan ricos!
¡Qué adargas, qué preseas!
¡Qué orientales prodigios!
Arden hermosas palmas,
Y de inflamado mirto
Se estampan con centellas
Los palacios de Chipro.
Los celajes ligeros
Se visten purpurinos
Del color y plumaje
Del ave paraíso.
Y el ópalo y el nácar
En píropos fundidos,
Dan el barniz más puro
Al vapor fugitivo.
De pronto, allá en la cumbre
Del pabellón ardido,
Se muestra entre más fuego
Un bello paraninfo.
Bate las lindas alas,
Y, en ademán divino,
Despliega con sus manos
Un manto real de armiño.
Allí, en luz transparente,

Se ve en arte exquisito
De la corona Hispana
El timbre esclarecido.
Castillos y leones,
Y en medio un cerco fijo
Con blancas azucenas,
De honor y gloria signo.
La heráldica divisa
Dejaba ver escritos,
Entre cifras y orlas,
Este celeste aviso:
« La Hebe de las Reinas,
» La hermosa flor de Gnido,
» La esposa de Fernando,
» De Hesperia astro benigno,
» Deslaza la sortija
» Del castísimo cinto,
» Hirviendo ya en su seno
» Con maternal cariño. »
A tal nueva, en la turba,
Con bulliciosos gritos,
Mil plácemes y dichas
Se daban de amor idos;
Que en el dichoso fruto
Alcanza el fiel instinto
El sello de ventura
De dos orbes unidos;
Y en la progenie hermosa
De Carlos y Filipo,

Las glorias y los triunfos
De Alfonsos y Ramiros.
Mientras, la fiesta sigue,
Y en desigual sonido
Los vocingleros fuegos
Dan más gozo y delirio.
Parece cristal puro
El estrellado Olimpo,
Reverberando auroras
De hogueras mil herido.
Las marinas deidades,
Dejando el verde abismo,
Sobre el agua solazan
Depuesto el ceño altivo.
Y yo, absorto, en la orilla,
Cuadro tan bello pinto,
De lealtad inflamado
También el pecho mío.







LA MAÑANA DE ABRIL

¡Cuán fausto viene en los brazos
Del regalado Favonio,
Bañada su faz en risa,
El mes de Abril venturoso!
¡Cual en un carro de flores,
Triscando alegres en torno,
Las leves horas lo traen
En su riquísimo solio!
Galán de la primavera,
Del año nuncio glorioso,
Doquier que tiende la vista,
Rosas siembra y quita abrojos.
La mañana, engalanando
Su cabello y virgen rostro,
Sale á su feliz encuentro

Llena del más puro gozo.
En su regazo de aromas,
Con mil inocentes votos,
Le acoge, y le da mil besos
En ademán cariñoso.
En tanto del claro Oriente
Asoma el sol en su trono,
Dando al prado mil colores
Con su disco luminoso.
Mil pintorescos celajes
La mente ve con asombro,
Que la hermosa luz reflejan
Cual prisma maravilloso.
¡Oh qué ráfagas celestes!
¡Qué pabellones de oro!
¡Qué carmines y arreboles
Doquier alumbran los ojos!
Allá las rosadas nubes,
En fresca lluvia, de pronto,
Se deshacen, fecundando
Del prado el menudo polvo.
Mil hilos de perlas caen
Cual lucientes abalorios,
Que al descenso los columpia
El Céfiro con sus soplos.
La luz fugaz reverbera
En tan cristalinos copos,
Y al través se ven vagando
Los cambiantes más vistosos;

En tanto que á la otra parte
Se mece en noble decoro
El arco hermoso del iris
Orlado de azul y rojo.
Con su lluvia el claro día
Se baña en fúlgido lloro,
Mientras que en el alto cielo
Se ostenta riente Apolo.
¡Oh qué mágico contraste,
Ver pintarse el alborozo
Entre el llanto y la sonrisa
En la faz del orbe todo!
¡Cuál con su aliento inocente
Vence el Abril delicioso
Las galas del fértil Mayo,
Las mieses del rico Agosto!
El verjel alza sus ramas,
Y meciendo sus pimpollos,
Escarcha el fresco rocio
En mil topacios lumbrosos.
El agua en las leves hojas
Se cuaja en lucientes globos,
Que en mil brillos multiplican
Del sol los rayos dudosos.
El azahar se conmueve
En los fragantes cogollos,
Embalsamando el ambiente
Con su perfume oloroso.
El rosal y los claveles,

Del jardín florido adorno,
Matizan ya sus capullos
En tildes, jaldes y blondos.
Ya reverdecen las vides,
Y en sus yemas y retoños
Sacuden del crudo invierno
El letargo y mortal opio.
Entre madreselva y mirto
La hiedra se abraza al tronco,
Y, ensortijando sus ramas,
Busca en él piadoso apoyo.
Desde su sombra anhelantes,
Volando tras sus esposos,
Salen las blancas palomas
Clamando en arrullos roncos.
Escenas tan agradables,
En apacible alboroto,
Las avecillas celebran
En mil armónicos coros;
Y allá en la fresca cañada,
Entre los tallos del olmo,
Se lamenta con mil trinos
El ruiseñor amoroso.
Por los riscos de la sierra,
Huérfano dejando el chozo,
En pos viene del rebaño
El zagalejo donoso.
Detrás de la blanca madre
Trisca el inocente choto

Con delicados balidos
Y en agraciados retozos.
En la ladera frondosa
Salta relinchando el potro,
Y recostado en la hierba
Gravemente muge el toro.
Despeñado por los riscos,
Baja el cristalino arroyo,
Enamorando al oído
Con su murmullo sonoro.
Ora aquí gira en mil vueltas
Fugitivo y bullicioso,
Por salvar de alguna piedra
El leve y rústico estorbo.
Ora allá, sesgando el paso,
En un remanso gracioso,
Cual en transparente espejo,
Retrata los verdes pobos.
Sobre el margen liba el agua,
En mil delicados sorbos,
El pájaro que á su nido
Lleva tan dulce socorro.
Este pintoresco cuadro,
Por remate prodigioso,
Al horizonte termina
En un dilatado soto.
Y la opuesta cordillera,
De la tierra inmenso aborto,
Sale á poner con su mole,

Á la vista, linde y coto.
Entre la verde espesura
De los álamos frondosos,
Descuella algún caserío,
Fausto albergue del contorno.
Veloz por la obscura umbría
Huye del fiel perro el lobo,
Que deja yermo el aprisco
Con sus sangrientos destrozos;
Y el montero por las quiebras,
En ademán cuidadoso,
Ora persigue la liebre,
Ora el fugitivo corzo.
Asesta y dispara el arma;
El humo se alza espantoso,
Y el eco tardo, á lo lejos,
Multiplica el trueno sordo.
Envuelto en la horrenda nube
Parte el mortífero plomo,
Y tras la víctima herida
Se lanza ladrando el dogo.
El ánade en el estanque
Se baña ufano y pomposo,
Y los rubios pececillos
Se ven nadar en el fondo.
Sobre el cáliz de las flores,
En discorde desentono,
Vaga y susurra la abeja,
Libando dulces tesoros;

Y la linda mariposa,
En giros raudos y locos,
Muestra, cual siempre, su pecho
Inconstante y desdeñoso.
El árbol, dando en su copa
Del fruto el más rico asomo,
Promete dar al labriego
El esquilmo más copioso.
Aquí su flor muestra el guindo
En cien festones de oro;
Allí su alloza el almendro,
Su trama el olivo hermoso,
Y sus vástagos el sauce,
Como en lánguido abandono,
Deja caer, cual llorando,
Con lastimados sollozos.
Agobiado el buey paciente,
Va rondando el ancho pozo,
Y mueve el rústico apresto
Con estridor el más bronco.
Gira el ánfora entretanto,
Y en incesante retorno,
Cual cristal el agua trae,
Que corre al huerto abundoso.
La cascada allá murmura,
Bulle el Céfiro canoro,
Su esquila suenan los mansos,
Sus copas mecen los pobos.
Todo es vida y movimiento,

Orden y amor misterioso,
Y celestial armonía
Que el pecho contempla absorto.
Desde el florido collado
Se ve el cristalino golfo,
En zonas de azul y verde;
Besar su pie al promontorio:
Y á la banda contrapuesta,
Cual formidables colosos,
Se ven medirse en las nubes
Los altos montes del moro.
Acaso pintada nave
Hiende el azulado Ponto,
Dando flámulas al viento,
Libre ya de airado noto.
Todo es placer y ventura;
La dicha llega á su colmo,
Y al Abril y sus delicias
Su palma cede el otoño.
Ven, ven, ¡oh mes apacible!,
Y en mi pecho, bondadoso,
Derrama tu fausto influjo
Disipando mis enojos.
Ven, ven, y mi mente, absorta,
Goce en plácido reposo
Los bienes que al orbe prestas
Clemente de polo á polo.





EL ESTIO

———

Ya en medio del alto cielo,
Cual en un fulgente alcázar,
Señoreando á la tierra
El sol se muestra entre llamas.
Huyen , cual débiles sombras ,
A las grutas y enramadas ,
Las leves horas que ciñen
Su diadema á la mañana.
El Céfiro , desmayado ,
Pliega sus trémulas alas ,
Y entre las hojas del bosque,
Dormido, la noche aguarda.
Cesan las aves su canto ,
Y en áspera disonancia
Sólo el estridor se escucha

De la importuna cigarra.
En su carro el sol, en tanto,
Al alto zenit se avanza,
Y de su faz reluciente
Mares de fuego derrama.
Muge enfurecido el toro,
Y de la cumbre más alta,
Rápido desciende al río
Y su ardor en él apaga.
Entre las algas y juncos,
El tardo reptil se arrastra,
Y la pintada culebra
Silbando el cuello levanta.
Acaso cruzando el prado,
Huyendo, la liebre pasa,
Ó en el árido rastrojo
La voraz langosta salta.
Con sus matices las flores
No ya el verjel engalanan,
Ni con sus dulces perfumes
Al grato ambiente embalsaman.
Que el rayo ardiente de Febo
Agostó sus frescas galas,
Y su aroma delicioso
Consumió con sed insana.
Echado junto al montero,
Fatigado el can descansa,
Y acaso ladra, soñando
Con azares de la caza.

O bien las áridas fauces,
Que el calor estivo inflama,
Abre incesante, buscando
El dulce halago del aura.
Resuena con grave estruendo
En el monte la cascada,
Que bullendo entre los riscos
La más blanca espuma alza.
El sol, con mano potente,
Lleva la fogosa hacha
Con que enardece los vientos
Y la triste tierra abrasa.
Hierve el encendido polvo,
Y de él la tímida planta
Huye el pastor, y un asilo
Bajo el emparrado halla.
El mundo gime lloroso,
Y en sus profundas entrañas,
Siente el destructor incendio
Que lo consume y acaba.
En vano las claras fuentes
Abren sus urnas de plata,
Y los tersos arroyuelos
De los altos montes bajan;
Que, ansiosa la hirviente arena,
El curso débil del agua
Con tenues besos consume
Entre sus verdosas algas.
En un ardiente letargo

Ve la mente alucinada
Sepultado al orbe entero,
Y ardiendo en voraces llamas.
Tímida espera á la tarde,
Que, en apacible bonanza,
Venga á templar con su aliento
Del sol la furia tirana.
Mientras que el Dios con su disco,
Rojo, cual fúlgida ascua,
Admirando á los mortales
El mediodía señala.





EL PRESUMIDO HUMILLADO

Bien hayas, linda zagala,
Por el donoso despego
Con que humillar has sabido
De Gil el orgullo necio.
Bien hayas, que á la hermosura
Muy bien sienta el vencimiento,
Si con sus armas abate
Á un presumido soberbio.
Gil con pretensión altiva
De galán, como discreto,
El yugo de amor miraba
Con un desdén altanero.
Y feliz siempre, por suerte,

En mil amorosos juegos,
Era como el rey ufano
De las zagalas del pueblo.
De él una leve mirada
Era un fino galanteo;
Sus invectivas y burlas
Un cortés razonamiento.
Contaba como flaqueza,
Digna de baldón eterno,
Aunque fuese á la más bella,
Dar el corazón en feudo.
Jamás suplicó rendido,
Ni instó con amante esfuerzo,
Ni le aquejaron su mente
Los amorosos desvelos.
Mas, ¡ay del triste que quiera,
Por un tiránico imperio,
El pecho de las hermosas
Mandar con vara de hierro!
Que si bien aquél se rinde
A unos encendidos ruegos,
Donde el amor se retrate
Tímido, puro y sincero,
Así también se resiste,
Cual castillo en roca puesto,
Si se quiere haber por fuerza,
Y no por merecimiento.
¡Ah! Bien haya una y mil veces
El cumplido zagalejo

Que toda su dicha cifra
En la humildad de su afecto.
Que á este Amor le revela
El inefable secreto
Con que abrir fácil la puerta
Del más desdeñoso pecho.
No así Gil, que, envanecido,
Presumió llevar por premio
De su orgullo lo que puede
Ser blasón de todo un reino.
Te vió y te amó (si es que abriga
Tan celestial sentimiento
El que se afrenta de serle
Sumiso al dios ceguezuelo).
Triunfante ya se gozaba
En el placer lisonjero
De colmar con tus amores
Sus no muy caros trofeos.
«Sin duda iré, se decía;
Y en gustosos pasatiempos
Haré vasalla á otra hermosa,
Blasonando después de ello.»
Así razonó, y quería
Llegar y rendirte luego,
Lucir tu amor en la aldea,
Después volando á otro objeto.
Pero ¡cuál fué su sorpresa,
Al ver que en noble despejo,
Sin presumirte de esquiva,

Ni hacer gala del desprecio,
Rechazaste sus finezas
Con mil leves desafectos,
Dando respuesta á sus flores
Con demostrar no entenderlo!
Atrás volvió, y, admirado,
Se demandaba á sí mesmo
Cómo feliz no salía
Su empresa al primer intento.
Mas nunca dió á tus desvíos
La causa del contratiempo;
Que el que presume de amores,
Es tardo en convencimiento.
Pensó, incrédulo, que, ansiosa
No recoger sus obsequios,
Ó era exceso de modestia,
Ó torpeza en entenderlos.
Así, más envanecido,
Dobló sus ofrecimientos,
Prodigándote oficioso
Los más galantes requiebros;
Y por mostrarse en las lides
Amorosas más experto,
Ya tímido se fingía,
Ora alegre y satisfecho.
Mas como en artes de amores
Toda mujer es maestro,
Y que trazas tan añejas
No surten su antiguo efecto,

Los ardides entendiste,
Y, con desdén más resuelto,
Pronunciaste más la fuerza
De tu esquivo menosprecio.
Perdió pie ya Gil entonces
En su loco devaneo,
Sin saber cuál redimirse
De aquel azar tan funesto.
Quite buscaba á la flecha
Que Amor le asestaba diestro,
Y en su fatiga dejaba
El pecho más descubierto.
En despiques de amor propio,
Que hasta allí conservó ileso,
Se disfrazaba la llama
Del más encendido fuego.
Conoció por vez primera
Haber trocado el sendero
Que al corazón de una hermosa
Conduce fácil y recto.
Así, turbado y confuso,
Sonrojado en su despecho,
Con escuela más sumisa
Vino á rondarte de nuevo.
Mas en amor, como en guerra,
Perder el feliz momento,
Es despreciar de la suerte
El don que no vuelve luego.
Pues tú, ya firme en mostrarte

Inexorable á sus ruegos,
Á sus súplicas ardientes
Dabas respuestas de hielo.
¡Cuál el triste enamorado,
Vagando perdido y ciego,
Por recobrarse caía
En mil necios desaciertos!
Ora del amor hablaba
Con sentencias y consejos,
Cual si iniciado estuviese
En sus más sacros misterios;
Ora su dolor vestía
Con disfraz el más risueño,
Tachando al amor de vano,
Pueril entretenimiento.
Ya por ocultar á todos
Lo rabioso de su incendio,
De su desamor se daba
Mil plácemes á sí mesmo.
Y ya acaso (mayor seña
De su pasión dando en esto)
Afectaba hallar, maligno,
En tu rostro algún defecto.
Pero á nadie de la aldea
Persuadió tal fingimiento,
Ni deslumbraron las trazas
De tan necios desacuerdos;
Pues todos bien conocían
Que en su engañoso contento,

La risa estaba en los labios,
Pero la hiel allá dentro.
Mas él, zozobrando mientras
Entre dudas y recelos,
Al fin hallar presumía
En ti á su amor fausto puerto,
Sin pensar correr perdido
El huracán tan horrendo
Que provoca el verse, triste,
Por otro galán depuesto.
Notó, al través delicado
De tu recato hechicero,
La inclinación más honesta
Por el donoso Fileno.
¡Qué dolorosas angustias
Probó en su soberbio pecho,
Al verse sacrificado
Como víctima á otro dueño!
¡Cuál sin límites su pena
Se aumentaba, conociendo
Las prendas que aventajaban
Al pastorcillo tan bello!
Dándose al fin por vencido,
Y un mar de llanto vertiendo,
Á ti acudió, ya postrado,
Amor y piedad pidiendo:
Mas como preces nacidas
De un forzado humillamiento
No inspiran la confianza

Que un tímido amor primero,
Su ofrenda así desdeñaste,
Y feliz acogimiento
Diste al divino holocausto
Del zagalejo modesto.
Prendiérate, no lo rico
De sus preciosos arreos,
Ni su destreza en el baile,
Ni su talle airoso y suelto;
Te enamoró, sí, lo fino
De sus tímidos deseos,
Y de su ardor expresivo
El tierno encarecimiento.
¿Cómo poder tú librarte,
Con un corazón tan tierno,
De dar á tan fino amante
Un fausto agradecimiento?
¿Cómo tu pecho sensible
Dejar sin pago un anhelo,
Tan dulcemente explicado
Y con tan finos conceptos?
Cediste al fin, y tus labios
Colmo á su dicha pusieron,
Y en cien tímidos favores
Tu amor le probaste cierto.
Todo el pueblo ve, zagala,
Con sumo gozo el empleo
Que de pastor tan cumplido
Tu pasión discreta ha hecho:

Todos de Gil la desgracia
Celebran con más empeño,
Por ver sumiso á un rebelde
Y castigado á un soberbio.
Sus graciosas aventuras
Se cuentan ya por proverbios;
Ayer, del caso, cantaban
Las pastoras estos versos:

«Huye avergonzado,
Huye, necio Gil,
De las anchas vegas
Del claro Genil;
Que aquí sólo agrada
La pasión constante
Del más fiel y puro
Y rendido amante;
Y no los despegos
Que quieres lucir
Con las zagalejas,
¡Oh, menguado Gil!
Tu desdén emplea
Y ruda altivez,
Si el turbante vistes
Renegando en Fez:
Que allí las mujeres
Hallan un Visir
En vez de un amante;
Mas no en el Genil:

Que en su orilla encuentran,
En vez de Sultán,
Un pastor sumiso,
Tímido y galán.
Conque así, por siempre,
Huye, necio Gil,
De las verdes vegas
Del claro Genil.»





A LAS NUBES

Cesad, ¡ oh funestas nubes !,
Con vuestra lluvia importuna,
De aguar con siniestro empeño
Las horas de mi ventura.
Esos turbios aguaceros
Que el florido campo inundan,
Huyan del helado Norte
Á las regiones obscuras :
Y limpio el sereno cielo,
Con faz luciente la luna,
Por el éter cristalino
Su clara luz distribuya ;
Y pueda, mi bien, á salvo
Del huracán y su furia,
Dejar su albergue, midiendo

El prado en huella segura ;
Pueda lucirse en la fiesta,
Bailar alegre en la gruta,
Gozando yo, por mis ojos,
De su angélica figura.
Tres noches ha que esta dicha
Mi estrella infiel me rehusa,
Que son tres siglos de ausencia
Vividos siempre en angustia.
Ven, mi cielo, que esta falta
Desquitará mi fortuna,
Requebrándote más fino
Y más amante que nunca.
Goce yo verte en la danza,
Airosa como ninguna,
Revolando los listones
De tu flexible cintura.
Oiga yo tu voz divina
Que en dulce canto se luzca,
Bien como el blando suspiro
Del Céfiro que susurra.
Pueda yo hablarte de amores,
Y que tu boca tan pura
Dispense fausta acogida
Á mis tímidas preguntas.
Te hará de amor la fianza
Mi lengua, jamás perjura,
Mil propósitos más tiernos
Escuchando de la tuya.

Frenad ya, negros nublados,
Vuestra escarcha y luengas lluvias,
Y el claro arroyo despeje
Su cristal que el hielo enturbia.
El prado muestre su gala,
La flor sus corolas rubias,
Do la linda mariposa
En locos vuelos circula.
Tornen las aves al canto
Entre las ramas ocultas,
Y que gocen sus amores
En dulce y lasciva lucha.
Si por más tiempo retardas
Que yo adore tu hermosura,
¿Cómo sufrir en mi pecho
Tantos desvelos y dudas?
Celoso y ciego, apurando
El cáliz de la amargura,
Suspirará sin consuelo,
Cantará triste mi musa.
Ven, pues, con tu blando influjo,
Florido Abril, en mi ayuda,
Y que á tu fausta llegada
Los fieros nublados huyan.
De la estación venturosa
El cetro feliz empuña,
Y en los granizos de Marzo
Que tu blando aliento influya.
Mas si mi súplica ardiente,

Sordo é insensible no escuchas,
¿Por qué no sales, bien mío,
Vengando tú así mi injuria?
Que á tus dos hermosos soles,
Que á un tiempo ciegan y alumbran,
Su furor calmará Marzo,
Su escarcha la niebla impura.
Mas ya en el cárdeno cielo
Hermoso el Iris dibuja
Entre colores el arco
Que el viento manso columpia.
Despeja el monte su cumbre,
Su faz la verde laguna,
Y el turbio arroyo ya corre
En cristal y blanca espuma.
Entre las hojas pomposas
El blando viento murmura,
Y en los vástagos más altos
Pule el jilguero la pluma.
Se viste el cielo fulgente
De mil visos que deslumbran,
Y el fértil suelo se alfombra
En fresco trebol y juncia.
Sin duda mi amada llega;
Todo feliz me lo anuncia;
Que prados, flores y aves
En su paso la saludan.
Á sus pies vuelo anhelante,
Y en deliciosa ternura

Le pediré que me imponga
De amor la feliz coyunda.
Le pintaré mis tormentos,
Mi dulce amor y locura,
Rindiéndole mi albedrío
Como á señora absoluta.







EL AMOR Y EL TIEMPO

(IMITACIÓN DE LEGOUVÉ)

Peregrinando un anciano,
Que tiene por nombre el Tiempo,
Llegó á la margen del río
Más caudaloso y soberbio.
Al verse á pie y sin amparo,
En un país extranjero,
Así clamaba en la orilla,
Con un dolorido acento:
« El que mide los instantes,
» ¿No encontrará aquí consuelo?
» Por piedad, venid, amigos,
» Venid á pasar el Tiempo».
Mil bellas que en la ribera
Estas súplicas oyeron,
Brindarle el barco querían

En que es Amor marinero.
Mas otra hermosa, más sabia,
El peligro conociendo,
Sin cesar les repetía
Este prudente consejo:
«Dejad, incautas zagalas,
»Tan temerario proyecto,
»Que muchas han naufragado
»Por querer pasar el Tiempo».
El Amor en su barquilla
Gira al borde contrapuesto,
Y al pobre anciano le ofrece
Pasaje con blando ruego.
Lo embarca, y con faz risueña
Se abandona al fácil viento,
Los cristalinos raudales
Con los remos sacudiendo.
Y al paso que el agua hendía,
Cantaba en alegre empeño:
«Mirad, hermosas zagalas,
»Cómo el Amor pasa el Tiempo».
Mas el Dios rindióse pronto,
Cual en blando desaliento,
Y á su vez con diestra mano
El Tiempo empuñó los remos.
«Te cansas, niño, le dijo:
»Tal fué siempre tu defecto;
»Deja, deja tal fatiga,
»Mientras yo firme navego:

» Que en tanto diré triunfante,
» Con aire el más placentero :
» Contemplad, en fin, pastoras,
» Que al Amor lo pasa el Tiempo».
Apenas holló la playa,
Cuando en profundo silencio,
Sin saludar las pastoras,
Su rumbo siguió el viajero.
« Espera, huésped », le dicen.
Responde : « Atrás jamás vuelvo»,
Y de sus brazos se aleja
Con paso insensible y lento.
Entonces ambas orillas,
Con triste canto, dijeron :
« Mirad, hermosas zagalas,
» Cuál pasa y no vuelve el Tiempo».
Más allá encontró más ríos
El anciano pasajero,
Presidiendo el mismo cuadro,
Siempre en un círculo eterno.
Su llegada, para el joven,
Gozo era siempre y contento,
Como su propia partida
Señal del más triste duelo.
Todas las bellas ansiaban
Doquier por pasar el Tiempo,
Amor, después lo pasaba,
Y él pasaba al Amor luego.





LA SIEGA

¡Cuál en apacibles ondas,
Que el Céfiro fugaz alza,
Las leves espigas de oro
Se mecen en dulce calma!
¡Cuál en graciosos vaivenes
Se abaten, huyen y enlazan,
Remedando en su murmurio
El blando bullir del agua!
En mil lucientes coronas
Ostentan el grano ufanas,
Que, embutido en mil capullos,
Tras sí los ojos arrastran.
Doblando en flexibles arcos
Su cuello á tan rica carga,
Parece que al blondo Agosto

Le rinden humilde paria ;
Y sus tesoros la tierra,
Mostrando en las rubias hazas,
Del labrador satisfecho
Corona ya la esperanza.
Mientras el mes ardoroso
Con noble faz se adelanta,
Los zagales presidiendo
Con la segur levantada,
En cien numerosos bandos,
Aquí y allí se darraman,
Y las hoces relucientes
Vibran en las febles cañas.
En tierra abatidas caen,
En haces mil las preparan ;
De allí la liebre se ahuyenta,
Ó de aquí el insecto salta.
Con más ardiente porfía
Los segadores avanzan,
Y el ancha vega de pronto
Su pompa pierde y su gala.
En pos del perdido grano,
Que olvida una mano avara,
La espigadera inocente
Viene con tímida planta.
En tanto en las anchas eras
Se ve disponer la parva ,
Do en abundantes rimeros
La fértil mies se levanta.

Batiendo el casco el caballo
En ademán noble marcha,
Y el trillo con fuerte acero
Los altos panes quebranta.
El zagal en duro silbo
Su fiero látigo estalla,
Y la cuádriga dirige
Y con voz alegre canta.
Ora el rústico tridente
El haz robusto desata,
Ora arroja en grave impulso
Al viento la débil paja.
De ella los menudos granos
Sueltamente se separan,
Y cayendo en hilos de oro
Son nuncios de la abundancia.
Montes de trigo aparecen
Por maravillosa magia,
Y en su cumbre, cual trofeo,
Los altos bieldos se clavan.
Dando giros en el aire
Sutiles aristas vagan,
Que en opuestas direcciones,
En fin, por siempre se apartan.
No de otra suerte mi estrella
Cruel de mi lado arranca
Los amigos que clementes
Mi pecho fiel consolaban.
Á los trojes y graneros

El grano, en tanto, trasladan,
Y el labrador se sonríe
Viendo el premio de sus ansias.
Los gozosos pajarillos
En bulliciosa algazara,
Hacen bailar en sus picos
Los leves granos que hallan.
En el florido collado,
La tímida oveja bala,
Y, paciendo en el rastrojo,
El blanco becerro brama.
¡Oh qué placer, qué ventura,
Ventura á que nada iguala,
Verse entre aperos y arados,
Presidiendo una labranza!
¡Qué gozo uncir la coyunda,
Ver numerar la manada,
Y oir sonar las esquilas
Por el prado en la mañana!
En placer tan inocente,
¡Con qué desdén mira el alma
Los tesoros que da Tíbar,
Y el oro puro de Arabia!
¡Feliz aquel que en el campo
Exento su vida pasa,
Y el que goce tanta dicha,
Mil y mil veces bien haya!
De tan armónico canto
Ya Mélido descansaba,

Cuando vió á su amante hermosa
Salvar la verde cañada.
Un haz de doradas flores
La espigadera llevaba,
Que el trigo en rosas convierte
Do pone su breve palma.
Entonces el pastorcillo,
Entre requiebros, la llama,
Cantándole esta letrilla
Con voz la más dulce y blanda:

La que en primavera
Cortando va rosas,
O pomas sabrosas
Del verde peral;
Bella espigadera,
Que en crudas fatigas
Coges las espigas
Que olvida el zagal;
Deja por tu vida
Tal pena y enojo,
Que puede un abrojo
Tus manos herir.
Ven, ven, mi querida,
Que en tu sangre roja
Querrá su alba hoja
El lirio teñir.
En afán más blando
Tu belleza emplea,

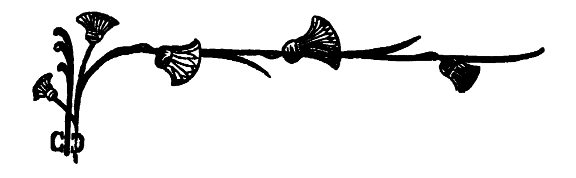
Y el amor te vea
Amores gozar.

Mírete espigando
Afanes, delirios,
Y dulces martirios
Que da en su penar.

Ven, ven á la gruta,
Do ansioso te aguardo
Con bálsamo y nardo
Que te he de ofrecer.

Y desde que enluta
Sus luces el día,
Te tendré por mía
Hasta amanecer.





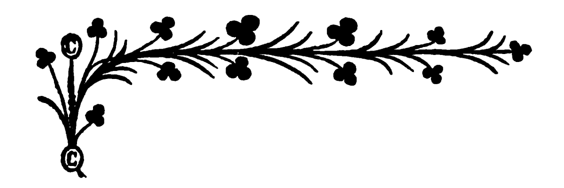
Á LA FUENTE DE OLLETAS EN MÁLAGA

Cuando infante, dormí cabe esta fuente;
Niño después, partiendo sus cristales,
Islas forjé y Alhambras orientales,
Y allí Rey Chico fuí á mínima gente.
Aquí también de amor probé clemente
Los gustos y zozobras celestiales,
Y más tarde, entre hervores infernales,
Del oro y la ambición la sed ardiente.
Al cabo vuelvo anciano peregrino;
Hallo el sitio, el raudal, la gruta umbrosa,
La tosca piedra, asiento en mi camino:
Todo cual en mi infancia igual reposa;
Sólo yo falto, fúnebre vecino,
Con la lámpara y cruz sobre mi fosa.



[redacted]

[redacted]



SONETO [1]

—

La bomba por los aires revolaba,
Sierpe infernal que escupe lava hirviente,
Y, en ráfagas de fuego y golpe ardiente,
La bala horrible el muro aportillaba.
Las torres caen, allánase la cava,
El éter arde, inflámase el ambiente,
É invicta siempre la ciudad valiente,
Antes pira seré, dice, que esclava.
Alzándose entre alcázares moriscos,
Al tigre que su seno en sangre baña,
Hablóle así, atronando monte y riscos:
«Sacia, bárbaro, en mí tu infame saña;
Ardan mis templos, termas y obeliscos;
Perezca yo; mas huye tú de España».

[1] Este soneto, que está entre los papeles de D. Serafín, quizá sea el que el Sr. Menéndez y Pelayo titula: *Á Sevilla.*



[redacted]

[redacted]

POESÍAS AMOROSAS

[redacted]



EL AMOR TÍMIDO

LETRILLA.

Al ver tu hermosura
Me quiero atrever.

En vano mi mente
Quiere detener
La llama que abrasa
Mi pecho fiel;
En vano refrena
Su ardiente querer;
Que al ver tu hermosura
Me quiero atrever.

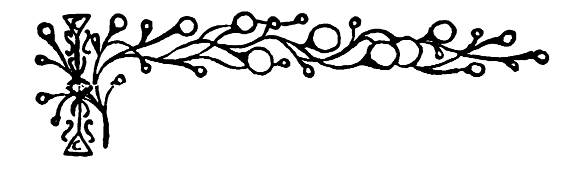
Si tu mano toco
Y celeste tez,
Me asalta en el punto
Tan ardiente sed,

Que buscando alivio
Á mal tan cruel,
Al ver tu hermosura
Me quiero atrever.

De tu virgen labio
El rojo clavel,
De tu fino pecho
Las pomas de Edén,
De tu dulce habla
La cándida miel,
Y al ver tu hermosura
Me quiero atrever.

Amores, tejedme
Un rico dosel
Donde pueda en rosas
Descansar mi bien;
Á solas y ardiente
Reclinada en él,
Que así, á pesar de ella,
Podréme atrever.





EL HURTO DE CUPIDO

—

ANACREÓNTICA.

Allá en la media noche,
Cuando la luna tiene
El mando de las sombras
Que al universo envuelven,
Bajaba por los aires
El hijo de Citeres,
De aroma y ambrosía
Perfumando el ambiente;
Bajaba de los cielos,
Con el intento aleve
De hacer en dolo, un hurto
Á Dafnis inocente.
Ella, incauta, dormía,
Bajo azules doseles,
Sobre la blanda pluma
Que en Asia el indio teje.
Por templar los ardores
De los estivos meses,
Abrió las puertas de oro

De su oculto retrete,
Y á regalar su sueño
Los nardos y claveles,
Desde el jardín subían
Balsámicos pebetes.
Su angélica belleza,
Las holandas más leves
Descuidadas cubrían
Con delicados pliegues.
En derredor Cupido
Giraba suavemente,
Por ver entre sus manos
Á su víctima alegre.
Ora suspenso admira
Las delicadas sienes,
Do juegan blondos rizos
Que el Céfiro estremece.
Ora contempla absorto
Los pequeñuelos dientes,
Luciendo entre corales
En dos lindos andenes.
Mas lo que colma el gusto
De su afición demente,
Es ver la flor que busca
Y que á robarla viene.
Era la blanca rosa
Gloria de los vergeles,
Prendida con la banda
Contra el seno turgente.

Loco juega en el cáliz
Y en placer se embebece,
Pero el listón rompiendo,
Al fin la hurtó inclemente.
De su sueño la hermosa
Despavorida vuelve,
Contempla su derrota
Y en llanto se conduele.
Piedad demanda al niño
Con las más tiernas preces,
Reclamando su rosa
Del modo más solemne.
Cupido ya volaba,
Y ella en ruego ferviente :
« Traidor, traidor (le dice) ;
» Mi flor, mi flor devuelve;
» Ó al menos (aquí hablaba
» Mas blanda y obediente)
» No te ausentes, ingrato,
» Y en llanto no me dejes ».
Mas el rapaz maligno,
Burlándose cual suele,
Mostrándole la rosa,
La respondió impaciente:
« Perdona mis ofensas ;
» Adiós queda por siempre,
» Que otro amor vendrá presto
» Que tu dolor consuele ».





PALINODIA

Á LA PERFECTA INDIFERENCIA [1].

CANCIÓN.

Perdón de mis traiciones,
Perdón, amada Lice;
Error de un infelice
Es digno de piedad.
Ser libre de prisiones
Proclamó el alma mía;
Mas fué el postrero día
Que cantó libertad.

Es cierto que mi llama
Velé cual de ella exento;
Mas ya renacer siento
Más intenso mi amor.

[1] Esta canción está traducida de Metastasio, y arreglada casi toda á los consonantes de que se valió Meléndez en su traducción de la perfecta indiferencia. En nuestro ingenio se hace resaltar más la destreza del docto italiano.

El rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte,
Y mi pecho, al mirarte,
Palpita de temor.

Doquier que miro creo
Tu imagen ver presente,
Y entre sueños mi mente
Piensa en ti por gozar.
Si junto á ti me veo,
Mi dicha satisfaces;
Tú delirar me haces
De gusto ó de pesar.

Callo tus perfecciones
Y fastidiarme siento;
Sin ti infeliz me cuento,
Sólo enojarme sé.
De mis labios dispones
Tanto, que, ya engañado,
Á hablar de ti turbado
Á mi rival iré.

Háblame en rostro fiero,
Mírame en faz humana;
Ya mi defensa es vana,

Ya rindo mi razón:
  Que en mí el mando primero
Tomó tu hablar divino;
Tus ojos ya el camino
Saben del corazón.

  Todo placer me enfada
Si te es ingrato ó triste;
Mi gusto en ti consiste,
Mi gozo el tuyo es.
  Contigo ya me agrada
El prado y selva hojosa;
Me es estancia enojosa,
Mi bien, do tu no estás.

  Ya te hablaré sincero:
No tan sólo eres bella,
Y no tan sólo aquella
Que parangón no ha;
  Sino que verdadero
Juzgo encontrar defecto,
En el más lindo aspecto
Si miro tu beldá.

  Vuélveme á tus cadenas;
Las pido arrodillado,

Pues de ellas desatado
Me sentiré morir.
Menos temo esas penas
Que no de ti apartarme:
¡Qué haré con rescatarme,
Si más he de sufrir!

El colorín trabado
En red ó blanda liga,
El ala en su fatiga
Bate para escapar.

Y, en sangre matizado,
Sus lazos más renueva;
Mientras volar más prueba,
Más se ve aprisionar.

Jamás se vió en mí extinto
Mi dulce amor primero;
Quizás lo negué artero
Por su ardor disfrazar.
Sabe que un loco instinto
Me movió á hacerlo, Lice;
Amor se contradice
Pensando así triunfar.

Con más humano intento
La lid deja el guerrero;

[redacted]

Mas vuelve á ella más fiero
Del bronce á la señal.
Por costumbre y contento
Torna el siervo sin pena
Á ceñir la cadena
Origen de su mal.

Hablo; mas, siempre hablando,
Hablar de ti procuro;
Mi nuevo amor no curo,
No sé cambiar de fe.
Hablo; mas ya demando
Piedad de mis traiciones;
Hablo, y en mis razones
Solo alabarte sé.

Un pecho no inconstante,
Y un reo tan sincero,
¡Ah!, que tu amor primero
Lo vuelva á consolar.
En su lloroso amante
La hermosa Lice ahora
Un alma engañadora
Sepa que no ha de hallar.



[redacted]



EL DESACERTADO EN EL BAILE

ROMANCE

Ayer, por adversa suerte,
Lució para mí en el baile,
En vez de alegre domingo,
La estrella infausta de un martes.
Temprano me hallé en la fiesta,
Contando, en gusto inefable,
Poder gozar por más tiempo
De tus ojos celestiales;
Pero, por desdicha mía,
Después de todas llegastes,
Cual astro que por más bello
Más tarde en la noche sale.
Pensé copiar en el mío
Los colores de tu traje,
Por pintarte así mi afecto
Más rendido y más galante.
Mas vi que no concertaba



Mi pellico azul y jalde
Con los rosados listones
De tu breve airoso talle.
Desquitar este azar quise,
Procurando colocarme
En el sitial que á tu lado
Se me brindaba agradable.
Así en torno te rondaba,
Y con mirar incesante
Buscaba á mi amante intento
Asenso en tu vista afable.
Á llenar ya el sitial iba,
Embriagado y palpitante,
Cuando otro zagal sentóse,
Y cortés comenzó á hablarte.
Sentí ahogarse entre mil dudas
Mi pecho en aquel instante,
De algún rival preferido
Viendo la funesta imagen.
Á mi timidez culpaba
Por tan omisa y cobarde,
Buscando airado en mis labios
Un contrario en quien vengarme.
En tanto acorde la orquesta,
Á los goces más suaves
Y á la danza convidaba
Con armónicos compases.
Salieron al baile al punto
Solícitos los zagales,

De su feliz gentileza
Haciendo gracioso alarde.
Cada cual saca una hermosa,
Y con finísimas artes
Da á entender que es ciego acaso
Quien la tierna elección hace;
Mas no haya miedo que uno
Su inclinación fiel engañe,
Que allá se ofrece la mano
Do el alma cautiva yace.
Menos yo, que á los más cautos,
Queriendo en sutil pasarles,
Mi pasión ocultar quise
En misteriosos disfraces;
En mil tímidos rebozos
Velando el cruel combate,
De un fino pecho que ama,
Duda, teme y se retrae.
Así, en la primera danza,
Mi bien, no quise bailarte,
Por quitar cebo á la lengua
Y un blanco á sus libertades.
De mi reserva insensata
Diestro supo aprovecharse
Aquel galán que tu lado
Robó á mis tiernos afanes;
Bailó contigo, y la fiesta
Jamás vió en igual certamen,
Ni más primor en los giros,

Ni en las vueltas más donaire.
De todos la palma y lauro
Por hermosa te llevaste:
Cuál tu recato alababa,
Cuál tu angélico semblante.
Ya de nuevo iba el sarao
Más alegre á principiarse,
Cuando pensé, ya resuelto,
Lucirme en él anhelante:
Pero al ir saltando en gozo
La mano tímida á darte,
Ya otro zagal te traía
Enajenado y triunfante.
Perdió para mí en el punto
Su imán el canto, la amable
Fiesta su imperio, y su magia
Contemplar tantas beldades.
Mas no apuré de la suerte
Aún todo el amargo cáliz,
Ni los crudos sinsabores
De más adversos azares:
Que al ir, cerrada la fiesta,
Á rendirte mi homenaje
Y servirte hasta tu albergue,
Fino, oficioso y galante,
Te troqué, ciego, por otra,
¡Qué error tan inexcusable!,
Deslumbrado entre la turba
De otras hermosas deidades.

Enlacé á la bella Filis,
Que en éxtasis envidiable
Con inquietud aguardaba
La fiel mano de su amante.
En tal ilusión mis cuitas
Á contarle empecé fácil,
Revelando así un misterio
Que hasta allí guardé inviolable.
Ella del error reía,
Viendo ocasión favorable
Con que lucir en la aldea
Sus chistes y finas sales.
Mas siempre su orgullo altivo
Vió picado en aquel trance,
De otra deidad más excelsa,
Preces y ruegos errantes.
Su ceño volvió á mi mente
De su sueño lamentable,
Probando en mi necio engaño
Los más amargos pesares.
Todos fueron desaciertos:
Fuí temprano, mas tú tarde;
Erré tu cifra y colores,
Que es de amor tierno lenguaje:
Perdíme el bailar contigo
Por mi reserva culpable,
Olvidando que amor sólo
Sólo ayuda á los audaces:
Troqué tu mano por otra,

Mi arcano lo hice notable,
Gané un enojo en la bella,
Un adversario en su amante.
Triste quedé y sonrojado
De tan sensibles desmanes,
Repitiendo en mí despecho
Este mote lamentable:
«Ayer, por adversa suerte,
»Lució para mí en el baile,
»En vez de alegre domingo,
»La estrella infausta de un martes.»





Á LA EXCELENTÍSIMA

SEÑORA MARQUESA DE ZAMBRANO

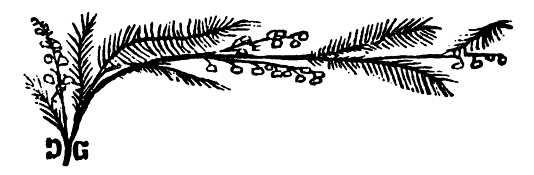
Mis tímidos versos
Concede, señora,
Que á tu fausto amparo
Rendidos se acojan:
Que la flor humilde,
Sin matiz ni pompa,
Cuya gala es sólo
Vaporoso aroma,
Dos veces ufana
Parece, y hermosa
Si al búcaro rico
Pagar feudo logra:
Y el fúlgido llanto
De la clara aurora,
Descendiendo en copos
Cual líquido aljófar,
Del verjel desdeña

Pimpollos y hojas,
Por bordar el cáliz
De la blanca rosa.
De alegres zagales
El festivo idioma
Oirás, cuando juegan
En la edad dichosa:
También los cantares
De la gente moza,
Que de Alhambra dicen
Las tristes historias :
Ó ya los cuidados
Y dulces zozobras
Del rapaz que hiere,
É hiriendo se mofa,
Y en sus alas de oro
De infiel mariposa,
Por bálsamo lleva
La más cruel ponzoña :
Y al mar cristalino
Verás en sus ondas
Mecer verdes listas
Entre azules zonas :
Ó en la blanca espuma
Surcar altas proas,
Y flámulas leves
Que el Céfiro azota :
Marinos palacios
Se pintan, do moran

Los locos Tritones,
Las Ninfas y Diosas
Que en urnas de nácar,
Con ámbar de Etiopia,
Te dan en ofrenda
Corales y conchas;
Que si el don acoges,
Triscarán gozosas,
Más que si en sus sienes
Ciñeran coronas;
Cual yo, si mis cantos
Te halagan, señora,
No ansiaré más nunca,
Mayor prez ni gloria.



[redacted]



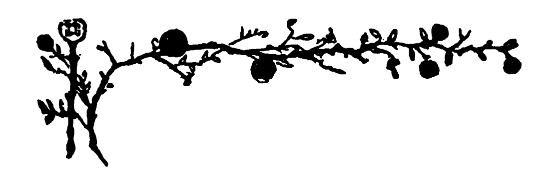
LA CORDERILLA

IDILIO

La blanca cordera
Que mi pastorcilla
Me dió por regalo
Al cumplir su día,
Miradla cual viene,
Sonando la esquila,
Triscando en la hierba
Con loca alegría.
Su vellón parece
Seda la más fina,
Do prenden en moños
Coloradas cintas.
Las otras ovejas
Se comen de envidia
Al verla tan blanca,
Sin mancha y tan linda:
Sin duda es la Reina
Del hato en que trisca;
Así, cual su ama,
Dueña es de mi vida.



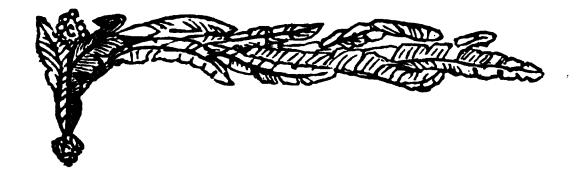
[redacted]



EL NATALICIO

Por tierna memoria
De mi nacimiento,
Plantó junto al agua
Mi buen padre un fresno.
Al par de mis años,
Lozano en extremo,
Al árbol frondoso
Se ha visto ir creciendo.
En su copa encuentran,
En plácido fresco,
Quietud ya las aves,
Sombra el pasajero :
¡Sin duda te bastas,
Árbol, á ti mesmo,
En Mayo florido,
Si helado en Enero !
Mas yo que, rapaza,
Quince Abriles cuento,
Sin un fiel amante
Feliz no me encuentro.

[redacted]



EL CONSEJO

Te ruego afligida,
Pastor, no te ausentes,
Llevando el rebaño
Á extraños verjeles.
Casado conmigo,
Muy rico ser puedes,
Uniendo á mi hato
El hato que tienes.
Ni quiero que á otra
Por más bella aprecies,
Que las más hermosas
No son las más fieles.
Y si no me engaña
Esta clara fuente,
Bien merezco, ingrato,
Amor, no desdenes.
Que tengo la cara
Blanca cual la leche,
Como un junco el talle,
Con ojos celestes.

[redacted]

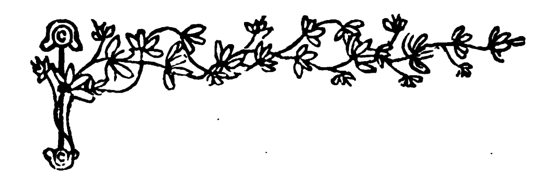
[redacted]



EL CONVITE

Ven, ven, pastor mío,
Bajo esta mosqueta
Que cubre la gruta
Con la madreselva :
Sentado á la sombra
En la ardiente siesta,
Regalarte quiero
Con blandas finezas.
Te daré en mi taza
De marfil, yo mesma,
La más dulce leche
Que dan mis ovejas;
Después, de mi huerto,
La fruta más fresca,
Y pura miel virgen
Que da mi colmena.
Tanto y más te ofrezco;
Y porque lo creas,
De mi boca un beso
He de darte en prenda.

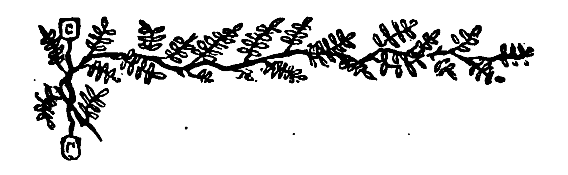
[redacted]



LA BODA

¿Por qué mi fiel pecho
Nada en dulces glorias,
Cual fuente perenne
Do el agua rebosa?
¿Por qué se me pinta
Más rica la choza,
El prado más verde,
Más bella la aurora?
¿Por qué lo ve todo
Mi mente dichosa,
Ilusa, bordado
De flores y rosas?
¿Por qué canto alegre?
¿Por qué danzo loca,
Y ciño en mis sienes
Floridas coronas?
Porque para el Mayo,
Que festivo asoma,
Está prometida
Mi mano y mi boda.

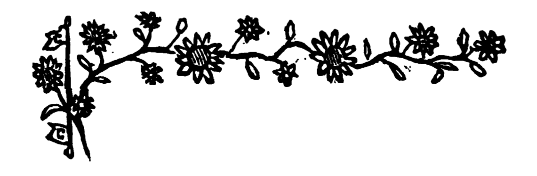
[redacted]



EL AMANECER

Los rojos celajes
Y nubes celestes
Ya anuncian que el alba
Raya en el oriente.
Con cárdenos visos
Las luces se tienden,
Y al prado y las flores
Sus matices vuelven.
La copa del sauce
El Céfiro mueve,
Y al lindo jilguero
En los ramos mece.
La niebla se alza,
El sol aparece,
Y en grata cadencia
Murmura la fuente.
Aquí, en la mañana,
Los amantes vienen
En oculta cita
Á gozar mil bienes.

[redacted]



LA CITA

¡Oh Zaida, más bella
Que en fresco verjel
La risa del cielo
Al amanecer!
Más pura tu boca
Que la pura miel,
Ó el purpúreo cáliz
De rosa de Fez.
Más blanco tu aljófar
En su rico andén
Que el menudo fruto
Del pino doncel;
Más dulce tu habla
Que en florido mes
La más dulce alloza
Que apaga la sed:
Para hablar de amores
Á tu amante, ven,
Bajo el fausto abrigo
Del verde laurel.





LOS SOLES

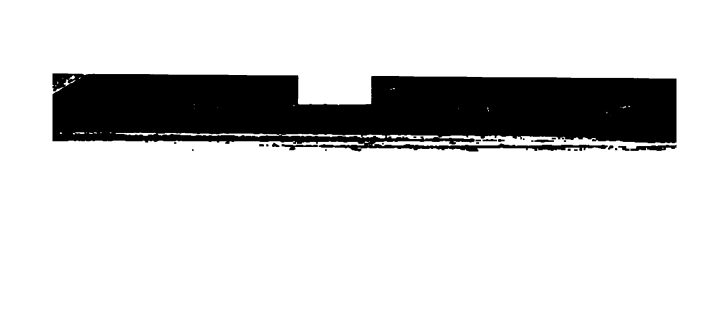
Cuando el sol de Arabia,
Con disco de fuego,
Desde el Zenit vibra
Sus rayos é incendios,
Y quema y consume
Los pimpollos tiernos
De los terebintos
Y almeces del huerto,
No hieren tan vivos,
Como tú mi pecho,
Cuando tus dos soles
Me miran ardiendo.
Mis ojos turbados
Te piden consuelo,
Y en llama invisible
Entonces me quemo;
Y una sed ardiente
Y tan dulce siento,
Que ni sé explicarla,
Ni apagarla puedo.

[redacted]

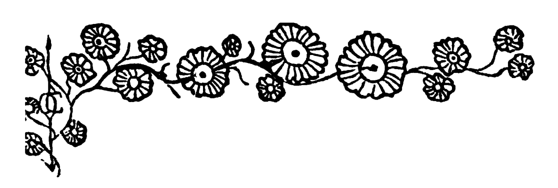


LA GACELA

¿Ves por el collado
Pasar fugitiva,
Turbada y doliente,
La gacela herida?
Los hermosos ojos,
De negras pupilas,
¿La ves á los cielos
Alzar dolorida?
Procura, aunque en vano,
Con mortal porfía,
Librarse del dardo
Que infiel le lastima.
Cansada se postra,
Y su mal no alivia
Ni la clara fuente
Ni la sombra amiga;
Hasta que, luchando
Con triste agonía,
Cual tú, tierno amante,
Perderá la vida.



[redacted]



EL PLACER

El mosto tan dulce
Que, exprimida, mana
En el labio ardiente
La roja granada;
El dátil sabroso
Que brinda en las ramas,
Su miel destilando
La frondosa palma;
El fruto cuajado
Con púrpura y ámbar
Que ofrece en Engadi
La vid delicada,
No tan dulcemente
El gusto me halagan
Cual tú, panal mío,
Si en la noche clara
Al huerto en silencio
Cuidadosa bajas,
Y de amor bebemos
La copa encantada.

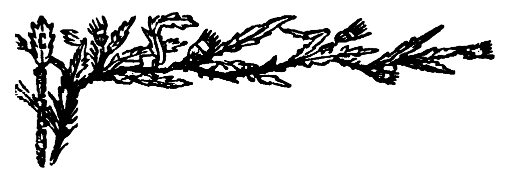


EL DESIERTO

La turba sedienta
Que afligida vaga
Por el mar de arena
De la ardiente Arabia,
Y cuando en su abismo
Triste muerte aguarda,
De pronto el Oäsis
Más frondoso halla,
Gozando, en la sombra
De las verdes palmas,
El sueño que atrae
El rumor del agua;
No prueba en su alivio
Más dulce esperanza,
Cual da al pecho mío
Mi hermosa adorada,
Si piadosa alienta
Mis tímidas ansias,
Llevándome al cielo
Con una mirada.

[redacted]

[redacted]



LA TEMPESTAD

El nublado cerco
Que ciñe á la luna,
Empañando el brillo
De su lumbre pura ;
El aire inflamado,
Que las aves turban,
Buscando azoradas
La enramada oculta ;
Las cárdenas llamas
Que en el cielo surcan,
Y el eco del trueno
Que airado retumba ;
Los silbos del Noto,
Las sombras que cruzan,
Todo, Zaida mía,
Tempestad anuncia.
Ven, y, mientras pasa,
Estarás segura,
Tornando tus ojos
En cielo mi gruta.

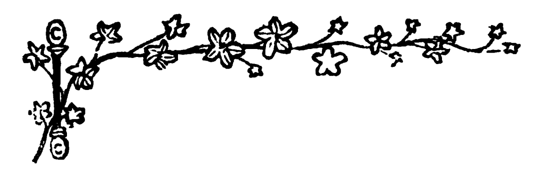
[redacted]



LA SIESTA

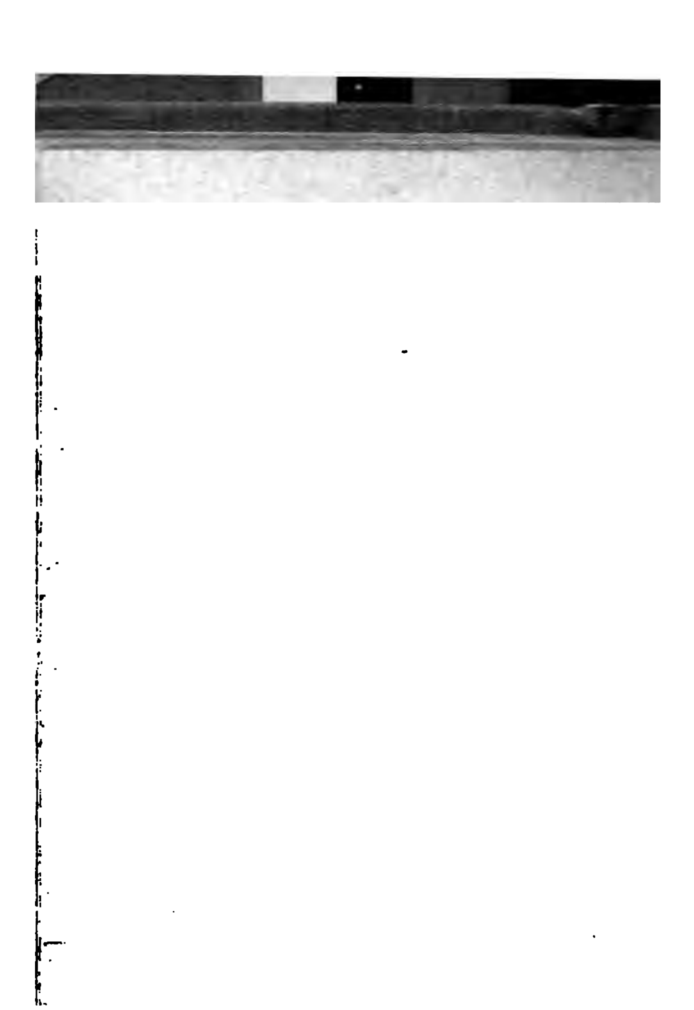
Cercano al torrente
Que del monte baja,
Un bosque se encuentra
De almeces y acacias.
El plátano airoso
Ufano se alza,
Besando al mecerse
Las pomposas palmas.
La hiedra, tejiendo
La flexible rama,
Con su sombra cubre
La agradable estancia.
La rosa y celinda
El aire embalsaman,
Y de rojo y blanco
La pradera esmaltan.
Aquí, en ti pensando,
¡Oh prenda adorada!,
La siesta de estío
Fugaz se me pasa.

[redacted]



LOS CELOS

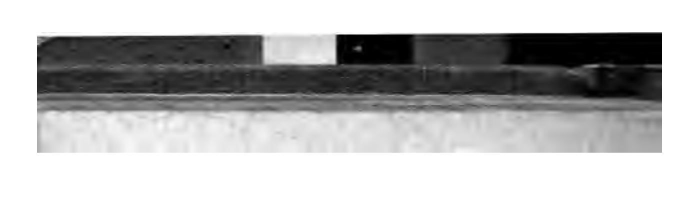
El mortal Siroco
Que ardiente desierto
Lanza emponzoñado
De su estéril suelo,
Llevando en sus alas
Con silbido horrendo
El fuego del rayo,
De sierpe el veneno,
Y allí donde toca,
Carbón hace luego,
Y muere abrasado
Quien bebe su aliento,
No causa más crudo
Estrago ni incendio
Cual da al alma mía
El mal de los celos:
Huracán furioso
Sacude mi pecho,
Y en puñal y en sangre
Placer sólo encuentro.



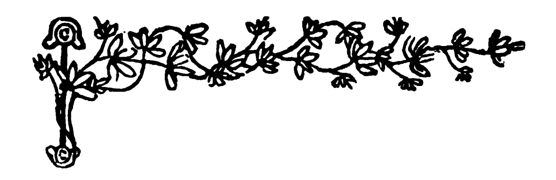


LA RECONVENCIÓN

No muestres tu cáliz
Altiva en el prado,
Con púrpura y oro,
¡Oh rosa de Mayo!;
Ni estés, bello almendro,
Pomposo ni ufano
Con las blancas flores
De tus verdes ramos;
Ni pienses tú solo,
Oloroso nardo,
Haber el perfume
Más süave y grato;
Pues si á la Hurí mía,
Demente os comparo,
Cuando amor me jura
Con tímido labio,
Vuestro albor y aroma
Y tinte encarnado,
Se trueca á mis ojos
En vapor liviano.



[redacted]



LOS DOS ARBOLES

IDILIO PRIMERO.

Los verdes pimpollos,
Los dos arbolitos
Que airosos se mecen
Al margen del río,
¡Cuál tienden frondosos
Al viento festivo
Sus vástagos tiernos,
Sus ramos floridos!
Una misma mano,
Casi á un tiempo mismo,
Los plantó á la orilla
Del remanso frío.
El Mayo riente,
Con templado abrigo,



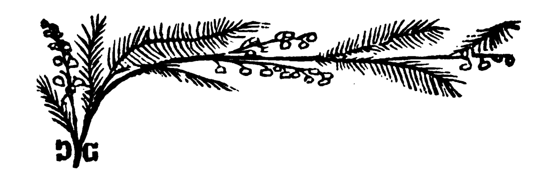
Dispensó su influjo
Al tierno plantío.
Las ninfas del bosque,
Por mando divino,
Cuidaron atentas
Tan grato cultivo.
Sus dones el cielo
Derramó propicio
En los dos planteles
Frondosos y lindos.
Á su faz florida,
De amor ya cautivos,
Su rigor templaron
Los meses y signos.
Su nieve el Enero,
Su ardor el estío,
Trocaron por ellos
En temple benigno.
Jamás crudo el Marzo
Les dió su granizo,
Ni Agosto sus rayos,
Ni el Noto sus silbos.
Sus copas frondosas
Baña en su rocío
El alba, vertiendo
Ámbar derretido.
Madera olorosa
De Ceilán ó el Indo
Perfumes no exhalan

Cual ellos tan ricos.
El jugo que anima
Sus tiernos ramitos,
Antídoto ofrece
A crudos martirios;
Cual precioso elíxir,
Terso, cristalino,
Da al pecho doliente
Balsámico alivio,
Siempre que del fuego
Más puro esté herido,
Y no de un innoble
Infausto incentivo.
¡Oh encantos del prado,
Del bosque atavío,
Galas de la selva,
Del verjel hechizo!
¡Al veros mi mente
Cual cree en su delirio,
Que sois trasplantados
De algún paraíso!
Sin duda se adornan
Los Campos Elíseos
Con ramas que parten
Vuestro ser divino.
Vuestra guarda el cielo
La dió á un Paraninfo,
Que evita al profano
Hollar vuestro asilo.

El Céfiro frena
Su grato bullicio,
Sin osar besaros
Cual él es lascivo:
Sólo reverente,
Con tiernos suspiros,
Ronda vuestros ramos,
Trémulo, remiso.
Las aves ni aun turban
Tan virgen recinto,
Ni fían en vosotros
Su amor ni sus nidos:
Que absortas respetan,
Por celeste instinto,
Tan pura morada,
Copia del empíreo.
Los verdes cogollos,
Cual de verde olivo,
Se muestran modestos
De flores vestidos,
De flores que encierran
En cálices ricos
La mirra que halaga
El alma y sentidos.
Suspenso os contempla
El fiel peregrino,
Viendo vuestra gala,
Pompa y atractivo.
Vuestra virgen sombr

Mira embebecido;
Mas no osa gozarla,
Y sigue el camino.
¡Dichosos los seres
Que puedan unidos
Partir con vosotros
Su existir tranquilo!
A ti me consagro,
Más tierno arbolito,
Y á ti para siempre
Nudo mi albedrío.
Guirnaldas tejidas
De laurel y mirto
Me unan al tronco
Por mil y mil siglos;
De mirto y laureles,
Misterioso signo
Del amor eterno
Que en mi pecho abrigo.





LAS DOS FLORES

IDILIO SEGUNDO.

Rica porcelana,
Transparente y tersa,
Que el ramo de flores
Por gala me muestras,
Aún más que colmada
De orientales piedras,
Precio las dos flores
Que en tu vaso encierras:
El honor del bosque
La pura azucena,
La virgen del prado
Morada violeta.
Aquélla, más blanca
Que nieve en la sierra,
Del amor más puro
Inocente emblema.

Ésta, fija imagen
Siendo de modestia,
Pudorosa quiere
Velar su belleza.
Sus tiernos capullos,
Sus corolas tiernas,
Los mece frondosa
Una cama mesma.
Al cielo le plugo,
¡Maravilla excelsa!,
Uniros, cual signos
De amor é inocencia.
Colores que indican
Misterios sin cuenta,
Vertió en vuestras hojas
La naturaleza.
A ti dió el morado,
Que es de pasión seña,
Y á ti la blancura,
Cifra de pureza.
Vuestra galanía
Y gratas esencias
La nariz regalan,
La vista recrean.
Os ven con envidia
Las flores más bellas,
Que en vuestra hermosura
Conocen su mengua.
Perfumes de Arabia

Tus cálices llenan,
Flor blanca, que al pecho
Más tibio embelesan.
Tú el más dulce aroma
Que al alma deleita
Das, ¡oh flor morada!,
Oculta en la hierba.
El brillante insecto
Sus alas despliega,
Y tímido os ronda
Con sutiles vueltas.
Sus tiernos deseos
El temor refrena,
Os mira de lejos,
Turbado se acerca;
Grato alarde hace
Su rica librea
Del oro mezclado
Con púrpura y seda;
Vosotras, empero,
Como en reverencia,
Sólo avergonzadas
Dobláis la cabeza;
Que el símbolo tierno
De amor é inocencia,
No da de su afecto
Señal más intensa.
¡Oh flores hermosas,
Virginales prendas,



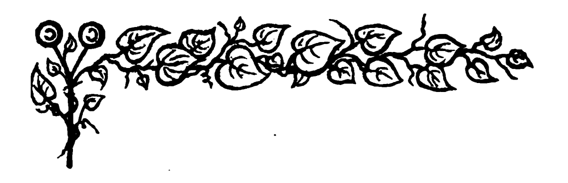
Más rico tesoro
Que coral y perlas!
Os miro, y mi mente
Se finge que vuela,
Nadando en delicias,
A más alta esfera.
Cual soplo del aura,
Las aromas vuestras
Mi ser purifican
Y triste existencia.
Os presto oficioso
El agua serena
Que robó en el Alba
A la fuente fresca.
Por Dios, no esquivéis
Por leve mi ofrenda,
Que el alma, y no el precio,
Su valor aumenta.
¡Dichosa la mano
Que de amores llena
Os corte, llevando
Tan rica presea.
Aunque separadas
En urnas diversas,
Guardaréis, empero,
Candor y pureza:
Seréis la ventura
De aquel que os posea,
Su preciado hallazgo

Y su dicha eterna.
Yo para mí elijo
Virgen azucena,
Y otro fiel escoja
La flor compañera.
De mi fino pecho
Ciñe la diadema,
Y cual en las flores
También en mí impera.
Mostraréte acaso
Ufano en mis verjas,
Por dar á Pastores
Más envidia y pena.
Te pondré en mi seno,
Que es donde tú reinas,
Y me iré á lucirte
Gozoso á la fiesta.
Y luego, rendido,
Con gratas ternezas,
Te daré mil besos,
Te haré mil finezas.





[redacted]



LAS DOS PALOMAS

IDILIO TERCERO.

¿Do vais revolando,
Blancas palomitas,
Hendiendo los vientos
Con dulce alegría?
Sin duda anhelantes
Á la sombra amiga
Que oficiosa os cubre,
Que amante os cobija.
Ella del milano
Cuidadosa os libra,
É inútiles deja
Sus artes é insidias.
Rompe en leves partes
La flecha maligna
Que los cazadores



Arteros os vibran.
Allí en paz dichosa
Disfrutáis tranquilas
Del Abril y Mayo
Los floridos días.
Desplegáis airosas
Las alas divinas,
Dando en sus albores
Al sol mismo envidia.
En leves vuelitos,
Turbadas, remisas,
De cogollo en rama
Vagáis fugitivas.
Las flores, al veros,
Por dulces albricias,
Sus cálices abren,
Su aroma os prodigan.
Contra sus matices
Que ostentan tan lindas,
El blanco plumaje,
¡Cuán cándido brilla!
Que el más albo hielo
Que el páramo cría,
Sus parias le rinde,
Vencido se humilla.
Color tan sin mancha,
Tiernas avecitas,
¿Qué misterio encierra?
¿Qué arcanos indica?

Candor y pureza
Sin igual designa,
Del alma inocente
La dote más rica.
En pos de tan rara
Joya peregrina,
Os siguen galanes
De amor ya sin vida,
Amantes palomos
Que en pasión sumisa
Os rondan y halagan
Con blandas caricias.
Mas no sus arrullos
Por tiernos os fijan,
Ni por ser ardiente
Su amor os cautiva.
Os prendan de un pecho
Las tiernas primicias;
Los finos cuidados,
La fe más rendida.
Vuestros negros ojos,
¡Cuán dulces que vibran
Las más amorosas
Miradas furtivas!
No, no con los suyos
Gacela de Libia,
Ni tantos deseos
Ni ardor tal inspira.
Pintor que se esmere

En noble porfía
Sacar de su mano
Una maravilla,
En vano se empeñe
Copiar por su dicha
Los más leves rasgos
De tal gallardía,
Pues no tienen copia
Las formas divinas,
Que naturaleza
Os donó benigna.
¿Quién de vuestras plumas
Los albores pinta,
O de pies tan breves
La púrpura tiria?
¿Quién el cuello airoso
Y enarcado indica
Con tal gentileza,
Que á un mármol hechiza?....
Los leves piquillos
Tornátiles brindan
Con la miel más pura
Del Himeto é Ibla.
Las luengas pestañas,
La sed más irritan
Del amante incauto
Que turbado os mira:
Desde allí en celada,
Con mano enemiga,

Nos lanza Cupido
Su cruel jabelina.
¡Oh hermosos dechados,
Copias peregrinas
De aquella belleza
Que el empíreo habita!
¡Cuál mi mente ilusa,
Ciega, embebecida,
Al veros se duerme
En dulces delicias!
Feliz el que pueda
Sin redes mentidas
Una de vosotras
Gozar por su dicha....
Sin red ni señuelo,
Que tal artería
De armiños tan puros
La blancura tildan.
El canto más blando,
De más armonía,
Sólo de vosotras
El desdén mitiga.
Ven, ven tú, paloma,
Más que todas linda,
Y amante en mis hombros
Posa compasiva.
Verás cuál te halaga
Mi mano propicia,
Sin ajar grosera



Tu pluma lucida:
Verás cuál te arrullo
Con blandas fatigas,
En dulces remedos
Que tu voz imita.
Con listón de seda,
Que tu pecho ciña,
Te uniré á mi cuello
Con eterna cifra;
Que así aunque revueles
En torno festiva,
Siempre á mi reclamo
Vendrás de amor ida.





LAS PIEDRAS PRECIOSAS

IDILIO CUARTO.

¿Quién cría en la concha
Que engendran los mares
La más fina perla
Y el rico diamante?
¿Quién pudo en tan breve
Y donoso cáliz,
Unir de las joyas
Las dos más brillantes?
Sin duda, curioso,
Prodigio tan grande
Sacó de sus manos
Por gala algún ángel,
Que al ver del portento
Tan rico remate,
De su misma obra
Se aplaudió triunfante.



¿Y quién no se arroba
En gozo inefable,
Con las dos preciosas
Piedras orientales?
Aquélla entre nácar
Se vela y retrae,
Cual tímida hermosa
Que quiere ocultarse.
Mas su puro oriente
Con fino lenguaje
Del diestro joyero
La atención persuade.
Ésta, aunque procure,
Con gratos disfraces,
Eclipsar modesta
Su luz incesante,
La venden traidores,
Pasando el celaje,
Sus rayos fulgentes,
Su luz vacilante.
Parecen mil soles
Sus fúlgidas faces,
Que de lumbre brotan
Copiosos raudales.
¡Qué visos azules,
Qué rojos cambiantes.
Vivos, reverbera
La piedra admirable!
El astro del día,

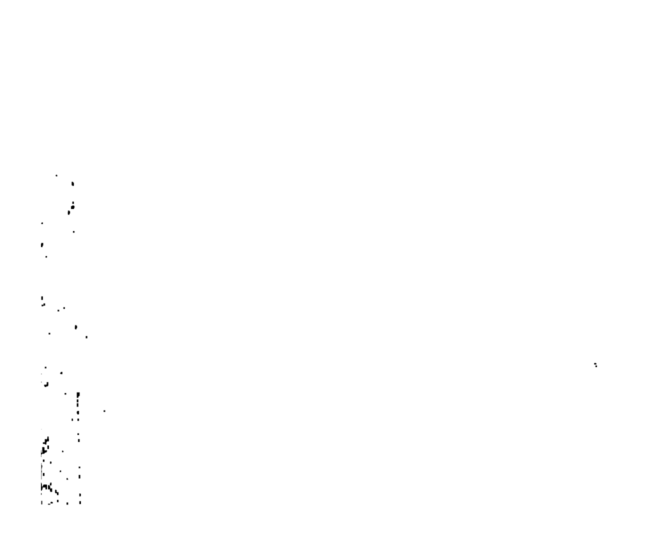
Más llamas no hace
Hiriendo mil montes
De tersos cristales.
Los ojos más linces
Procuran en balde
Gozar á su salvo
De luz tan radiante;
Que pronto vencidos
Del duro combate,
Las débiles niñas
Bajarán cobardes.
¡Oh ricos joyeles,
Presea adorable,
Tesoro sin precio,
Piedras celestiales!
Ni Ormuz, ni Golconda
Jamás crean, triunfantes,
Poder dar en siglos
Joyas que os igualen.
¿Dó hallará el minero
Más finos quilates,
Ni fulgor tan puro
Ni más rico esmalte?....
Ven, ven, piedra hermosa,
Lumbroso brillante,
Que de ti en mi pecho
Quiero hacer alarde.
Luciréte ufano
En fiestas y bailes,

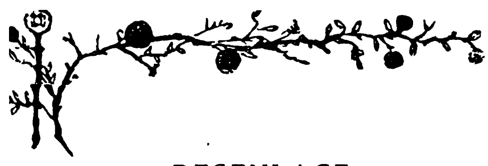


Aunque no merezco
Don tan envidiable.
No temas que nunca
Del seno te aparte,
Ó que en otra alhaja
Tu sin precio cambie;
Que tú en mi pobreza
Y humildes afanes,
Serás el tesoro
Que avaro más guarde.
Por Dios, piedrecita,
Dije inestimable,
Que sólo á mi mano
Tu ser duro ablandes.
Mas ricos y excelsos
Artífices hay,
Que á tu brillo pongan
Más alto realce:
Mas cual yo ninguno,
No haya miedo halles,
Que más reverencie
Tu preciosa imagen.
Te orlaré de finos
Rubíes y granates,
Para que más luzcas
Con tan rico engaste.
Y tú, hermosa perla,
Que el nácar, amante,
Engendra en su seno

A orillas del Ganges,
Tu oriente y lindeza,
Un discreto alcance
Que tu valor precie,
Y no un ignorante;
Que bien merecéis
Que el cielo os dé afable
Quien toda su alma
Por siempre os consagre.
Y tú, joya mía,
De mi pecho llave,
Recibe en ofrenda
Mi humilde homenaje.







DESENLACE

IDILIO QUINTO

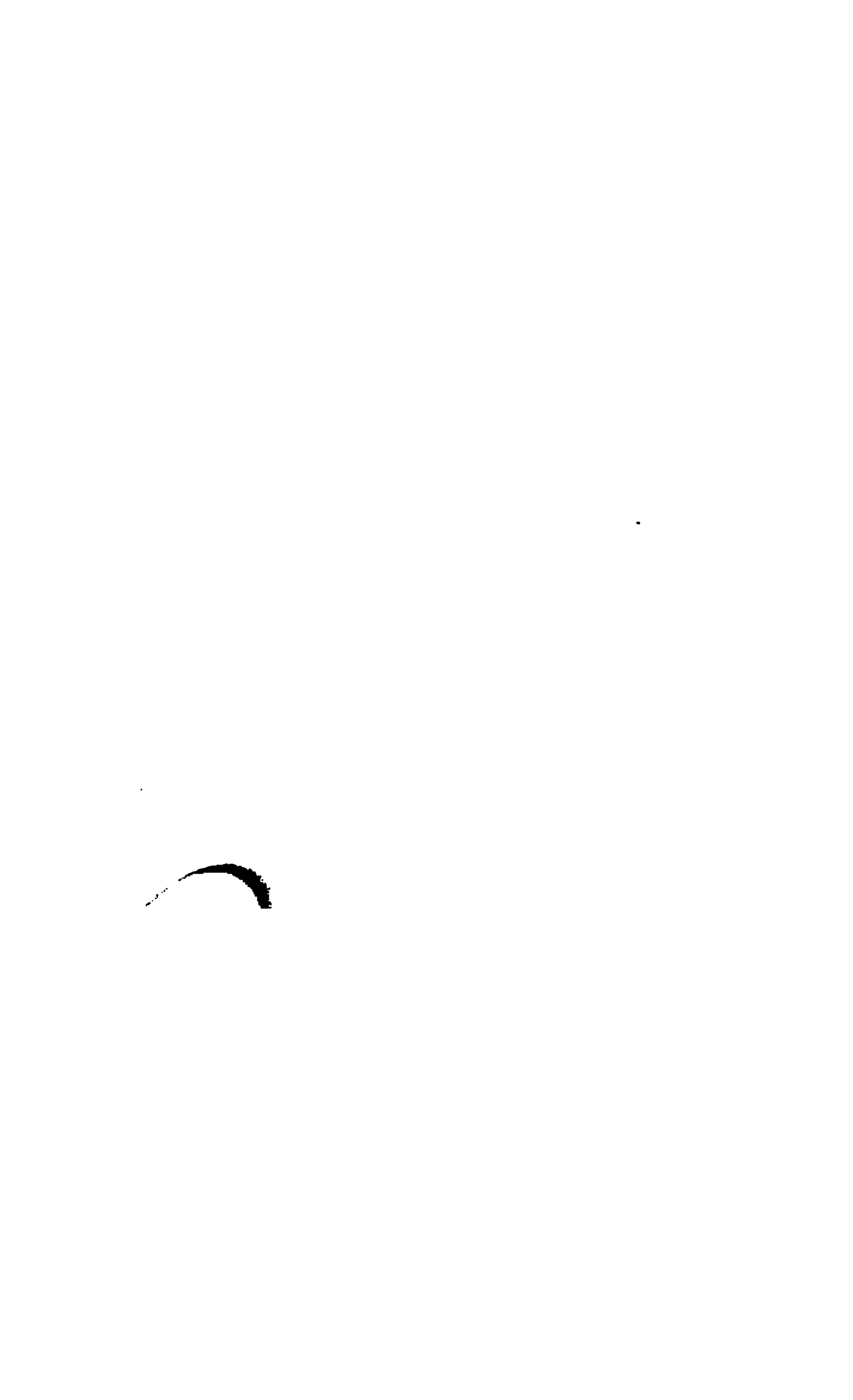
Abreviados cielos,
Estrellas fulgentes,
Hermosas pastoras,
Deidades celestes,
Galas de mi aldea,
Rosas inocentes,
Con cuya fragancia
Pruebo mil deleites.
¿Quién en holocausto
Tierno no os ofrece
Su fino albedrío
Y su alma por siempre?
¿Quién á vuestras aras,
Iluso y demente,
No va y se prosterna
Y os lleva sus preces?
Resista tan sólo
Deseos tan vehementes
Quien tenga su pecho
De mármol ó nieve;
No yo, que me precio



Con mil parabienes
De haberlo más blando
Que panal silvestre.
El azul más puro
Del diáfano éter
De lejos no llega
Á mi amor ardiente,
Ni á mi pensamiento,
Como turbio ceden
Los tersos cristales
De la clara fuente,
Cual crisol que al oro
Su puro ser vuelve,
Lavando en su fuego
Las manchas más leves;
Así vuestra vista,
Que al prado florece,
Mi ser purifica
Y halaga mi mente.
Los tiernos pimpollos
Y sus ramos verdes
Que al viento festivos
Y airosos se tienden;
Las dos lindas flores
Que aroma y pebetes
Regalan fragantes
Al sutil ambiente;
Las blancas palomas,
Que en arrullos fieles

Su amor significan
Ó castos desdenes;
La perla y diamante,
Que vienen de Oriente,
Haciendo la dicha
De quien tal posee:
Son, lindas zagalas,
Emblemas muy leves
Para que retraten
Tan divinos seres.
Sólo un ángel pudo,
Con diestros pinceles,
Trazar tal belleza,
Tan pura é inocente.
Y tú, hermosa ninfa,
Más que entre verjeles
La rosa de Mayo
Que fresca se mece,
En tu fino pecho
Dame grato albergue,
Y un pago á mis ansias
Cariñosa vuelve;
Recibe en tu mano
Los versos corteses,
Que amor sugirióme
Veraz y elocuente.







EL HURTO DE LA MANZANA

IDILIO

Una noche apacible de verano,
De luna clara y Céfiro benigno,
Dejó la choza humilde
Damón, zagal maligno,
En los hurtos de frutas y de flores
Célebre, y más famoso
En toda la comarca
Que en donaire de amor, amor donoso.
En verdad que por burla ufano hurtaba
Cuanto fruto temprano
En sus ramas el huerto ver dejaba,
Cuanta flor ó clavel más oloroso
El hermoso pimpollo columpiaba
Dentro el verjel ó árboles dispuestos
En linde á su cabaña.
Salió, llevando en su enarcada mano



Un lindo cesto de flexible caña,
Cuyo leve asidero
Tejió con sérpol y olorosos juncos,
Y después, rebosando en alegría,
Cual zagal burlador de pecho artero,
Tomó por el sendero
Que al ajeno cercado dirigía.
Aquí frescas, hermosas cual tempranas,
Cuando en el bosque nidos inquiría,
Vió en la siesta colgar de los cogollos,
Pintadas ya y maduras, las manzanas,
Y por juro falló que el fruto opimo
A sus manos aleves se debía
Para colmar el cesto
Y llevarlo después á su Pastora,
Coronado de flores,
Al sonreir de aquella misma Aurora.
«¡Oh! (exclamaba el Pastor): ¡la clara noche
Parece que convida
Al logro de mi burla y travesura!
La luna con su antorcha,
Al través del verdor de la espesura,
Ilumina la senda
Do el pie seguro estampo;
Mientras las sombras del opuesto monte,
De negros pinos y álamos cubierto,
Cubren las vegas y el obscuro campo
Para impedir que nadie en la comarca
Mis travesuras y mi burla entienda.

Al conturbado brillo
Del cielo azul y fúlgidos luceros,
En el sereno estanque vacilando,
Se retratan los fúnebres cipreses,
Y el eco suspirando
Corresponde mil veces,
Como de amores regalado y blando,
Al cántico de dulce Filomena.
Mas, ¡ah!; heme á la orilla,
Aunque en verdad bien laso y fatigado,
Del florido vallado
Y la arboleda amena
De Milón el huraño y miserable.
¡Oh! ¡y qué gozo será verle enojado,
Llorar de pura rabia
Al verse despojado
De la fruta agradable,
Púrpura en el color, brotando savia!
Mas hela aquí, que encorva con su peso
Los más floridos tallos,
Que á su hermosura rinden y á sus galas
Tributos de verdor como vasallos.
¡Oh envidia de las frutas, dulce poma!
El Céfiro te roba con sus alas
Tú balsámico aliento y blando aroma.
Flora sin duda, Flora con su beso
Te formó así, tan reluciente y pura,
Mezclando á tu blancura
El tinte de la rosa.



¡Oh fruta sazonada! ¡Oh poma de oro!
¡Cuál te brindas sabrosa
De aquí y de allá con sin igual decoro!»
Esto cantaba el zagalejo alegre,
Mientra en la hermosa cesta
De manzanas el colmo disponía.
«Esta, esta, por ser la más rosada,
Cortaré la primera
(Con voz más dulce y blanda proseguía);
Es blanca cual la cera
Y con rojo carmín toda manchada;
Y esotras dos turgentes
También he de coger: son tan redondas,
Tan llenas, que parecen de mi amada
Los pechos inocentes.
Aquellas, tras las hojas
Se quieren esconder: son así blondas
Como de la oropéndola el plumaje;
Un beso con mi boca
Las quiero yo imprimir; que allí los labios
De mi Dafnis querida
También se imprimirán con otro beso,
Y al perfume y carmín de mi presente,
Querrá oponer la rosa de su aliento
Y el clavel rojo de su faz riente.»

«Mas, ¡ay! (dijo el zagal con voz turbada).
¡Oh cuál bulle y resuena estremecida
La verde cerca del zarzal salvaje!
¡Ay, cuál se mueven las frondosas vides
Apartadas del rústico boscaje
Por mano aleve y paso temeroso!
¡Ah! Sin duda Milón, en sus ardides,
Astuto me ha prendido, y viene odioso
A cobrar con el lasto de sus iras
La deuda que en mis daños
Contraje en el presente
Y en los hurtos pasados de trasaños.
¡Yo entre los lazos de un villano preso,
Cogiéndome en mi hecho sin disculpa!!!
(Azar que jamás cupo á mi destreza.)
¡Con qué rústico exceso
De alboroto, de plácemes y risa
Tomará su vileza
Negra venganza en mi delito y culpa!
Acaso por visión de estos contornos
Me mostrará amarrado
Al árbol mismo do cumplí mis robos.
No de otra suerte mísera raposa,
En el vivar cogida,
Escarnio es de la turba clamorosa
Hasta perder la vida,
Y en actitud no airosa,
Que horror y risa llama,
Para escarmiento y grima,

En lo alto la espetan de una rama.
El milano, asustado al verla, grita,
Del palomar la fuina retrocede,
Huye despavorida otra vulpeja;
Y olvidando el redil, hato y oveja,
Converso, en faz contrita,
Predicando invectivas contra el robo,
A ser anacoreta de los montes
Vuelve triste aunque aullando el fiero lobo.

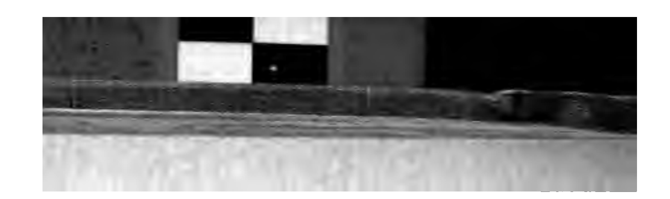
»Yo también me contrito y arrepiento
Con tal ejemplo, y más con tu faz ruda,
Te cedo mis manzanas y mi cesta,
¡Oh iracundo pastor!; ya te diviso:
Mi susto excede en mucho á tu contento;
Sí, ¡ah!; tú eres, te conozco
En la túnica blanca
Con descuido ceñida y mal dispuesta;
Ya me atisba feroz desde el aliso;
De gozo bate palmas;
Como jayán se ríe,
Preparando en mis lástimas su fiesta,
Y á empuñarme se apresta de improviso.»

Al son de estos cantares,
Turbado el pastorcillo,
Procuraba ocultarse entre las hojas,
Cubriendo su cabeza de azahares
Y oloroso tomillo,
Para apartar de sí tales azares;
Y no contando las manzanas rojas,
Tornábase al momento
En el más rudo arbusto
O en átomo fugaz del sutil viento.
¡Oh qué miedo probó, qué horror, qué susto!!!
Mas pronto despejado
(Que ojo lince prestó fijo en el trance),
Conociendo que aquél Milón no era,
Con voz serena y clara,
Tornando á su infantil malicia rara,
Con acento entonado,
Como si el dueño de la fruta fuera,
Al furtivo zagal recién llegado,
Burlándolo, le habló de esta manera:
«¿Cómo así, Licas, dejas tu ladera
Y el fértil huerto con agrado á Flora,
Ya que en verdura eterna nos mantiene,
Con mano injusta invades á deshora?
Yo soy el montaraz que en guardia tiene
Por Milón este huerto y tanto ejido;
Y tanto no descuido
En este cargo de mi noble empleo,
Que, el tributo negándole á Morfeo,



Las noches burlo en estas alamedas,
Rondándolas cual Argos vigilante.
Tú, sin duda, por dar algún regalo
Á Frilida, tu amante,
Te dejaste llevar al hurto malo:
Mas yo, piadoso, ¡jura no decirlo!
(Pues al fácil de lengua yo aborrezco),
Que llevarás te ofrezco
Don y presente al bien que tú enamoras.
Sí; la darás manzanas
Puras, rojas, lozanas:
Recibe, pues, dos de ellas,
Más que todas pintadas y más bellas....
¿Y con faz de demanda me suplicas?
La liberalidad tiene su tasa;
No te puedo dar más, no, bello Licas;
Pues Milón, que es su dueño,
Desconfiado y cauto,
Las cuenta una por una cada día,
Cual numera las reses de su hato.
Adiós, Licas; adiós, zagal incauto;
Y traspón la ancha linde
Antes que el amo vuelva de su sueño.
Adiós.... Mas, ¡oh alegría!;
Ya traspuso el cercado
El cándido burlado.
¡Oh qué bien le engañé! ¡Cuál con mis tretas
Le pinté que era guarda de este soto!!!
Mas ¡oh!, que susto dióme cuando hollaba

Las hojas que alfombraban este coto.
¡ Oh visita importuna !
¡ Ya por preso me daba y sin fortuna !
Ora ya sacaré de estas retamas
(Do lo oculté con juncos rebozado)
Mi canasto tan bello :
Completaré su colmo
Con aquellas manzanas que aún se mecen
En los más altos tallos,
Subiendo para ello
En los robustos ramos de aquel olmo :
Ya lo colmé, ya parto alborozado,
A dejarlo pendiente esta mañana
Con una verde cinta
En la misma ventana
De mi dueño adorado.
¡ Oh cuál el corazón bulle de gozo,
Y cuál palpita el seno
Cuando se alcanza y corta
La dulce fruta del frutal ajeno !
Sólo á esta dicha es dicha comparable
Robarle en hurto un beso
A la novia inocente,
Cuyo necio velado
Es Argos, sombra y guarda impertinente.
Mas ya á Milón y á su arboleda dejo.
Milón, Milón, triunfé de tu tesoro ;
Ora me iré á la choza de mi Dafnis
A rendirla mi amor con mi presente,



Pues ya la aurora sus cabellos de oro
Derrama ufana por las altas cumbres,
Y sus rosadas lumbres,
Que en viso azul adornan el Oriente,
Forzoso es evitar, antes que el día
Publique mi delito en la alquería,
Inflamando en mi daño el duro pecho
De Milón inclemente,
De agreste pedernal sin duda hecho.»





LA PROMESA

SONETO

Si por robarte á mi pasión ardiente
Tus deudos, descargando el fiero amago,
Te arrebataren con ardid aciago
De estos ojos que lloran por ti ausente;
Si en la torre más sola y eminente,
Cercada de algún negro hirviente lago,
Te encerrasen guardada por un mago
Feroz, astuto, bárbaro é inclemente,
Ó aunque te oculten en el hondo silo
Del monte más obscuro y más distante,
Por lograrte me vieras ir tranquilo,
Y lanzarme en el lago fulminante,
O bajar en tu busca al negro asilo,
Siempre que fueses á mi amor constante.





Á UNA HERMOSA QUE VIAJA AL MAR [1].

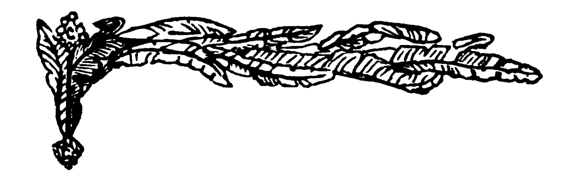
SONETO

Si por buscar el mar, Venus hermosa,
Y la concha natal de tu morada,
Visitas los palacios de Granada,
Sus jardines y Alhambra deliciosa,
Acaso por la tarde silenciosa,
Al contemplar su bosque y enramada,
Quisieras, en placer embelesada,
Pasar allí tu vida venturosa,
Que el moro autor, con cifras y labores,
Con el puro raudal de la fontana,
Dispuso en gruta de verdura y flores;
Que ser con un Gazul allá Sultana
Valga más, entre plática de amores,
Que deidad del Olimpo con Diana.

1 En el álbum de la señorita Doña Josefa Cámara y Livermore.—(Madrid, 11 Mayo 1852.)







Á PAQUITA MOLINS

EN SU CASAMIENTO

Mirtos, laureles y rosas
Quisiera que deshojadas
Cayesen donde mi pluma
Deje su huella estampada,
Símbolo de mis deseos
Que el pecho siente y mi alma
De sembrar de flores bellas
Vuestra vida y suerte entrambas.
Quiéralo el cielo, y un día
Escriba yo en otra página:
Mi amigo y amiga aún beben
De amor la copa encantada.





Él llevaba sed, y al ver
El cántaro le dió más,
Y díjola: —¿Inés, me das
De ese cántaro á beber?
Ella los ojos alzó,
Y mirando su semblante
Halagüeño y suplicante,
Respondióle:—«¿Por qué no?»
Y con su mano graciosa,
La punta del delantal
Pasaba por el brocal
Del cántaro vergonzosa.
—«Excusado es tanto esmero
En limpiar el borde, Inés
(Dijo el zagal); si no es
Que otro ha bebido primero.»
Ella dijo:—«En el vasar,
Siempre por mi madre ha estado
Este cántaro guardado
Sin dejármelo estrenar.»
Bien lo conoció el mancebo
Cuando comenzó á beber;
Que es fácil de conocer
Agua de cántaro nuevo.
Y como mientras bebía
Á la zagala miraba,
Su boca se refrescaba,
Pero su pecho se ardía.
—«No bebas tanto, zagal,

(Decía Inés, retirando
El cántaro y suspirando);
Hacerte pudiera mal.»
Lisardo, por el contrario,
Se empeña en beber sin tasa,
Y el cántaro por el asa
Arrebata temerario.
Pero lo que sucedió
Con semejante violencia,
Fué que en la fatal pendencia,
El cántaro se rompió.
El grito más doloroso
Por la cuitada lanzado,
Á los cielos fué llevado
Por el viento vagaroso.
Del color y del sentido
Privada al suelo viniera,
Si el mancebo no la hubiera
En sus brazos recibido.
—«¡Ay triste de mí! (exclamaba
Cuando, en su acuerdo volviendo,
Los bellos ojos abriendo
En llanto los inundaba.)
»Mi madre bien me decía
Que el cántaro no expusiera:
Mas yo que tan frágil era
El cántaro no creía.
»¡Quién había de negar
Una sed de agua, ni quién

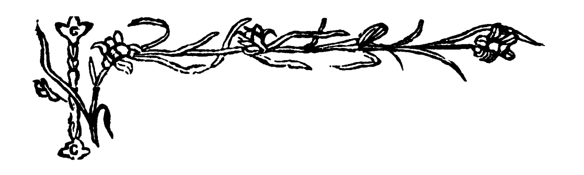




A UNA AUSENTE

SONETO

¡Quién audaz, remontándose hasta el cielo,
El ámbito feliz de tu morada
Lograra ver cual águila encumbrada,
Que cierne el aire con sereno vuelo!
¡Cuál al verte vagar con triste anhelo
Por la verde floresta en la alborada,
Pensando acaso en mí, desconsolada,
Me lanzara á tus pies besando el suelo!
¡Ah! ¡cuál te arrebatara amante incierto,
Como Jove al garzón, ardiendo el alma,
Conduciéndote al páramo más yerto,
Viviendo allí contigo en dulce calma!
Que en tus brazos me basta en el desierto
Un tálamo, una fuente y una palma.

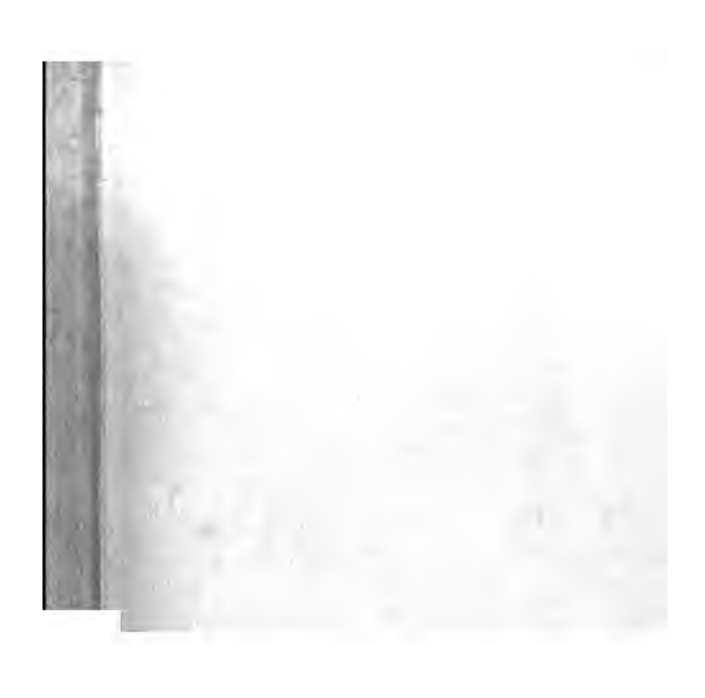


LA NAVE APRESADA

SONETO

La nave hermosa donde yo guardaba
De mi amor y mi alma la riqueza,
Maravillando al sol con su belleza,
El ancho mar con majestad surcaba.
La flámula que el mástil adornaba,
Desplegando en el aire su pureza,
Provocó del Pirata la fiereza
Que en celada las flotas acechaba.
Al llegar á la roca peligrosa,
«¡Detente, amaina! (grita el crudo moro);
Á mí me toca nave tan preciosa».
Ella se rinde, y no escucha mi lloro,
Perdiendo yo en la hora dolorosa
Mi amor, mi maravilla y mi tesoro.







LA NIÑA EN FERIA

. . . .
Era, pues, la niña
De tal gentileza,
Que en parangón suyo
Callara Lucrecia.
Ojos robadores,
En arco las cejas,
Morena y graciosa,
Graciosa y morena.
. . . .

(Romancero general.)

La linda serrana,
El sol de la aldea,
Por ver y lucirse
Va y viene en la feria.
Vistióse advertida
Con galas de fiesta,
Que aliño y realce
El gusto despiertan.
Feriándose viene,
Venderse no piensa,
Que hay prendas que en trueque



Se dan, y no en venta.
Gentil desenfado
Con mil gracias muestra,
Casando al donaire
La noble modestia.
El sayal palmilla
Pomposo en la rueda,
Jaquelada en rojo
La fina arandela.
Turquí zapatilla,
Colorada media,
Con primor engarzan
La planta pequeña.
Asoma con puntas
Bordada cenefa,
Del cendal que inquiere
La vista indiscreta.
La toca labrada
Prendida en la oreja,
Alfiler de oro
Recoge la trenza.
Relicario al pecho
Con doradas cuentas,
Por Pascua de flores
Bendito en la iglesia.
El pie con aseo
Primoroso asienta:
¡Cuán linces los ojos
Que alcancen sus huellas!

Finísimas randas
El cuello le cercan;
¡Aranjuez de olores!
¡Verjel de azucenas!
Curiosa ve y mira
La niña morena,
Y el leve ventalle
Lo abate y despliega.
Feriantes la siguen,
Mil flores la echan,
El más delantero
Hablándola llega.
«¿Dónde va (la dice)
La hermosa extranjera?;
Que un ángel del cielo
No nació en la tierra.
Si valor la alcanza,
Por oro que quiera,
Delante no pase,
Y entre por mis puertas.
Recámara tengo,
Ducados sin cuenta;
Mercader tan rico
No lo vió Bruselas.
Servirán salvilla
Mil esclavas negras,
Y pajes muy lindos
Cristal de Venecia.
Si conmigo casa,



Arrastrando sedas
Sentará en estrados
Con grave eminencia :
Y oliendo en la noche
Pebetes y esencias,
Partirá mi lecho
De alfombras de Persia.»
Responde riendo
La niña morena :
«Encierre en sus cofres,
Burgués, sus riquezas ;
Que si bien cual joya
Trocarme quisiera,
No á trueque tan alto,
Que á compra me suena».

Apenas da un paso,
Cuando se le acerca
Famoso soldado
Que venció en la guerra.
Sombrero con plumas,
Valona y cadena ,
Y al brazo bizarro
La capa revuelta.
Las calzas y veste
Grana de Florencia ,
Y del talabarte
Durindaina cuelga.
Saluda y exclama:

«¡Cuál puede tal fuerza
Estar sin presidio
Que evite sorpresas!
Por su castellano
Yo ruego me tenga,
Y vengan y tracen
Contrarios trincheras;
Que en mí vuestros ojos
Hicieron más brecha
Que en Dorlán ú Ostende
Jugando diez piezas».
Responde riendo
La niña morena:
«Señor, tengo en mucho
Tan brava fineza.
Mas pica que el Rey
A Flandes la lleva,
No puede continuo
Servirme, aunque quiera.
Y yo (pues trocóme
Voacé en ciudadela)
No puedo ni un hora
Estar sin conserva.
Empero prometo,
Por pagar tal deuda,
Que si mi velado
Me da su licencia,
Al primer nacido
Que embrace rodela



Le asentaré plaza
En vuestras banderas ».

Le sale al encuentro,
Vestido en bayetas,
El dómine roto
Opas de Sigüenza.
« Permitidme (dice)
Que toda mi ciencia
Se derrame en gozo
A las plantas vuestras.
De Bartulo y Baldo
Sé graves sentencias,
Que os diré en requiebros
Las noches enteras.
Lazarillo sabio
Permitidme os sea,
Que hermosa sin guía
En llano tropieza.
Relato de coro
Todas las Pandectas;
Borlas y garnachas
Me envidan á puesta;
Que asaz necio soy
Para que no pueda
Trepar como tantos
A más alta esfera. »
Burlando responde
La niña morena:

« Hermano, excusadme
Visión tan horrenda,
Que ropilla y faldas
De presto me acuerdan
El monjil frazado
Con que al muerto entierran.
Vigilias de amantes
No bien os asientan,
Que no es para ayunos
Tan fieras tareas».

Pensativa sigue
La niña su senda,
Por no hallar empleo
Que en bien le convenga.
Ya incierta no fía
De aquella promesa,
Que al luto, entre sueños,
La Virgen le diera.
Sin padre ya y sola
Por siempre se cuenta;
Pero al abrir calle,
Cumplióse su estrella.
De dos y de veinte
Un mancebo era,
Florero que vende
Flores de su huerta.
Gabán por el hombro,
Galana presencia,



Bien tallado el talle,
Razones discretas.
La niña, al mirarle,
Se conturba y tiembla,
Y mueve los ojos
Creyendo que ensueña.
«Este es, ¡ay! (se dice),
El que en sueños viera,
Cuando en romería
Visité la Peña.
Pedíle á la Virgen,
Guarda de mi herencia,
Y allá lo que en sombras,
Verdad hoy me muestra.»
Se va al de las flores
La niña morena,
Malicioso el gesto,
Hablándole artera.

«Dígame, mancebo
(Así Dios mantenga,
Con sombra sus flores,
Sin sol su floresta):
¿En búcaro airoso
Qué flor me vendiera,
Que eterna adornara
Mi pecho y mi reja,
Que su aroma diese
Consuelo á mi pena,

Y á mis ojos niños
Que hermosa entretenga?»
—«No alcanzo (responde),
Señora, tal ciencia;
Mas tomad de tantas
La flor que os convenga.»
Y así relatando,
Rodilla por tierra,
Le da en ramillete
Las flores más bellas.
—«No quiero por ramos
Tanta gentileza,
Que al gusto, lo mucho
Lo entibia y enferma.
Mi afición es una,
No elijo superflua.»
Y así hermosa hablando,
Vivaz como honesta,
El lirio tomóle
De pasión emblema,
Que al pecho el mancebo
Con banda sujeta.

Al Paular, en tanto,
Con grave cadencia,
Campanas tañían
La Misa de media.
Y dice riendo
La niña morena:



«¡Es misa ó rebato
Allá lo que suena?
Que desde que os hablo,
Se va mi cabeza,
Y á fuego en mi pecho
Baten con violencia.
Por tanto, ¿queréis
(Aquí habló bermeja)
Por corto camino
Llevarme á la iglesia?»
—«No tal, por mi vida
(Aquel respondiera);
Que rústicas flores
No valen princesas.
Son dos recentales
Toda mi riqueza,
Y un huerto tan breve,
Que guardo sin cerca.
Tal beldad, señora,
Mayor logro espera;
Al amor humilde
Mujeres desprecian.»
—«No así, garzón bello,
En llanto me deja
(Prorrumpe llorando
La niña morena).
Si tú bien me quieres,
Aparta sospechas;
Que á hija del Maestre

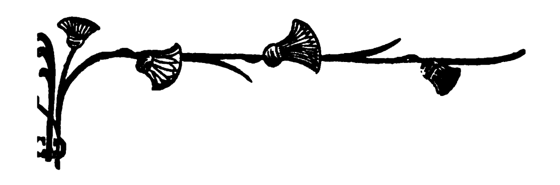
El Rey nada niega;
Y soy (no contando
La noble encomienda),
Si alta por linaje,
Rica por hacienda.»

Gózase el mancebo,
Bendice su lengua,
Y con labio humilde
Besóle la diestra.
Cambiaron sortijas
Por mayor terneza;
Saludan la pila,
Y en la ermita entran.
Se postran al Preste
Que el salmo les reza,
Y en latín los casa
Con gran reverencia.
Del altar salieron
Con suertes diversas:
Él, ufano, alegre;
Mas tímida ella.
Hubo tornaboda,
Festín, larga mesa,
Y danzas, en donde
Más bodas se empeñan.
Bailaron los novios
Canario y Francesa,
Y al tálamo fueron



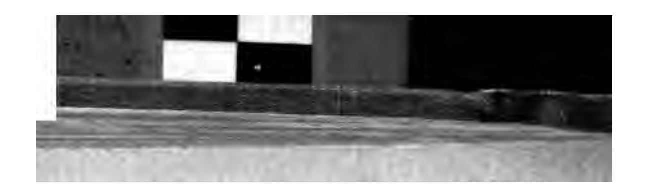
Sonando la queda:
Y es fama que al año,
El sol de la aldea
Sacaba un infante
A lucir en feria.
Infante á quien hizo
Menino la Reina,
Y en años creciendo,
También calzó espuela.





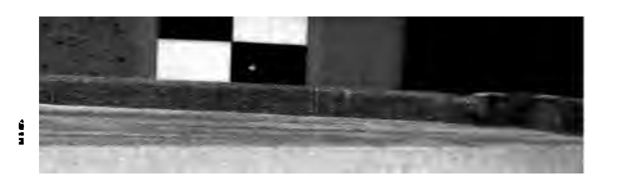
AL GUADALQUIVIR

Dulce Betis, claro río,
En cuya fértil orilla
Ostenta la gran Sevilla
Su riqueza y poderío,
Y su nombre sin mancilla;
Tú, que de Sierra Morena
Naces en la bella falda,
Y en tu corriente serena
Retratas esa Giralda
Con su mezquita agarena;
Tú, que tan rico tesoro
Encierras y tal grandeza,
Que por guardarte hizo el moro
La torre dicha del Oro,
Aludiendo á tu riqueza;
Tú, el de los bellos pensiles,



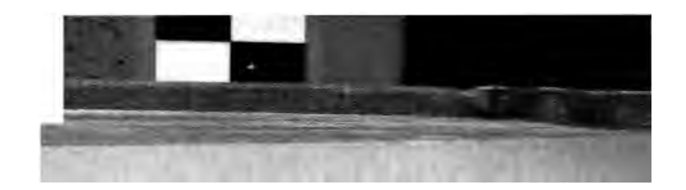
El de la orilla de flores,
El de los tiernos amores,
El de la ninfas gentiles
Que cantan los trovadores;
Con tu cristal transparente
Llega hasta mí, claro río,
Y deja que en tu corriente
Las lágrimas de mi ausente
Se junten al llanto mío.
Ven, y alivia mi tormento
Diciéndome, por piedad,
Si oiste el sentido acento
De la angélica beldad
Que ocupa mi pensamiento.
Dime también si al pasar
Por esa torre moruna,
Viste en tu margen alguna
Agobiada del pesar
De mi contraria fortuna.
Y si aumentaron acaso
Las lágrimas de sus ojos
Tu claro raudal al paso,
Calma con esos despojos
Las llamas en que me abraso.
No me prives del encanto
Que en mi destierro cruel
Me ofrece su triste llanto,
Porque si yo te amo tanto,
Es sólo, río, por él.

Que aunque es mucha tu belleza
Y muchos son tus primores,
No se enamora de flores
El que en amarga tristeza
Se queja de mal de amores.
Y es linda mi sevillana,
Más que tus aguas, ¡ oh río ! ;
Y más que rosa temprana
Salpicada de rocío
En la serena mañana.
Tú eres bello entre los ríos ;
Cual tú, Betis, no hay ninguno;
Pero es tu orgullo importuno
Si con los amores míos
Te comparas de consuno.
Mas, pues encuentro consuelo
En tu apacible murmullo,
Oye piadoso mi duelo,
Que yo perdono el orgullo
Con que ofendiste mi cielo.
Y precio más ver tus olas
Cuál se deslizan serenas
Por tus orillas amenas
Tapizadas de amapolas,
De rosas y de azucenas,
Que este turbulento mar,
Agitado por la bruma,
Cuya verdinegra espuma
Amarga como el pesar



Que mi corazón abruma.
Hermoso es el puerto, sí,
Con sus riquezas y naves,
Mas no se gozan aquí
Aquellas auras süaves
De la orilla en que nací.
De aquella orilla dichosa
Porque mi alma suspira,
Donde mi amada se mira,
Donde su boca de rosa
Con dulces besos me inspira.
Hermosos son los bajeles
Surcando la mar serena,
Pero no hay aquí verjeles
En donde canten su pena
Enamorados donceles.
Las gaditanas son bellas,
Lindos y esbeltos sus talles,
Sus ojos son como estrellas,
Y dudo, Betis, que halles
Hermosuras como ellas.
Mas, ¡ay!, para mí son nada
Las naves y sus riquezas,
Nada, Cádiz, tus bellezas,
Si no escucho de mi amada
Las bien sentidas ternezas.
Ven, río, con tus laureles
Y con tus aguas serenas,
Con tu azahar, tus claveles,

Y tus floridos verjeles
Donde se cantan las penas.
Oyeme, y no tan ufano
Te muestres con tu murmullo,
Que al fin es murmullo vano,
Y nada puede tu orgullo
Contra el destino tirano.
Él decretó á mi pesar
Que nunca aquí haya de verte,
Donde no puedes llegar,
Porque te detiene el mar
Como á los hombres la muerte.
Y pues tampoco te es dado,
Hermoso Guadalquivir,
A tu poder celebrado
Huir el rigor del hado
Y tu destino es morir,
¿Qué te valen tu azahar,
Tus brisas y tus riquezas,
Si al cabo no han de evitar
Esas mentidas grandezas
Que te pierdas en el mar?
Y una vez en él perdido,
Verás que esas mismas flores,
Que antes fueron tus amores,
Habrán de echarte en olvido,
Burlando de tus dolores;
Ni escucharán tus querellas,
Ni sentirán tu dolor;



Que si tus flores son bellas,
Serán varias en amor
Como lo son todas ellas.
¡Ay! Yo adoraba también
En tu orilla una hermosura;
Era como el alba pura,
Era en la tierra mi edén,
Y fué la ingrata perjura.
Si en esto somos iguales,
Y ambos, río, desgraciados,
Lloremos, ¡ay!, nuestros males,
Porque los males llorados
Alivian á los mortales.
Lloraré por tu pesar,
Y tú llorarás el mío;
Que iguales hemos de hallar,
Tú olvido y tumba en el mar,
Y yo bajo el mármol frío.





EL JILGUERO Y LOS BESOS

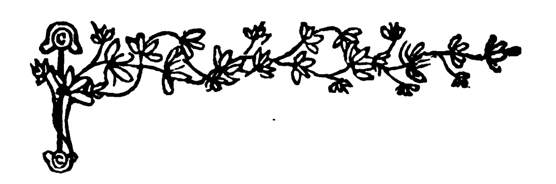
ANACREÓNTICA.

En el bosque jugando
El muchacho Fileno,
Cogió, yo no sé cómo,
Un pintado jilguero;
Juntas las albas manos
Y en el ámbito estrecho,
Encierra alevemente
Al pájaro indiscreto,
Haciéndole mil mimos
Y donosos requiebros.
Con él vuela á su choza
Rebosando en contento.
Llega, y sin dar al ave
Ni amor, ni luz, ni aliento,
Le cobija por cárcel
Su bordado sombrero.
El sombrero que dióle
Su amada en fausto premio,
Adornado con plumas
Del color de los celos.



A unos sauces y mimbres
Llega el muchacho luego,
Cuyas ramas besaban
Al límpido arroyuelo:
Corta de sus pimpollos
Los más verdes y bellos,
Para hacerle la jaula
Al triste prisionero.
Hecha ya, y con su cinta,
Decía el zagalejo:
«La llevaré á mi Filis
Con el cautivo dentro:
Me dará, como es justo,
Por el regalo un beso;
Y más osado, entonces,
Le robaré otros ciento.
¡Que no esté ya acabada
La cárcel para el preso!»
Dijo así, y con los mimbres
Torna al ave contento.
Mas, ¡oh dolor!: el aire,
Por un azar funesto
(Pues nunca coronados
Mira amor sus proyectos),
Con sus aleves soplos
Le dió al sombrero un vuelco,
Y el ave fué volando,
Y con ella los besos.

POESÍAS JOCOSAS



CUENTO DE CUENTOS

LETRILLA

Érase que era
El cuento más raro....
Mas, chito, mancebos,
Que ya me resbalo.

Érase que era
Un jardín cercado;
Allá en media noche,
Cuando canta el gallo,
Se arroja una escala,
Sube un embozado,
Y á obscuras lo guía
Una blanca mano....
Mas, chito, mancebos,
Que ya me resbalo.





Érase que era
Un talle delgado,
Que al brial pasito
Me lo fué acortando;
Pero al mes noveno
Quedó liso y llano,
Y aumentó su casta
Por no ser él casto....
Mas, chito, mancebos,
Que ya me resbalo.

Érase que era
El más pobre diablo,
Sin blanca en la bolsa,
Tuerto y remellado;
Matrimonia, empero,
Y halla por ensalmo
Novia re-catada
Y cien mil cornados.
Mas, chito, mancebos,
Que ya me resbalo.

Érase que era
Coche simoníaco,
De aquellos que rúan
Por sitio excusado;
Sospecha la ronda,
Regístrale al cabo,
Y encuentra dos faldas

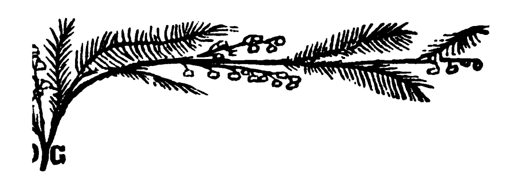
Y un sombrero pando....
  Mas , chito , mancebos ,
  Que ya me resbalo.

  Érase que era
La Porcia de ogaño,
De aquellas que esquivan
Todo viril tacto;
Pero ve un *organdis,*
Dos tules y un manto,
Y de hoy más, por siempre
Curóse de espanto....
  Mas, chito, mancebos,
  Que ya me resbalo.

  Érase que era
Maligno muchacho
Que el tuti-li-mundi
Mostraba á los sandios,
Y á hombres y mujeres
Mudó en su retablo,
A muchas en cabras,
A todos en cabros....
  Mas , chito, mancebos,
  Que ya me resbalo.







AL MANZANARES

Allá vas, Don Manzanares,
Tan fuera de ti en tus aguas,
Que te vienes tropezando
Beodo de banda en banda.
El mes de Abril te ha embriagado,
Que hay meses malas compañas,
Vaciándote en el modrego
Las bodegas de su casa.
Vas hecho mar de los ríos
Y de estatura tan alta,
Que un sargento de milicias
Te hará llegar á la marca.
¡ Oh qué cosa tan no vista,
Gigantón por la mañana,
Y á la tarde tamañico,



Que cabes en una taza!
Con tus creces y avenidas
Ya la puente toledana
Deja de ser puente en balde
Y á ser puente en verdad pasa.
Y al fin nos has enseñado,
Como dómine en el aula,
Que no hay mueble por inútil
Que en algún tiempo no valga.
Los pretendientes en corte,
Las hembras momias y rancias,
Los peregrinos viandantes,
Tudescos, de Albión ó Francia,
Salen á ver tu corriente
Como á maravilla rara,
Y con nota de hora y día
En sus tabletas la estampan.
Los taberneros, al verte,
Se gozan en la esperanza
De haber llenos sus toneles
De Jerez siempre y Peralta.
Los autorcetes hambrientos,
Los despechados sin blanca,
Que por posta ó diligencia
De este mundo al otro saltan,
Darán fin á su sainete,
Sorbiendo tus linfas claras,
Y no en el légamo y cieno
Del cauchil que Canal llaman.

En tu raudal ya se fía
La pulcritud castellana
De lavarse, ¡sumo aseo!,
Una vez de Pascua á Pascua.
Y ya cuento ver más limpios
(Aunque aquello no hace falta)
Los zaguanes y escaleras
De la villa coronada.
Los agentes usureros,
Que es tribu de hollín en alma,
Fullerillos, petardistas,
Busconas de rica saya,
Los caninos copleristas
Que se compran como habas,
Todos, en fin, los que tienen
Tal lepra, arestín y sarna,
Cuentan tener en tus ondas
Un Jordán para sus manchas,
Como si á tanta inmundicia
El mismo Jordán bastara.
Mas ven acá, cabecilla,
Riachuelo de media braga,
Que por tus malos enjuagues
En *agua va* te propasas,
¿Por qué á labriegos honrados
Tan mal de su grado arrastras,
Haciéndolos tiriteros
Sobre tus locas espaldas?
¿Por qué, no siendo empresario

De *cantantes* ó de maulas,
Los haces dar gorgoritos
En tantas ahogadas arias?
Mas lo que no te perdono
(Lo demás al diablo vaya)
Es que sin papel sellado
Te vengas por esas parvas,
Dando mordisco á esta orilla,
Pellizcando aquellas hazas,
Y sin más las adjudiques
Á Periquillo el de marras;
No, señor; solemnidades,
Y por ser cosa barata,
Siquiera escribe mil resmas
De á cinco duros la plana.
Lo mismo que haber trocado
Con tus malditas andanzas,
Las casucas de tu alveo
En ínsulas baratarias.
Del arsenal del Retiro
Hiciste bajar, ¡caramba!,
A jorro de los simones
De á cuarenta, dos fragatas.
Me agradaba tu diluvio
(Yo tengo el alma muy mala),
Ya que no del buen Noé,
Por ver de Madrid las arcas.
Los Cookes y Magallanes
Del Retiro en la mar brava,

Iban con tales navíos
Desafiando borrascas.
Y nunca en la gran Mosquea
Carenó mejor armada
El burlón Villaviciosa
En cáscaras de avellanas.

Así en un pilar del puente,
Enfaldándose las mangas,
Don Crispín con voz ronquilla
Al Manzanares hablaba;
Iba á seguir relatando
Sus aniegos, sus hazañas,
Sus estragos y sus iras,
Cuando miró....; no vió nada,
Sino que el soberbio río,
Que antes al mundo espantaba,
Menguó tanto, que por verle
Hubo de ponerse gafas.





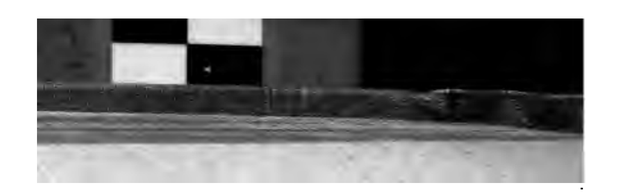


LA MIGA Y LA ESCUELA

....Que yo trocaba con él los peones, si eran mejores que los míos; dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía: comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre.

(Vida del Gran Tacaño, cap. II.)

Muchachos del aula,
En horas de asueto,
Burlando á Nebrija,
Se enredan en juego.
Peón y rayuela
De estrena tuvieron;
San Miguel y el diablo,
La villarda luego:
Mas por arrullarle
Al dómine el sueño,
Recetan el toro,
Abreviado infierno.
Olvidan sus bandas



César y Pompeyo;
Ni el asno y corona
Sirven ya de freno.
Echaron chinita
Con pausa y sosiego,
Y en cesta ballesta
Corrió todo el cerco;
En Andrés Berruga
Recayó el sorteó;
Un rollo de chico
De quintal y medio,
De condición mala,
En tino certero;
Pedrada que tire,
Cachivache al suelo.
Le envidia la turba
Ser toro tan presto
(Afición temprana
Que todos tenemos).
Al zaguán lo nombran
De toril chiquero,
Por valla y palenque
Al tapial mampuesto.
Ya la ceremonia
Iba á dar comienzo,
Cuando de la miga
Atalaya hicieron.
Señora maestra
Quedóse durmiendo.

Al dar de los gritos,
Las chicas salieron.
Canuto y Pilatos
Les van al encuentro,
Como embajadores,
Y ofrecen asiento.
Con muchos remilgos
Y mil embelecos,
Responde la Nena
Al acatamiento.
Su devantal trae
Pespuntado el medio;
Y en un sendo coco
Remangado el pelo.
Damas le acompañan
De alcurnia y respeto,
La Toña y Menguilla,
La nieta del Tuerto.
También Maricota,
Pepona Talego,
Y Tusa Villodres,
Hija del Tendero.
Cada cual escoge
Su lindo Don Diego,
Y llenan la plaza
Con su contoneo.
Por dar á las damas
Mayor lucimiento,
Alzan los galanes



Tablado cubierto.
De sala de estudio
Rebañan al vuelo
El escabel cojo
De pino mugriento.
La Nena preside
Con gesto muy serio,
Pues fué hecha condesa
Por el nacimiento.
Para dar la venia
Previene el moquero
(A un geme no alcanza
De tela de angeo).
La música rompe
El noble concierto,
Mayando seis gatos,
Gañiendo diez perros;
Suenan por timbales
Dos huecos morteros,
Tañen por platillos
Rodajas de hierro:
Y Tolo repica
A compás dos tejos,
Pues en contrapunto
Es grande maestro.
Da el Zopo la seña
Como trompetero,
Con su pipitaña
Que chirría los sesos.

Se dispara el toro,
Lleva el diablo dentro,
Da vuelta en el coso,
Bufando y corriendo.
Si no con la frente,
Con la mano al menos,
Esgrime dos astas
Testuz de carnero.
Picador de vara,
Le sale á los tercios
Colás el Bellaco,
Jinete estupendo:
Sobre Blas cabalga,
Rucio verdadero,
Del puente del asno
Huésped sempiterno.
A espuela y á brida
Lo rige el piquero,
Montando á horcajadas
Por cima del cuello.
Se ufana torciendo
Muy airoso el cuerpo;
La pica, una caña
Que arrancó del huerto.
Berruguilla (el toro)
Fin dió á su escarceo,
Y ante el espantajo
Se para frontero.
Al prójimo darle

Quisiera de lleno,
Cual picaña fiera,
Con entendimiento.
Acomete al postre
Furibundo y ciego,
En la cornamenta
La lanza prendiendo.
Forceja Berruga,
Aprieta el lancero,
En vilo se quedan
Los dos sin resuello.
Mas Berruga acuerda
Los veinte tan recios
Que le dió el Bellaco
De orden del maestro.
Arremete y cierra
Con rencor frailesco,
Y á entrambos derriba,
Rocín, caballero.
Malparados caen
En tierra revueltos;
Por salva la parte
Les emboca el cuerno.
Acuden peones
Y los cuadrilleros
Con sus capotillos
De tabí muy viejo.
Dan citas al toro,
Mas él se hace el sueco:

¡Qué lluvia de coces!
¡Qué gran moqueteo!
Al fin se retrae,
Los deja por muertos,
Se encara á las capas
Y parte tras ellos.
A cuál lo voltea,
Á tal le da un vuelco,
Ó por el trascoro
Le abre los gregüescos.
Beato el que puede
Por pies más ligero,
En la talanquera
Tomar valla y puesto.
Ya la escaramuza
Más se iba encendiendo,
Cuando Jusepillo
Saltó en plaza suelto.
Al mirador pide
Venia y rendimiento,
Volviendo los ojos
Hacia su embeleso.
Sacó caperuza
De papel budlesco
Que sobró en Cuaresma
Cuando el partimiento:
De cartón picado
Espaldar y peto,
Con su taparrabo

De bocazí negro.
Lleva rehiletes
Con arpón y fluecos,
Y al toro provoca
Los brazos abriendo.
Parten uno al otro
Con torvos intentos;
Mas corta Jusepe
Tierra al jarameño;
Y en suerte vistosa,
Cogiéndole al sesgo,
Le clava en la tabla
Los dos instrumentos.
Lo aclama el concurso;
Responde él modesto,
Saluda á su dama,
Le arroja ella en premio
El bollo de azúcar
Y hornazo con huevos,
Que de merendilla
Le dió padre abuelo.
Iba ya Calbete,
Estoque blandiendo,
A matar de un golpe
Al toro primero,
Cuando de improviso
Llegó un aguacero,
Que diablos son bolos,
Nada dejan quieto.

A la gresca y bulla,
Aunque era gallego,
Despertó el durmiente,
Rascando y gruñendo.
La Dómina salta
También de su lecho,
Y á la encamisada
Dan en el torneo.
Los unos se escapan,
Otros quedan yertos;
Nunca asustó tanto
Garduño á conejos.
Con la disciplina
Principia el solfeo,
Y el salvo honor paga
Los pasados yerros.
A cortina alzada
Sufren ellas ciento,
Y á baja pretina
Diez docenas éstos.
Quedaron los lomos
Cual rojo pimiento,
Con comezoncilla
Picando y bullendo.
Así acabó en llanto
El toro y bureo,
Que llanto es el cabo
De todo festejo.

[redacted]

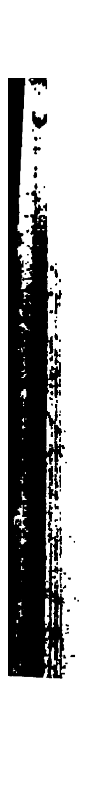


A DON BARTOLO GALLARDETE

SONETO DE UN SU AMIGO, ESTANTE EN CORTE DE S. M.

Caco, cuco, faquín, biblio-pirata;
Tenaza de los libros, chuzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.
Uñilargo, garduño, garrapata,
Para sacar los libros cabria, grúa;
Argel de bibliotecas, gran falúa,
Armada en corso, haciendo cala y cata.
Empapas un archivo en la bragueta;
Un Simancas te cabe en el bolsillo;
Te pones por corbata una maleta.
Juegas del dos, del cinco y por tresillo;
Y al fin te beberás como una sopa,
Llenas de libros, África y Europa.







GRANDEZAS DEL POETA

Si por estadales
Mis estados mides,
Verás faltan once
Para sumar quince.
Y en tan vasto imperio
Deja que te explique
Las mil maravillas
Que dentro residen.
Enverjan curiosas
Los largos confines,
Revueltas las cañas
Con arte indecible,
Y en vanos jaqueles
Con primor permiten

Que allí entren los ojos,
Retocen y fijen.
Palacios de Armida,
Pagodas, jardines,
Grutas, selvas, montes,
Cascadas á miles.
De aquél y este lado
Muro y tronco admiten,
Que el jazmín sus lazos
Y yedra ensortijen.
Enormes gigantes
(Madreselva y vides)
Á flor y racimos
Te asaltan y embisten.
Por luengos festones
La hoz se sonríe,
Pintando de rojo
Celindas y lises;
Y esmeralda y nieve
Parece compiten,
En verdes colgantes
Con blancos jazmines.
Los cuatro arriates
En sesgo dividen
El césped del suelo
El boj de las lindes;
Y en sendos andenes,
En primor desdicen
Con varios colores

Cien tiestos menines.
De aquel albahaca,
Alcino, alelíes,
Con geranio y rosas,
Perfumes despiden.
Del otro los tallos
Con flores se visten,
Capullos estallan,
Dibujan mil tildes.
Brotan por cien caños
Las aguas sutiles
(Un azumbre al día
Lo menos me miden),
Y de barro cocho
Te dejo que admires
El tazón sediento
Que de estanque sirve.
Y una avispa á noria
Unida ó trapiche
(Porque nada falte
Al cuadro sublime),
Saca en arcaduces
Del dedal aljibe
Diez gotas de agua
En cuarenta abriles.
Y en Saetillo el cauce,
Con fuerza invencible,
Sacude el molino
Diminuto chiste.



Repica las aspas,
Crujen los astiles,
Y en tiple cecea
Con cis y bisbises.
Luego sale el río;
¡Qué Eufrates ni Tigris!
(Culebra de plata
Tres varas describe.)
No guijas y arenas
Moja, arrastra y ciñe,
Zafiros los menos,
Topacios beriles.
Dos peces pigmeos,
Átomos carmines,
Entre rubias conchas
Verás si eres lince.
Por ánades y ocas
Cien duendes reptiles
Corren sobre el agua
Á enjutos patines;
Arman sus cuadrillas,
Se dan sus envites,
Y corren parejas
Con la lanza en ristre.
Doblan las hileras,
Truecan sus desfiles,
Y llevan mostachos,
Calzas, borceguíes.
Surtidores de heno

Las aguas comprimen;
Y salen tan altas,
Que no se distinguen.
Hilan tan menudo,
Que aunque te lloviznen,
Podrás harinarte
Cuando no freirte.
Del claro remanso
(Lenteja en eclipse)
Beben las abejas
Con sorbos melindres;
Y tres mariposas
La corriente siguen
Alzando las alas
Con pompa felices;
Son tres lindas naos,
Tres ricos esquifes
Con mástiles de oro,
Velas de ormesíes.
Mas múdase el cuadro,
Que allá entre unas mimbres
Se ven otros mares
De atroz superficie,
Temerosos lagos
Que en obscuras sirtes
Surcan espantosos
Cetáceos horribles.
Allí un gusarapo,
Con traza de esfinge,



Trechas da en el agua
Delfín loco y libre;
Y allá dos babijas,
Ébano y rubíes,
Son sierpes, dragones,
Ballenas terribles.
También atalayas
Costa y playa rigen,
Tánganas que humean
Por boca y narices:
Sus humos gigantes
Que al viento se rinden,
Y al fin se disipan
Porque el sol más brille.
Sus luces de noche
(Y Dios te ilumine),
Luciérnagas chispas,
Luceros anises.
Acá dos gayombas
De jaldes matices,
Toronjas meciendo,
Por altas se engríen.
Y al pie teje el trébol
Sus verdes tapices,
Tálamo que ansiaran
Medoros Floripes.
En un tarro mocho,
Almenado á pique,
De naipes se alzan



Dos torres gentiles;
Con ancho homenaje
Moriscos fortines
Y sus aspilleras
De varios calibres;
Son sendos tarugos,
Como de alfeñique,
Que apuntan cañones
Sacres, serpentines.
Cumplidos adarbes
De todos perfiles,
Astil con bandera
Con sus colorines.
¡Trasunto de alcázar,
Ciudadela insigne,
Que pasa por ojo
Á Ostende y Mastrique!!!
No teatros ni circos
Faltar imagines,
Que no tuvo tantos
Augusto ó Pericles;
Que dos saltamontes,
Sueltos arlequines,
Bailan, saltan, brincan
Para divertirme:
Y Juan de las Viñas,
Botarga risible,
Por obra de un hilo,
Da sus trampolines;



Ó don Pulchinela,
Con voz *tiquis miquis*,
Canta á los amantes
Rosita y Cuquilis.
Aliño con mixtos
De mis polvorines,
Fuegos de bengala,
Centellas que vibren,
Ruedas, morteretes,
Castillos que tiren
Truenos por adarmes,
Bombas por tomines.
Un grillo y dos moscas,
Diestros ministriles,
Principian concierto
Con solfa y repique,
Y prestan á tales
Músicos insignes
Facistol las hojas,
Los aires atriles;
Y seise del aire,
Mosquito invisible,
Al son trompetea
De sus añafiles,
Mientras que salmean
Contrabajo y tiple,
Cigarra en los ramos,
Rana en charco humilde,
Paulillas, arañas,

Hilan sus ardides
(Son redes; columpios,
Cárcel de infelices),
Y por sus maromas
Casi imperceptibles,
Trepan, suben, bajan,
Y hacen volatines.
Atisban y acechan
Torbos alguaciles,
A un mosco y dos moscas
Que holgándose ríen;
Las zarpan al salto
(¡Para que te fíes!),
Y entre las tenazas
Crujiéndose gimen.
Porque mi grandeza
Muy más se autorice,
Verás los Versalles
Y Aranjueces triples,
Papel pico y corto
Y en artes de Circe,
Se alzan los palacios,
Cúpulas, pretiles,
Frontis de boato
Con mil arrequives,
Molduras de ocre
Que al relój aliñen;
Algún as de oros
De horario fiel sirve,

Con sus garabatos
De maravedises ;
Cascabel que encierra
Dos cuescos que riñen ,
Regula las horas
Con sus retintines.
Y vense del monte ,
Al suave declive,
Los valles de Arcadia,
Selvas de Erifile,
Y cien tatarretes ,
Dedales y dijes
Forman maceteros
Celajes al Iris :
Y amaraco , azándar
Y dos perejiles
Dan huerto más bello
Que el Generalife.
Y aquí, entre doseles,
Verdes camarines,
Las sienes reclino,
Que más no es posible :
Trazo monterías
Que el bosque fatiguen,
Bichos son lebreles ,
Cocos jabalíes ;
Y á impalpables garzas
Que el ambiente hinchen ,
Les suelto halconero,

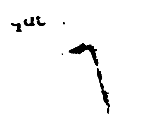


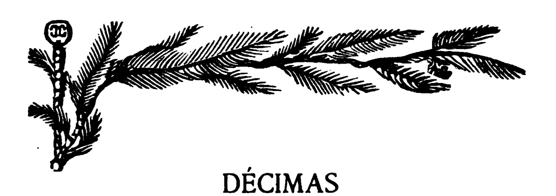
Azor y neblíes.
Cometa de carta
Pringada con pringue,
Los pringa, y en vano
Quieren desasirse;
Y dejando al mirlo
Que en los sauces silbe,
Y dando á mi mente
Alas serafines,
Por rey me contemplo,
Sesostris ó Giges,
Sultán de sultanes,
Sofí de sofíes;
Sueño, fantaseo,
Fabrico pensiles.
Hablo con las hadas,
Huello sus países;
Allano los montes,
Seco el mar y el Níger,
Y fraguo poemas
Que me inmortalicen.
Vieja parla leo
De Alfonsos y Cides,
Y los dulces cantos
De españoles cisnes.
Lengua franca aprendo,
Si el gobierno escribe,
Y espero afirmarme
A que alguien replique;



Y cuando resuelvo,
Al fin, sin dormirme,
Mudo de bisiesto,
Y grullo volvíme.
Me tomo una opiata
De dos folletines,
Un sermón de Cortes
Y un drama sensible,
Y quedo en modorra
Tan poste y tan firme,
Que ni un terremoto
Valdrá á revivirme.







DÉCIMAS

Arcos, Arcos, no te niego
Que ya estoy en el Senado:
Quisiera tenerte al lado,
Tú, provincial, yo de lego.
Mas eres lindo Don Diego,
Te dan odio tantas canas,
Alifafes y botanas,
Y en vez de cabellos zarcos,
Eres quinto de los Arcos
Para rondar las ventanas.

Deja ya esos devaneos,
Giras, festines, teatros,
Y en estos anfiteatros
De hombres viejos, tontos, feos,
Adquirirás los trofeos
De verte predicador,
Dando letargo y sopor;
O tendrás el parabién
De dormir muy bien, muy bien,
Oyendo á tanto orador.





SAETA QUE PUEDE CANTARSE

¡Qué comedias! ¡qué funciones!
¡Qué bailarinas! ¡qué actores!
¡Qué bueyes! ¡qué picadores!
¡Qué chulos y qué peones!
Altamente todo expresa,
Con voz clara y sin rodeos,
Que en toros y coliseos
Gobierna la misma empresa.

Si á actores tan perdularios
Y á tan malas bailarinas,
Si á corridas tan indinas
Ó usureros empresarios,
Es igual la algarabía
De donas, tiples y bajos,
Bien se podrá echar á grajos
Toda la filarmonía.

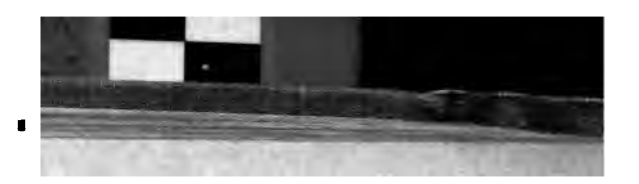




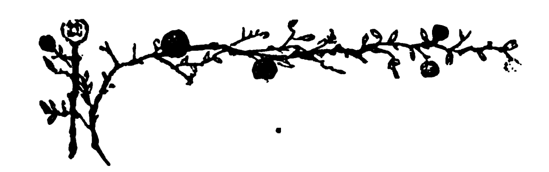


UN REY DE CAPADOCIA

Con una parda anguarina
Y un jubón á lo gabacho,
Vi ayer pararse un muchacho
Contra el cantón de esa esquina.
Por el cinto le colgaban
Hierros con cien garambainas,
Medias calzas y polainas
Que lo galán no rehusaban.
Brazo y ojos alzó arriba
Como auditorio inquiriendo,
Y era su sayo un remiendo
Por aquí, y allá una criba.
Aunque al uso de la Francia
Con tal traje se disfraza,
Bien muestra el mozo en su traza
Ser persona de importancia.
Dió al aire varias razones
En una lengua mestiza;
Jerigonza más castiza
Nunca la hablaron gascones.
Metió de allí luego á un rato
Las manos en el bolsillo,
Y sacó de él.... ¿Un cuchillo?



No por cierto, era un silbato.
Todo de cañutos era,
Largos, gordos, más meninos,
Tomados de estambres finos
Y muy lazados con cera.
Silbato de gran valor,
De diapasón muy variado;
Pito el más cuco y preciado
Que nunca usó capador.
Nuevo Pan, lo arrima en seco
Al labio; preludia, suena,
Y luego al lejos resuena
Con otro silbido el eco.
Después en música trata,
Y en silbos no desabridos
Dió á la estampa unos sonidos
En compás de serenata.
Al son los gatos y perros,
Todo lo que á macho huele,
Los yela el miedo, cual suele
El lobo con los cencerros.
Huyen, chillan y se esconden;
Detrás de cofres se tapan,
Entre tejas se agazapan,
Y otros chillando responden.
Conocen la batahola
Que la historia les enseña,
Y cubren, á la tal seña,
Las vergüenzas con la cola.



INDICE

POESÍAS SERIAS.



Desde un chinero, se asusta
(¿Quién de tal escena gusta?),
Y quiso salvar el bulto.

El sitio á do el riesgo teme
Quiere celar; pero en vano,
Que es muy pequeña la mano,
Y una cuarta no es un geme.

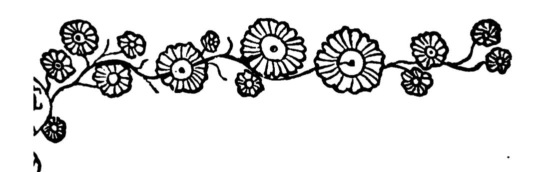
Su ademán de honestidad
Por desmañado divierte;
Pues se gobierna de suerte
Que es más la publicidad.

Y pues por salvar la vida
No hay miedo que no se arrostre,
Dió á correr á puto el postre,
En tal traje á hallar guarida.

Y en el seno de Nemesia,
Que al caso asiste curiosa,
Más blanco que nieve hermosa,
Se metió pidiendo iglesia.

Que no sufrió en sí reveses
Este amor, es cierto ello;
Pues otro amor, muy más bello
Salió de allí á nueve meses.

Y que este cuento no es feo,
Te lo aseguro, lectora;
Pues por mi fe juro ahora
Que allí intervino Himeneo.



VACACIONES DEL MUCHACHO

En cabos de Marzo
Viene caballero,
Domingo el de Ramos,
Comienzo de asueto.
El ayo recoge
Catones, tinteros,
Cristos, planas, pautas,
¡Malditos trebejos!
Á tal mi viaje
Al lugar prevengo,
Que Semana Santa
Es feria en mi pueblo;
Pues hoy á las doce,
Andrés y el jumento,
Aquél con su jiba,
Y éste en lindo arreo,
Vendrán, y á la vista
De un pernil y un cesto,
Cobrarán del ayo
Mi bulto estafermo.
Cédula cobrada,



Ábreme el encierro,
Rebrinco en el barro,
Soy un Gerineldo.
Saldré por las calles,
Ya doy, ya tropiezo,
Dando adiós al Duque.
Giralda y Humero.
Al pasar Triana,
Con galán despejo,
Rebaño á la Toña
Cuatro ó seis buñuelos;
Y al salir de escape,
Gitanos y perros
Me siguen garlando,
Baladros, denuestos.
Llego á Mascareta,
Y en prior al sosiego:
Las árguenas saco,
Y el convite empiezo.
Telera de hostias
Pringada en torreznos,
Albures sofritos,
Y entre nueces queso;
Y Andrés á la hila
Bebiendo el primero,
Se ven de la aldea
Los lejanos fuegos.
Aguza de gusto
La oreja el sardesco,



Trancos menudea,
Trotes y escarceos,
Y el casco sonoro
Indica en el huello
Que dejó el terrazgo
Y bate el empiedro.
El humo de aulagas
Sabina y cantueso,
Dicen que caldean
Los hornos del pueblo;
Y en la boca mana
Con gran saboreo
De hallullo y aceite
Goloso recuerdo.
El rocín aguijo
Con gran espoleo;
Devano diez calles,
Y á la casa llego.
Salen primos, tíos,
Al recibimiento;
Ellas me espurrean,
Me agarrotan ellos;
Y en sus dos sitiales
Abuela y abuelo,
Dan colmo á la lluvia
De abrazos y besos.
Celébranme á pares,
Pregúntanme á cientos,
Gracias y desgracias

